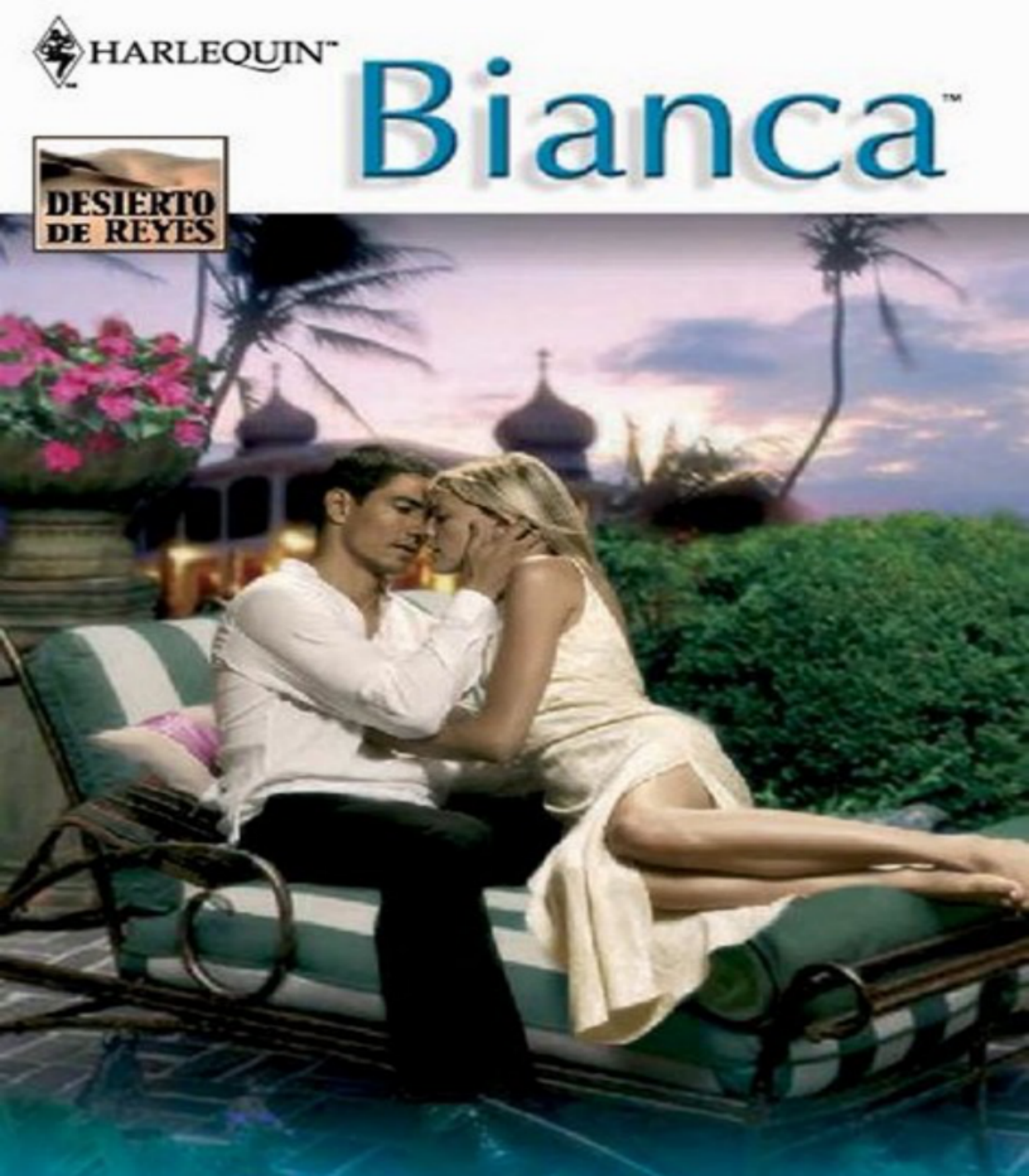

HARLEQUIN
Bianca
DESIERTO DE REYES
El honor del jeque
Jane Porter

El honor del jeque

Jane Porter

2° Desierto de Reyes

El honor del jeque (2009)
Título Original: King of the Desert, Captive Bride (2008)
Serie: 2° Desierto de Reyes
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Miniserie **Bianca 30**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Khalid Fehr y Olivia Morse

Argumento:

¡Estaba a merced del jeque!

Cuando el jeque Khalid Fehr rescata a la inocente Olivia Morse de las manos de los enemigos de su país, le garantiza su libertad anunciando que es su prometida…

Khalid ha respondido por Liv con su honor… y este rey del desierto está decidido a que su nueva esposa cumpla al completo con sus deberes maritales, a su lado, como su reina… y ¡como su cautiva novia virgen!

Prólogo

Estadounidense desaparecida en Oriente Medio.

Se necesita ayuda desesperadamente. Mi hermana desapareció hace dos semanas sin dejar rastro.

Se llama Olivia Morse. Tiene veintitrés años, mide un metro sesenta y cinco, pesa cuarenta y ocho kilos, rubia, ojos azules. Habla con acento del Sur y es tímida. Si alguien la ve o sabe de su paradero, por favor llámeme o mándenme un correo electrónico. Su familia está desesperada.

En su tienda, sentado delante de su ordenador portátil, Khalid

volvió a leer la última frase: «su familia está desesperada». Sintió un peso en el estómago.

Sabía lo que era estar desesperado por alguien de la familia. Sabía lo que sentía un hermano mayor al sufrir por una hermana. Una vez había tenido dos hermanas menores y después las había perdido.

Revisó el resto del correo y descubrió un mensaje anterior del mismo Jake Morse.

¡Desaparecida mujer estadounidense! Si la has visto, por favor, llame por teléfono o envíe un correo electrónico inmediatamente.

Había un adjunto con una fotografía y Khalid lo abrió. Tardó un poco por la conexión por satélite. Se quedó mirando la fotografía en blanco y negro, una fotografía de pasaporte. Un largo pelo rubio. Ojos claros, azules. Piel traslúcida, pálida. Definitivamente era guapa. Pero lo que realmente atrajo su atención fue su expresión, la sonrisa tímida y la mirada… tímida, curiosa, esperanzada. Sintió un nudo en el pecho y se echó hacia atrás en la silla.

Su hermana Aman tenía esa mirada. Era mucho más tímida que Jámila, la más decidida de las dos gemelas. La ternura de Aman y su tranquilo sentido del humor siempre sacaban lo mejor de él, lo mejor de cualquiera, y cuando murió una semana después que Jámila, pensó que se le rompería el corazón. Su corazón nunca había vuelto a ser el mismo.

Miró la pantalla con el ceño fruncido y se pasó la mano por la mandíbula lentamente. Y de nuevo miró a los ojos de la desaparecida Olivia, trató de imaginarse dónde estaría, trató de imaginarse lo que habría ocurrido. ¿Estaría enferma, herida, muerta?

¿Habría sido secuestrada? ¿Asesinada? ¿Violada?

¿O habría desaparecido por decisión propia? ¿Huiría de algo o de alguien?

No era asunto suyo, se dijo levantándose. Se había alejado de la ciudad y de la civilización para vivir en el desierto, lejos de la violencia, del ruido y del crimen. Había elegido la soledad porque odiaba a la mayor parte de los vivos.

¿Pero qué habría pasado si hubiese sido su hermana?

¿Qué habría pasado si Jámila o Aman hubiesen desaparecido?

Ellas no lo habrían hecho, se recordó a sí mismo. Eran princesas, y un equipo de seguridad las acompañaba a todas partes.

No conocía a ese tal Jake, no sabía nada de él, pero podía ver lo que había escrito, podía escuchar el ruego cuyo eco resonaba en su cabeza.

Desde el extremo de la tienda, contempló el ordenador y la ampliada fotografía en blanco y negro. Olivia Morse, veintitrés años,

metro sesenta y cinco…

Con un movimiento de la muñeca abrió la puerta de la tienda, salió y llamó a uno de sus hombres.

Podía vivir en medio del gran desierto de Sarq y ser un jeque nómada, pero seguía siendo un rey, uno de los Fehr, bendecido con poder, riqueza e infinitas relaciones. Si alguien podía encontrar a esa mujer, era él.

Capítulo 1

La había encontrado. Le había llevado tres semanas, una pequeña fortuna, dos detectives privados, la ayuda del secretario de estado de Sarq, bastantes apretones de manos secretos, tratos y promesas, además de algunas amenazas, pero al menos la vería.

El jeque Khalid agachó la cabeza para pasar por la puerta de la prisión de Ozr. Lo acompañaron a través de la zona de hombres hacia el ala de las mujeres. El olor era insoportable.

A la entrada de la galería de mujeres los hombres que lo acompañaban le hicieron acercarse a una guardia que examinó los papeles que llevaba.

La guardia, cubierta de la cabeza a los pies por una túnica negra, se tomó su tiempo para leer los papeles y Khalid empezó a impacientarse. Ozr tenía la reputación de ser una de las peores cárceles del mundo, era conocida su falta de respeto a los derechos humanos. Finalmente la guardia alzó la vista, asintió y dijo:

—Sígame.

La siguió por un pasillo bajo tras otro hacia las profundidades de la fortaleza que había sido convertida en prisión medio siglo antes.

Mientras caminaban por las galerías, a su paso asomaban manos y se escuchaban ruegos en árabe, egipcio, farsi e incluso inglés, pedían un médico, un abogado, cualquier cosa. Ozr era el último lugar en el mundo donde debía estar nadie. Sólo Dios sabría cómo sería para una mujer. Una vez en esa cárcel, descubriría que sólo se tenía un billete de ida. Una vez dentro, no se salía jamás.

Uno de sus amigos de la universidad se había metido en líos en Jabal y había terminado en Ozr. Nunca más habían sabido de él. El padre de Khalid, el rey de Sarq, había investigado y después rogado por el amigo de su hijo, pero no había conseguido nada.

Jabal, con frontera con varios países, incluido Egipto, seguía siendo un peligroso estado dictatorial, había recomendaciones de la comunidad internacional de no viajar allí, recomendaciones que Olivia Morse evidentemente había ignorado.

La guardia se detuvo frente a una celda en la que sólo había una mujer sentada en un diminuto camastro, con las rodillas recogidas contra el pecho y unos mechones rubios que se escapaban del velo negro.

Olivia.

Khalid sintió un nudo en el pecho, una reacción visceral al verla por primera vez.

En la fotografía de su pasaporte estaba guapa, con la cara limpia y esperanza en los ojos azules. Pero la joven sentada en el camastro no se parecía en nada a la de la fotografía. Esa mujer parecía vacía,

medio muerta.

—¿Olivia Morse? —preguntó dando un paso adelante.

Ella alzó la cabeza, pero no lo miró.

—Es usted la señorita Olivia Morse, ¿verdad? —insistió.

Liv recogió más las piernas tratando de hacerse aún más pequeña.

Quizá no estaba realmente allí y quizá no había otro hombre en su celda exigiendo información, amenazándola con otro interrogatorio, interrogatorios que siempre acababan con una paliza.

¿No habían comprendido ya que no tenía respuestas? ¿No habían comprendido ya que estaba tan confusa como ellos? La habían engañado, destruido.

Cerró los ojos, inclinó la cabeza y apoyó la frente en las rodillas. A lo mejor si mantenía los ojos cerrados conseguía desaparecer. Disolverse. Despertarse de nuevo en Alabama.

Echaba de menos su hogar. Echaba de menos a Jake y a su madre, a todo el mundo.

Jamás debería haber soñado con pirámides y hermosos mares de arena, no debería haber querido montar en camello y explorar antiguas tumbas.

Debería haber sido feliz en casa. Debería haber sido feliz limitándose a ser agente de viajes, organizando las exóticas vacaciones de otras personas.

—Olivia.

El hombre pronunció su nombre con suavidad y sintió que de nuevo el miedo la llenaba, el miedo de que algo malo iba a volver a sucederle.

Giró la cabeza y dijo en un árabe quebrado, árabe que había aprendido para evitar los golpes en los interrogatorios:

—No sé. No sé quién era ella…

—Comentaremos los cargos después —la interrumpió en un inglés fluido y sin acento—. Hay algunas cosas que tenemos que arreglar primero.

Liv se estremeció. Que hablara inglés le daba aún más miedo, y el miedo y la fatiga era lo único que entendía ya.

—Si supiera quién era ella, se lo diría. Lo haría porque quiero irme a casa… —se le quebró la voz y empezó a respirar aguadamente—. Quiero ayudar. Estoy tratando de ayudar. Créame.

—Lo creo —dijo él en un tono casi amable, muy diferente del de los demás.

Lágrimas punzantes amenazaron con salir de sus ojos. Alzó la cabeza y se los secó.

—Quiero volver a mi casa —dijo en un susurro.

—Y yo quiero ver cómo vuelves a casa.

Nadie le había dicho algo así desde que había llegado allí. Nadie le

había dado la más mínima esperanza de salir de ese horrible lugar.

Giró lentamente la cabeza y lo miró. El pasillo era oscuro, umbrío, pero eso no ocultaba su altura y su forma. No era un hombre pequeño ni grueso como los que la habían interrogado hasta ese momento. También era mucho más joven.

Llevaba túnica, pero era negra y bordada en oro. Su cabeza estaba cubierta de blanco, algo que resaltaba aún más sus fuertes facciones.

—Estoy aquí para liberarte —siguió él—, pero no tenemos mucho tiempo.

Liv se desgarró entre la esperanza y el miedo. Apretó las rodillas contra el pecho y sintió que la áspera túnica se tensaba sobre su piel. Su ropa, al igual que el resto de sus cosas, se la habían confiscado al detenerla. Le habían dado esa túnica y la tosca ropa interior que llevaba debajo.

—¿Quién lo envía?

—Tu hermano —dijo sin ninguna expresión.

—¿Jake?

—Me pidió que te buscara. Se puso en pie y se apoyó en la pared para no caerse.

—¿Sabe Jake que estoy aquí?

—Jake sabe que te estoy buscando.

—Me han dicho que no saldré nunca de aquí. No saldré de aquí hasta que confiese y dé el nombre de los demás.

—No sabían que estabas relacionada con gente poderosa —respondió él.

—¿Lo estoy? —preguntó parpadeando y con sensación de aturdimiento.

—Ahora lo estás.

Liv se acercó hacia la parte delantera de la celda y se agarró a los barrotes.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Soy el jeque Khalid Fher y estoy aquí en representación de la familia real de Sarq.

—Sarq tiene frontera con Jabal —dijo ella.

—Y Egipto —respondió él—. Será una proeza diplomática sacarte de aquí hoy, y tenemos poco tiempo. Tengo que acabar el papeleo, pero volveré…

—¡No! —no quería gritar, pero el pánico le había helado la sangre —. No —dijo más suavemente—. Por favor, no me deje aquí.

—Son sólo unos minutos, puede que media hora como mucho…

—No —le rogó con la voz rota y agarrándole la túnica con una mano temblorosa a través de los barrotes—. No me deje.

Durante un momento, él no dijo nada, se quedó mirando la mano.

—No te liberarán sin el papeleo.

—No se vaya —apretó aún más los dedos.

—Volveré, te lo prometo.

—Aquí tengo miedo —susurró—. Tengo miedo de los guardias. Tengo miedo de la oscuridad. Tengo miedo de lo que sucede cuando desaparecen las presas —lo miró desesperada—. Algunas veces no vuelven. No vuelven y oigo gritos, gritos terribles.

—Sólo voy al final del pasillo —dijo él—. Volveré pronto.

—Pero no le dejarán volver. No. Sé cómo funciona este sitio. El embajador vino un día y no volvió jamás.

—No hay embajador de Estados Unidos en Jabal —respondió él—. Fue una trampa que te tendieron, un truco para que te vinieras abajo.

—¿Es usted un truco también? —preguntó agarrando la túnica más fuerte.

En su boca aparecieron profundos surcos. Tardó mucho en responder y cuando lo hizo su voz fue profunda.

—Depende de tu definición de truco.

—Ya no sé qué creer —dijo mirándolo con ojos duros.

—Vuelvo ahora mismo. Lo antes que pueda.

—No me olvide —susurró.

—No lo haré, volveré antes de lo que piensas.

No podía dejar de mirarlo a los ojos, no podía dejar de mirarlo por si le estaba prometiendo algo que no pensaba cumplir. La habían engañado otra vez. Había empezado a pensar que nunca saldría de Ozr, jamás volvería a ver a su familia.

—¿Qué pasa si antes me llevan a otro sitio?

—No lo harán.

—Tienen más entradas, otras celdas. Podrían llevarme…

—No lo harán.

—¿Cómo lo sabe?

—Estarían locos si lo hacen conmigo aquí. Saben que te he visto, saben que hemos hablado.

Ella asintió agarrotada. Oía lo que le decía, pero no acababa de confiar. Había pasado mucho, visto demasiado. Los guardias hacían lo que querían cuando querían sin ningún miedo.

Lo soltó y desapareció por el oscuro corredor.

«Vuelve. Vuelve. Por favor», pensó.

Aunque la espera pareció eterna, el jeque volvió con dos guardias.

No sabía qué pensar cuando uno de los guardias abrió la celda y la llamó. Una vez la puerta abierta, no dudó, se acercó rápidamente al jeque depositando ciegamente su confianza en él. ¿Qué otra elección le quedaba? No podía quedarse allí. Cualquier cosa sería mejor que Ozr.

Caminó al lado de él por los estrechos pasadizos hasta la puerta. El sol la deslumbró. Hacía un calor increíble y sintió que las piernas le cedían. El jeque la agarró antes de que se cayera al empedrado. Liv había echado la mano instintivamente y sus dedos acabaron apoyados en el duro pecho del jeque.

—Oh —dijo conmocionada al acabar entre el pecho y los brazos del jeque.

—¿Te has torcido el tobillo? —preguntó él con una voz tan grave que la hizo pensar en el sol de las pirámides con sus ocultos tesoros.

Ella negó con la cabeza y trató de soltarse para que fueran sus pies los que la sostuvieran.

—Hace demasiado sol —respondió temblorosa.

Él la puso de pie aunque le dejó una mano en la espalda. Con la otra mano se quitó las gafas de sol y se las puso a ella con cuidado.

—Llevas bastante tiempo sin salir al exterior.

Fue una afirmación, no una pregunta y Liv no supo si sería la súbita y extraña intimidación que le producía estar con ese hombre a pleno sol, pero volvió a sentir debilidad y las piernas como de gelatina. Las gafas se le resbalaron hasta la punta de la nariz.

—Será mejor que se las quede —dijo ella quitándose las gafas—. Me quedan demasiado grandes.

Pero el jeque no aceptó las gafas. Se las volvió a poner a ella.

—Serán grandes, pero te ayudarán a acostumbrarte —dijo en tono plano mientras unos coches negros se acercaban a ellos.

Un grupo de hombres con túnica salieron de los coches y Liv se acercó más al jeque notando el calor de su cuerpo. Él extendió un brazo protector y la mantuvo a su lado.

—No temas. Son mis hombres y están aquí para asegurarse de que llegamos bien al aeropuerto.

Ella asintió, pero su temor no desapareció y no lo haría hasta que estuviera en su casa con su madre y con Jake. Había demasiadas cosas allí que le resultaban desconocidas. Había buscado lo desconocido, por eso había viajado allí en primer lugar, pero no había esperado tener esos problemas.

Había elegido Marruecos y Egipto porque parecían muy pintorescos en los folletos. Había leído y releído los itinerarios por el Nilo imaginando detenerse en cada uno de sus puertos con una excursión a un templo distinto cada día. Compraría en los zocos, adquiriría alfombras de lana, comería *kebab* en los puestos callejeros y tendría la aventura de su vida.

Nunca había considerado seriamente la posibilidad de tener problemas. Pero claro, hasta entonces jamás había tenido problemas. Liv siempre había sido la chica buena, la que seguía las normas y hacía todo lo que le decían.

Uno de los hombres abrió la puerta trasera de un sedán de lunas tintadas y Liv se volvió a mirar al jeque. Estaba poniendo su vida en sus manos y ni siquiera lo conocía.

—¿Puedo confiar en usted? —preguntó con una voz casi inaudible.

La miró a los ojos y dijo sin sonreír:

—Quizá debería ser yo quien hiciese esa pregunta. He puesto mi nombre y me reputación en un papel por ti. ¿Puedo confiar en ti. Olivia Morse?

Algo en su mirada hizo que la recorriera un escalofrío. Tenía la sensación de enfrentarse a un hombre completamente distinto a todos los que había conocido anteriormente. El problema era que su experiencia con los hombres era limitada, y el único hombre cercano a ella, su hermano Jake, era menos complicado de lo que solían serlo los hombres.

El jeque Fehr, por otro lado, parecía ser bastante complicado.

—Sí. Por supuesto que puede confiar en mí —respondió áspera, tratando de no pensar en las mariposas que había sentido en el estómago.

—Entonces, vamos —señaló la puerta abierta— porqué aquí no estás a salvo, no lo estarás hasta que lleguemos a mi país.

Ya dentro del coche, Liv dejó caer la cabeza y se colocó el sucio cabello rubio tras las orejas. Estaba muy sucia y ciertamente olía fatal. Anhelaba una ducha o un baño, nunca lo había deseado con más fuerza.

—Lo siento —dijo al ser consciente de que el jeque la estaba mirando mientras el coche corría por la carretera que atravesaba los desolados alrededores de la capital—. Sé que necesito una ducha desesperadamente… —su voz estaba llena de disculpas.

—Estaba pensando en lo que se alegrará tu hermano cuando le llames después.

—Sí —reconoció Liv mientras sentía una intensa oleada de emoción—, estaba empezando a perder la esperanza de salir de ahí alguna vez.

—Has tenido suerte —respondió Khalid—. La mayoría no la tiene.

—¿Por qué los demás no?

—No tienen poder.

—Yo no tenía ningún poder —dijo con voz suave.

—No, pero yo sí.

—¿Ha hecho esto antes… ayudar a gente como yo?

—Sí.

Abrió la boca para preguntarle más cosas, para averiguar quién era y por qué arriesgaba su propia seguridad para ayudar a los demás, pero él giró la cabeza para mirar por la ventanilla y el gesto de su rostro la desanimó a seguir con la conversación.

Casi todo en él desanimaba a la conversación. Oscuro grande y poderoso, le parecía increíblemente intimidatorio.

—Nos estamos aproximando a Hafel, la capital de Jabal —dijo el jeque—. ¿Viste algo de la ciudad antes de que te detuvieran?

Liv negó con la cabeza y al bajar la mirada vio que le quedaban hematomas en las muñecas. También tenía en los brazos, pero los cubría la túnica.

—Nunca llegué tan lejos.

—¿Dónde te detuvieron?

—En la carretera principal entre la frontera y Hafel —hizo un sonido en parte de lástima y en parte de incredulidad—. Estaba en el autobús y al momento siguiente de camino a Ozr —como el jeque no dijo nada, Liv lo miró y preguntó—. ¿Vamos a parar en Hafel?

—No —respondió mientras la antigua ciudad aparecía ante ellos. Unos modernos edificios surgían de entre ruinas romanas—. Aunque es una ciudad fascinante de la que la mayoría de los occidentales no saben nada.

—¿Ha pasado mucho tiempo aquí?

—Hace mucho tiempo.

—¿Qué ha cambiado?

—Todo —dudó—. Cuando yo era un niño, mi padre era muy amigo del rey de Jabal, pero el rey fue derrocado hace veinte años y el país está gobernado por alguien muy distinto —hizo una mueca de cinismo—. Es la primera vez que vengo aquí en cuatro años y hasta anoche no sabía si me lo permitirían.

—¿Por qué no?

—Saco a la gente de la cárcel y la llevo a lugares más seguros. Al gobierno de aquí eso no le gusta —se encogió de hombros—. Ellos no me gustan a mí.

—¿Entonces cómo le han dejado entrar?

—He sobornado a algunos altos oficiales —dijo volviéndose a mirarla.

—¿Los ha sobornado? —dijo pensando que no se volvería a sentir segura jamás.

—No tenía muchas más opciones —la miró con expresión severa—. Era eso o permitir que te quedaras en Ozr hasta que te juzgaran dentro de dos días, y créeme, no habrías sobrevivido a la sentencia.

Liv se mordió el labio y miró por la ventanilla. Se acercaban al centro de la ciudad que estaba mucho más hacinado que el moderno extrarradio.

—Habría sido cruel —dijo ella.

—Habría sido mortal —puntualizó él.

—Y yo que quería vivir una aventura —dijo en voz baja—. Nunca imaginé esta pesadilla.

El conductor aminoró la velocidad y después se detuvo. El teléfono del jeque sonó y éste respondió la llamada sin apartar los ojos de la línea de coches de policía que había más adelante.

—La pesadilla —dijo tras colgar el teléfono— aún no ha terminado.

Liv se inclinó hacia delante para mirar a los policías.

—¿Qué sucede?

—Vamos a ser interrogados —respondió escueto endureciendo el gesto—. Cúbrete la cabeza, oculta todo el pelo —ordenó—, cruza la tela sobre la boca y la nariz para que quede la cara lo más cubierta posible —le dio las gafas de sol de nuevo—. Y tenlas puestas. No te las quites a menos que yo te lo diga —después abrió la puerta del coche y salió, cerrando tras él.

Capítulo 2

«La pesadilla aún no ha terminado». Las palabras del jeque resonaban en su cabeza mientras él se alejaba del coche. El conductor había cerrado las puertas del coche en el momento en que había salido el jeque. Podía verlo con un grupo de policías de uniforme. Podía oír sus voces amortiguadas. Los policías prácticamente lo rodeaban, pero él parecía sereno.

Hablaban en árabe y no entendía nada de lo que decían, sólo parecía haber algún problema y por los gestos que hacían los policías tuvo la terrible sensación de que tenía que ver con ella.

Pasaron algunos largos minutos. Después, el jeque se acercó al coche y abrió la puerta trasera. Liv bajó la cabeza cuando los policías se agacharon para mirar. Aterrorizada mantuvo la cabeza baja con los ojos cerrados tras las gafas de sol.

Después de lo que le pareció una eternidad, la puerta se cerró de un portazo y al poco el jeque volvió a meterse en el coche. El chófer arrancó de inmediato y puso el coche en marcha.

—¿Está todo bien? —preguntó ella mientras salían de la parte vieja de la ciudad y tomaban un ancho bulevar que iba paralelo a la costa del norte de África.

—Sí.

Cuando quedó claro que él no iba a decir nada más, ella añadió:

—¿Qué querían?

—Saber si había entrado legalmente en el país y si había hecho algo ilegal mientras he estado aquí.

—¿Y lo ha hecho?

—No y sí, pero no es eso lo que les he dicho. No podía porque ahora tú ya estarías de vuelta Ozr.

—¿Qué les ha dicho entonces?

Dudó un momento, después le quitó las gafas de sol y se las guardó en un bolsillo de la túnica.

—Que estaba acompañando a una mujer de mi familia a casa.

—¿Lo han creído?

—Saben quién soy —dijo en tono de burla—. Y han visto los papeles. No había mucho más que pudieran hacer.

Estaba empezando a sonar su alarma interior, la que debería haber sonado cuando había accedido a llevar la bolsa de Elsie en su mochila.

Supo por el tono del jeque y por sus evasivas que había algo que no le estaba contando. Algo no iba bien. No sabía lo que era, pero deseaba averiguarlo con todas sus fuerzas.

—Los policías estaban enfadados por algo —insistió.

—Es algo cultural —se encogió de hombros.

—Cuéntemelo —se echó hacia delante.

—Somos un hombre y una mujer que viajan juntos solos.

—¿Y?

—No somos parientes, y eso en Jabal es ilegal. Liv se apoyó en el respaldo y cerró los puños.

—Así que pueden volverme a detener —susurró.

—No si salimos de aquí.

Llegaron al pequeño aeropuerto en menos de treinta minutos, estaba a las afueras de la ciudad. El conductor los condujo al interior del aeropuerto hasta la pista y los dejó al lado de las escaleras de un avión.

El avión era largo y estrecho, el fuselaje era plateado y brillaba al sol con un discreto escudo en la cola. El jeque caminó con Olivia hasta las escaleras.

—Sigue adelante y embarca —le dijo—. Tengo que hablar con el piloto sobre el plan de vuelo.

Ella asintió y subió las escaleras agarrándose al pasamanos. Una auxiliar la recibió al entrar en el avión.

—Despegaremos dentro de poco —dijo la auxiliar acompañándola a una zona con unos enormes sillones de cuero—. ¿Tiene equipaje para que lo guarde?

Liv negó con la cabeza mientras se sentaba.

—No tengo… nada —buscó el cinturón de seguridad.

—¿Así que su equipaje lo han enviado por adelantado?

—Por desgracia lo he perdido todo —respondió recordando cómo la habían desnudado y registrado cruelmente. Se estremeció.

Le habían confiscado todo esa primera noche. Su mochila, el pasaporte, la ropa. Todo. Lo único que tenía era lo que llevaba puesto y era el uniforme de la cárcel.

—¿Frío? —preguntó la auxiliar al verla estremecerse.

—Un poco —admitió Liv.

Seguía sin poder entender cómo había terminado en Ozr. No había quebrantado una ley en su vida… bueno, alguna vez había superado el límite de velocidad, pero sólo diez kilómetros por hora.

—¿Quiere una manta?

—Por favor —Liv sonrió agradecida.

—Pobrecilla. ¿Ha estado usted enferma? —preguntó la auxiliar comprensiva mientras se acercaba a un armario para sacar una manta de cachemira y una almohada. Volvió donde estaba ella, desdobló la manta y se la echó por las piernas—. Y sólo entre usted y yo, creo que el aire acondicionado está demasiado fuerte. ¿Qué le parece algo caliente para beber? ¿Café, té?

—Café, con leche y azúcar. Si no es mucho problema.

—En absoluto.

La auxiliar desapareció en la cocina del avión y Liv se recostó en

su asiento. Aquello era surrealista, pensó subiéndose la manta hasta los hombros. Un ahora antes estaba encerrada en Ozr y en ese momento se encontraba en un avión privado esperando que le llevaran un café.

Mientras se tomaba el café. Khalid se unió a su piloto en la inspección previa al despegue.

—Cambio de planes —dijo Khalid.

—Tenemos poco combustible —dijo el piloto mirando sus papeles —. El aeropuerto se niega a proporcionamos más.

—No me sorprende. Hemos tenido un problemilla de camino aquí.

—¿Por eso no vamos a ir derechos a Sarq?

—No puedo arriesgarme a implicar a mi hermano en esto. Ya hay bastante tensión entre Sarq y Jabal. No meteré ni a Sharif ni a mi pueblo en un incidente internacional.

Una hilera de coches a lo lejos atrajo la atención del piloto.

—Policía —dijo haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los vehículos—. ¿Vienen a por ustedes?

—O a por mí invitada o a por los dos —respondió Khalid, viendo acercarse los coches.

—Entonces puede que sea el momento de irse —dijo el piloto dando una palmada en el avión.

Liv vio cómo embarcaban el piloto y Khalid y cerraban la puerta. El jeque se sentó frente a ella.

—¿No te encuentras bien? —preguntó al verla cubierta con la manta.

—Tenía frío —respondió mientras se encendían los motores.

—Estás muy pálida. No estarás enferma.

—No estoy enferma, sólo tengo frío. Pero estoy entrando en calor —empezó a quitarse la manta, pero el jeque la detuvo.

—No, si te mantiene caliente no hay ninguna necesidad de que te la quites.

Mientras el avión empezaba a recorrer la pista, se volvió a cubrir con la manta y lo miró por debajo de las pestañas. En contraste con el tocado blanco, su piel resultaba bronceada y dorada mientras que sus ojos parecían del color del chocolate amargo.

Sus facciones eran angulosas, fuertes. Su frente amplia y tenía prominentes los huesos de las mejillas, incluso la nariz resultaba demasiado larga. Debería haber parecido poco atractivo, sin embargo, atraía de un modo primitivo, salvaje.

Mientras lo miraba, vio unos destellos rojos y azules a través de una ventanilla de detrás. Abrió los ojos de par en par al ser consciente de la fila de coches que seguían al avión.

—Policía —dijo el jeque volviéndose a mirar.

Ella lo miró y sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué quieren ahora?

—A nosotros —respondió.

«Nosotros», repitió ella en silencio mientras el avión iba cada vez más deprisa por la pista hasta que perdieron el contacto con el suelo y estuvieron en el aire. Liv se sentó pegada a la ventana.

En diez minutos, habían sobrevolado las atestadas calles de la ciudad y pasaban sobre unos campos verdes que dejaban paso a un paisaje ocre y dorado.

—¿Qué pasó en Ozr? —preguntó bruscamente el jeque—. ¿Qué te hicieron?

—Nada —se volvió a mirarlo demasiado deprisa.

—Ozr no es un lugar agradable —dijo él—. No puedo creerme que te trataran bien.

De pronto pasaron ante ella las últimas cuatro semanas de su vida. La comida terrible, la falta de sol, la falta de ejercicio, los insultos, las acusaciones sin fin y los interrogatorios a medianoche.

—Ahora estoy aquí.

—Por muy poco —la miró a los ojos.

Liv controló un estremecimiento y apartó la mirada. Estaba fuera de Ozr. Eso era lo que importaba. Estaba fuera y pronto volvería a casa.

—La vista es preciosa —dijo decidida a cambiar de tema.

—Ese es el gran desierto de Sarq —señaló una franja marrón debajo de ellos—. Empieza al sur de Jabal y atraviesa la mayoría de Sarq, mi país. Es uno de los mayores desiertos del Norte de África, tiene miles de kilómetros.

—He leído mucho sobre el gran desierto de Sarq —dijo tímida, pero ansiosa—. He leído que hace miles de años fue un exuberante bosque tropical y que hay pinturas rupestres en las montañas, ¿es cierto?

—Sí, y los oasis son lo que queda de ese antiguo bosque tropical.

—Oasis utilizados por las caravanas de comerciantes —añadió ella mirando la llanura vacía que se extendía debajo de ellos—. Antes del viaje estaba leyendo un libro sobre la zona y decía que en tiempos remotos el desierto era el puente entre África y la costa y el mundo exterior. Todo el mundo utilizó el desierto. Los romanos, los fenicios, incluso los primeros colonos griegos —interrumpió su discurso y se ruborizó—, pero, claro, todo eso ya lo sabe. Sólo… es que para mí es algo nuevo.

Él le dedicó una mirada valorativa.

—No sabía que a las americanas les interesara la geografía de un lugar tan alejado de su país.

—No puede juzgarnos sólo por lo que sale en las noticias —alzó las cejas.

—¿No? —bromeó.

—No —contuvo la respiración para dominar su genio—. Lo mismo que sería injusto juzgar a todos los países de esta zona por lo que me ha pasado a mí en Ozr.

El resto del vuelo transcurrió en silencio. Liv se dedicó a mirar el paisaje. El vasto desierto la tenía cautivada con sus dunas que se elevaban como colinas. Nunca había pensado que el desierto pudiera tener tantos colores. Era hermoso hasta quitar el aliento.

Al poco las colinas desaparecieron y la arena del desierto dejó paso al Mar Rojo, el profundo turquesa resultaba un fuerte contraste con los colores que habían dejado detrás. Liv seguía con la cabeza apoyada en la ventanilla mientras sobrevolaban la costa del continente africano. El agua azul destellaba debajo y de pronto fue consciente de que no se dirigían a Sarq.

Tenía que ser a Dubai, pensó. Una de las ciudades más cosmopolitas de Oriente Medio y algo muy alejado de Jabal.

—¿Vamos a Dubai? —preguntó mientras admiraba la Península Arábiga a lo lejos.

—No, vamos a Baraka. Tengo amigos allí y tú estarás a salvo. Pero dime, ¿cómo es que una chica de una pequeña ciudad del sur sabe tanto de Oriente Medio?

—Me pasó el día mirando folletos de viajes —dijo, pero se dio cuenta de que él seguía sin entender—. Soy agente de viajes —añadió.

—Así que viajas por todo el mundo.

—No, normalmente no viajo. Simplemente organizo viajes para otras personas. Este es mi primer viaje de verdad. Hasta ahora jamás había salido de Estados Unidos.

De pronto el morro del avión cabeceó y parecieron volver a cambiar de dirección. El jeque frunció el ceño y se abrochó el cinturón de seguridad. La auxiliar se acercó y le dijo:

—El piloto dice que tenemos problemas. Estamos peligrosamente escasos de combustible y tenemos que aterrizar de inmediato. Por suerte tenemos permiso para hacerlo en El Cairo.

—Bien. Gracias —respondió mirando a Olivia sabiendo que las cosas se estaban volviendo un poco más complicadas de lo que le gustaban.

Al ser desviados a El Cairo, no podría ocuparse de ella tan rápidamente. Había planeado que le echase un vistazo un médico y después enviarla en un avión privado a Nueva York esa misma noche. En lugar de eso iban a aterrizar en Egipto, lo que significaba que tendrían que buscar un lugar donde quedarse, y dado que no podría recurrir ni a su piloto preferido ni a su médico, tendría que encontrar otro modo de que la atendieran. Por desgracia eso no sería esa misma noche.

Olivia se volvió a mirarlo con sus enormes ojos azules. Seguía llevando el pañuelo en la cabeza, pero ya dejaba ver sus hermosas facciones.

—¿Qué problema hay? —preguntó ella con temor en la voz.

—Ha habido un cambio de planes —respondió él.

—¿Otro? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?.

—Estamos sin combustible, así que vamos a aterrizar en Egipto en lugar de en Baraka.

No estaba seguro de lo que esperaba, pero la súbita sonrisa que exhibió lo sorprendió.

—¿Egipto? —repitió—. Era a donde me dirigía cuando me detuvieron. ¿Tendremos tiempo para ver las pirámides?

—Por desgracia, no. Vamos a aterrizar y espero que a despegar en cuanto repostemos. Tenemos que llegar a Baraka esta noche.

—¿Por qué?

—Quieres irte a casa, ¿no?

—Sí —parecía desconcertada—. Pero si no lo conseguimos esta noche, lo conseguiremos mañana, ¿verdad?

No estaba preparado para decirle que las cosas eran un poco más complicadas.

Durante los últimos diez años, se había especializado en el rescate de personas inocentes y tenía unos cuantos poderosos amigos que lo ayudaban. Personas como el jeque Kalen Nuri, hermano menor del rey de Baraka y el jeque Tair, jefe del emirato independiente de Ouaha.

En los últimos años Kalen y Tair le habían ayudado en docenas de rescates imposibles y les había rogado que le ayudasen con el de Olivia, pero primero tenían que llegar a Baraka.

—Queremos llegar a Baraka esta noche —dijo tenso sin querer abandonar su objetivo inicial—. Tengo que hacer algunas llamadas —añadió levantándose del sitio—. Tranquila, trata de dormir un poco. Podré decirte algo más cuando estemos en tierra.

Veinte minutos después, aterrizaban. Después de acercarse a la terminal, el avión se quedó quieto en la pista, no lejos de la terminal de ejecutivos. Khalid no apareció ni el piloto salió de la cabina. Liv, al ver a la auxiliar hablando por teléfono, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Estamos repostando?

Antes de que pudiera responderle, apareció el jeque y se acercó a ella.

—Tenemos que pasar la noche en El Cairo —dijo él—. Tengo un coche esperando, vamos.

Liv notaba que algo no iba bien, algo había pasado, algo que no era bueno.

—¿Qué va mal? —preguntó soltándose el cinturón.

—Hablaremos después —dijo él extendiendo una mano—. Vamos,

el tráfico será horrible. Tenemos que irnos.

Le agarró la mano y sintió que una descarga le recorría el brazo. Una vez sentados en el coche, tomaron la autopista. Liv estaba impresionada por el modo en que viajaba el jeque.

Nunca había conocido a nadie que tuviera su propio avión. Su forma de viajar era suntuosa y tenía su propia flota de coches en diferentes países. Empezaba a sentir curiosidad sobre él y su poder.

¿Qué clase de hombre podía hacer las cosas que él? ¿Qué clase de hombre arriesgaba su vida por una extraña? A menos que lo hiciera por dinero… ¿Sería un mercenario?

La idea hizo que se le erizara el vello. Se tocó el pañuelo que aún llevaba, miró a la auxiliar y vio que ella no lo llevaba, así que preguntó al jeque:

—¿Puedo quitarme esto?

—Por favor. En Jabal no teníamos elección, pero aquí, en Egipto, y en Sarq, mi país, es opcional.

—¿Hay mujeres que quieren llevar velo?

—Lo ven como una protección, un escudo contra las miradas lascivas y los acercamientos inapropiados —la recorrió con la mirada—. De todos modos necesitarás algo más que ponerte. Es evidente que lo que llevas es una túnica de una prisión.

—No puedo soportarlo —dijo tirando de la tela—. Es lo único que he llevado puesto desde que me detuvieron y lo odio. No quiero volver a ponérmelo jamás.

—No tendrás que hacerlo. Una vez que estemos en el hotel, me aseguraré de que dispongas de ropa adecuada.

—Muchas gracias —inexplicablemente las lágrimas le llenaron los ojos y tuvo que cerrarlos por la emoción.

Estada cansada. Superada por todo lo que había pasado. No había ninguna razón para llorar. Pronto estaría en casa. Si no esa noche, sería al día siguiente. Y todo estaría bien. Sólo necesitaba hablar con su madre o con Jake. Una vez oyera sus voces, sabía que estaría bien.

—¿Nos quedamos a pasar la noche en El Cairo? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué?

—El piloto estaba preocupado por el avión. Teme que haya una pérdida de combustible y quiere revisarlo antes de volver a volar.

—Lógico.

—Sí.

Por su tono, sabía que no estaba de acuerdo. Estaba cansada de extraños, cansada de hombres y mujeres irascibles. Sólo quería volver a casa. Volver con la gente que la conocía y la quería.

—¿Puedo llamar ya a mi hermano? —preguntó con la voz quebrada por las lágrimas.

—Quizá sería mejor que esperases un poco, hasta que te haya visto el médico.

—¿Un médico? —se puso rígida—. ¿Por qué?

—Es de rutina. Una práctica habitual cuando se libera a alguien…

—¿Con qué frecuencia hace esto? —interrumpió.

—Con la suficiente para saber que te hace falta un chequeo antes de emprender el viaje.

—Pero si estoy bien —insistió. No quería que nadie más la tocase, que nadie más la mirase, ya había tenido bastante en Ozr—. Estoy bien.

—No es opcional —la taladró con la mirada—. Tienes que hacerlo. No puedo arriesgarme. Has estado varias semanas en Ozr y ese lugar está lleno de toda clase de enfermedades.

—Dudo haberme contagiado de algo y, si es así, me lo trataré en casa —«con mi médico», pensó furiosa.

El jeque la había rescatado de Ozr, pero no confiaba en él por completo. Ya no confiaba en nadie. Su deseo de irse a casa se había convertido casi en algo doloroso. Echaba de menos a su madre y hermano. Quería volver a Pierceville con su tranquila calle principal y sus enormes robles y el viejo cine Fox donde seguían pasando películas.

—No tendrás el permiso necesario para salir del país si no estás libre de enfermedades para viajar —habló despacio para asegurarse de que lo entendía—. Y si no estás libre de enfermedades, no volverás a casa.

«Casa». Esa palabra sí la entendía. Se giró para ocultar las lágrimas y miró por la ventanilla del coche.

—¿Qué norma es ésa? —preguntó con voz profunda—. ¿Es suya o del gobierno?

—De ambos.

Mordiéndose el labio, pensó que quizá, sólo quizá, había saltado de la sartén al fuego.

Khalid miró a Olivia volver el rostro. Estaba enfadada, pero eso era cosa suya. Tenía que ser cuidadoso. Se arriesgaba mucho para salvar personas. Al final del día, una vez que alguien más estaba a salvo y de camino a su casa, él quería volver a su propio hogar, a su amado desierto.

El desierto era su hogar. Era donde encontraba la paz.

—La doctora es una amiga personal —dijo tranquilo mirando su nuca y el reflejo de su rostro en el cristal.

Parecía perdida, pensó. Ida. Como el fantasma de una mujer.

El miedo de ella lo corroía, despertaba en él la furia, esa furia que sólo se apaciguaba con actos de valor.

Era ridícula esa necesidad que tenía de salvar a los demás, esa

necesidad de unir a familias desgarradas, de hacer volver con quienes los esperaban a seres queridos desaparecidos.

No era un héroe, no quería serlo y ésa no era la vida que había deseado para sí mismo. Había amado sus estudios, disfrutado de su profesión, pero todo había terminado cuando sus hermanas murieron.

Recordar a sus hermanas le hizo pensar en Olivia y Jake y cómo habría sufrido su familia las últimas seis semanas.

—Estoy tratando de ayudarla —dijo tranquilo.

—Entonces mándeme a casa —respondió con voz quebrada.

Apretó la mandíbula. Ella no era la única que aún no podía irse a casa. Él tampoco podía y estaba tan poco feliz como ella.

Cada vez que se hacía cargo de uno de esos casos solía resolverlo en un día. Veinticuatro horas y volvía a casa, de vuelta en su tranquilo mundo de cielo y arena. De vuelta al anonimato.

Esa vez era distinta. Todo en ese rescate había sido diferente. Y eso no era bueno para nadie.

Capítulo 3

Media hora después, llegaban al famoso Hotel Mena House, un histórico edificio a las afueras de El Cairo. Liv se echó hacia delante para ver el edificio, pero pudo ver poco de la entrada porque había una docena de coches negros que la ocultaban a la vista.

—Parece que hubiera llegado el presidente de Estados Unidos —dijo mirando los coches y todo del despliegue de seguridad—. ¿Por quién es todo esto?

—Por nosotros —respondió críptico mientras los de seguridad se acercaban a su vehículo.

—¿Por qué? —dijo mirando a su alrededor.

Él se encogió de hombros.

—Alteza —dijo uno de los hombres de seguridad haciendo una profunda reverencia—. Bienvenido, el hotel es seguro.

Liv no se movió. No podía.

—¿Quién es usted?

—Soy el jeque Khalid Fehr. Príncipe del gran desierto de Sarq.

Y entonces todas las piezas encajaron. Sarq. Fehr. El apellido…

—¿Su hermano es el rey Fehr? —susurró.

—Sí.

—Es de… la realeza.

—Yo no pedí serlo —se encogió de hombros—. Lo heredé —salió del coche.

Los escoltaron a través de un opulento vestíbulo hasta un ascensor privado que los llevó hasta la suite real que ocupaba todo el ático. La suite constaba de dos enormes dormitorios con sus cuartos de baño que daban a un salón central. Era oscura, las ventanas estaban cubiertas con cortinas, pero el botones descorrió las cortinas y la luz del final de la tarde inundó el espacio. Había una impresionante vista de las pirámides.

—Increíble —murmuró Liv apoyada en el cristal.

—Hay una terraza en cada dormitorio —ofreció el botones—. Son muy agradables para el desayuno o tomar un café por la noche.

Ella sólo pudo asentir. No quería moverse, distraerse. Sólo quería quedarse allí de pie y gozar de la vista más impresionante que había admirado en su vida. La dorada pirámide de piedra se elevaba… gigante, mítica, espectacular. Por eso había viajado tan lejos de casa. Eso era lo que había querido ver. Maravillas antiguas. Reliquias de un glorioso pasado.

Pero en ese momento Khalid habló:

—La doctora está aquí, Olivia.

Liv sintió frío en su interior y reacia se separó de la ventana. Una mujer con una chaqueta suelta oscura y un pañuelo negro por encima

de los hombros estaba de pie al lado de Khalid.

—Soy la doctora Nenet Hassan —dijo la mujer—. Soy amiga desde la universidad del jeque Fehr. La exploración no te dolerá y tampoco llevará mucho tiempo. ¿Entramos en tu habitación?

Liv ni siquiera miró a Khalid mientras se dirigía a su dormitorio seguida de cerca por la doctora. No quería que la explorara, no necesitaba un chequeo, pero nadie parecía escucharla.

Por fortuna la exploración fue tan rápida como la doctora había anunciado y en menos de diez minutos la doctora dejaba sus instrumentos en una mesa.

—Estás bien —dijo Nenet—. Y sé que te mueres por darte un baño, así que adelante, disfruta. Voy a hablar un momento con el jeque.

Khalid esperaba a Nenet cuando salió de la habitación de Liv.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Tiene algunos hematomas, pero ninguna herida grave.

—¿No ha sido golpeada? —preguntó Khalid bruscamente.

—Tiene marcas y los habituales hematomas y cortes, pero eso es lo esperado. Es sabido que las guardias son más duras en las prisiones de mujeres que los guardias en las de hombres. Son más agresivas, aunque el maltrato es más psicológico que físico.

—¿Qué me puedes decir sobre el consumo de drogas? —preguntó él.

—¿Sospechas que consume? —lo miró sorprendida.

—No, pero nunca se sabe.

—No he visto marcas de pinchazos ni nada que hable de consumo de drogas —dijo sin cambiar de expresión.

—Bien —se dio la vuelta para mirar por la ventana.

—¿De verdad pretendes casarte con ella? —preguntó Nenet sorprendiéndolo con la guardia baja—. ¿O es sólo otro rumor sin fundamento?

—¿Cómo te has enterado? —se volvió a mirarla.

—¿Cómo me enterado? ¡Khalid, la noticia está por todas partes! Un oficial de alto rango anunció que tú habías visitado su país para llevarte a tu prometida a casa —tragó con dificultad—. Y esta… esta americana… ¿es tu prometida?

Nada de eso se suponía que tenía que suceder, pensó Khalid. Se suponía que tenía que haber liberado a Olivia de la prisión, haberla llevado a Baraka en su avión, que un médico le hubiese echado un vistazo y que después se hubiera subido a un avión proporcionado por Kalen Nuri para que se fuera a casa y él pudiera volver al desierto. Nada de nombres, nada de persecuciones policiales, nada de publicidad.

—No sé si es apropiado que mantengamos esta conversación —dijo él sin emoción.

Durante su segundo año en la universidad. Nenet había salido con él, pero la presión a la que se habían visto sometidos había sido muy intensa, después las hermanas de él habían muerto y habían roto la relación. Nenet le había escrito largas cartas diciéndole que lo esperaba, dándole todo el tiempo que necesitara para recuperarse, pero Khalid no había querido tiempo para recuperarse. No había querido recuperarse. Sólo quería desaparecer. Alejarse de la vida que había llevado y de la gente que había conocido.

—Perdóname. Khalid. Por favor, no te enfades. Sé que no me incumbe —añadió rápidamente—, pero no puedo ignorar lo que estás haciendo. No estaría bien.

—¿Y qué estoy haciendo? —pregunto más enfadado.

—Sabes lo que estás haciendo. Yo sé lo que estás haciendo. Pero para. No. No te sacrifiques por ella —el dolor ensombreció su mirada —. No eres simplemente un buen hombre, Khalid, eres un gran hombre y un hombre que ya ha sufrido demasiado. No le debes nada, y menos tu futuro, o tu libertad.

En el cuarto de baño. Liv se quedó de pie en medio del enlosado de mármol.

El cuarto de baño iba más allá de lo decadente. La decoración tenía reminiscencias de la Gran Pirámide que estaba fuera, con baldosas de color marfil y doradas en el suelo y con algo más de color alrededor de la profunda bañera.

Había tres tarros con tapa de cristal alrededor de la bañera. Tomó uno y lo olió, eran sales de baño de diferentes aromas: verbena, naranja, azahar y jacinto. De pronto, un nudo se le formó en la garganta y le costó respirar.

Había estado semanas en el infierno y justo cuando pensaba que ya no había esperanza, la habían sacado de su celda infernal y llevado a un aeropuerto. En ese momento, se encontraba en una habitación palaciega con un baño palaciego lleno de gruesas toallas y exquisitas fragancias.

Era extraño. Imposible. Abrumador. El cambio había sido demasiado.

Abrió el grifo. Mientras la bañera se llenaba, se quitó la odiada túnica y la prenda negra que llevaba debajo y lo tiró todo a la basura.

Desnuda, se miró en el espejo. Estaba demasiado delgada, demacrada, con señales amarillas y moradas en brazos y piernas. Se alejó un poco para mirarse la espalda y se fijó en una antigua contusión que tenía en la cadera y otra más reciente en el hombro izquierdo.

Pero los hematomas desaparecerían y se recuperaría y volvería a

casa. Pronto. Pronto, se repitió vertiendo las sales de verbena en el agua antes de deslizarse dentro lentamente.

El baño era como el paraíso y se quedó dentro hasta que el agua se enfrió; después se lavó el pelo.

Más tarde, limpia y envuelta en el suave albornoz de algodón blanco que encontró colgado detrás de la puerta, Liv salió del baño a su dormitorio y entonces se dio cuenta de que no sabía qué era lo siguiente que tenía que hacer. No tenía ropa. No se sentía cómoda andando por la suite en albornoz. Sabía que, según las conservadoras costumbres de la zona, no debería compartir una habitación con un hombre al que no conocía.

De nuevo volvió la ansiedad y recuperó el viejo habito de morderse la uña del pulgar.

Tenía que irse a casa. Necesitaba irse a casa. Aunque el hotel era precioso, y sería seguramente la única vez en su vida que estaría en un hotel de cinco estrellas, no podía disfrutar. No podía apreciar los altos techos, las altas ventanas y la exótica decoración, no cuando su madre y su hermano estaban esperándola y preocupados por ella.

Se acercó hasta una mesa que había al lado de la cama y descolgó el teléfono para pedir al operador que le pusiera una conferencia con Estados Unidos. El operador le dijo que él no podía marcarle, pero le dio los códigos internacionales para que llamara ella.

Liv estaba marcando cuando llamaron a la puerta. El corazón le dio un vuelco.

—Un minuto —dijo tratando de terminar de marcar la secuencia de números, cometió un error y tuvo que volver a empezar.

—Tenemos que hablar —era la profunda voz de Khalid.

Con manos temblorosas, acabó de marcar la interminable secuencia de números.

—De acuerdo, ahora mismo salgo.

—Deberíamos hablar antes de que llames a casa —dijo tras una pausa—. Hay cosas que aún no sabes y que podrías querer o no querer que sepa tu familia.

Escuchó la señal de llamada. Agarró el teléfono con más fuerza. De pronto deseó escuchar la voz de su madre más que nada en el mundo.

—Olivia —siguió Khalid con voz absolutamente clara a pesar de la puerta— no tienes pasaporte y podría ser difícil conseguir otro rápidamente. Quizá deberíamos discutir la forma de darle la noticia a tu familia sin asustarlos…

Seguía oyendo la señal de llamada. Podía imaginarse a su madre buscando el teléfono, preguntándose dónde lo habría dejado esa vez. Finalmente, colgó antes de que su madre atendiera la llamada.

No podía preocuparla. La quería demasiado. Asaltada por emociones enfrentadas, se levantó y abrió la puerta. Khalid estaba de

pie del otro lado, se había quitado la túnica y llevaba elegante ropa de diseño europeo: pantalones negros, un soberbio cinturón de cuero, camisa blanca de algodón y zapatos de cuero negro. Tenía el pelo azabache corto y liso, lo que enfatizaba las fuertes líneas de su rostro. Ni siquiera parecía la misma persona.

—Jeque Fehr —dijo, apretando los puños en los bolsillos del albornoz—, en el coche me dijo que antes de llamar a mi hermano esperara a que me viera un médico, y he esperado. Ahora me dice que no llame a casa porque no tengo pasaporte y no debería preocupar a mi familia —lo miró a los ojos—. Ya no sé qué creer.

—Quizá deberías sentarte.

—No quiero sentarme, sólo quiero la verdad.

—Como tú misma sabes, la verdad es algo complicado.

—¿Qué significa eso? —preguntó sorprendida.

—Te acusaron de contrabando de drogas, y las drogas te las encontraron a ti…

—¡En una bolsa de una amiga que llevaba yo!

—Pero estaba en tu mochila, en posesión tuya, bajo tu responsabilidad. Para terminar de complicar la verdad, esa «amiga» ha desaparecido y ni siquiera hay pruebas de que exista.

—¡Eso no es cierto! Tenía su bolsa. Sus cosméticos. Sus artículos de aseo.

—¿Quién hay que pueda decir que no son tuyos?

—¿No me cree? —lo miró horrorizada—. Cree que yo lo hice…

—Nunca he dicho eso. Sólo estoy evidenciando que la verdad no siempre es lo que parece, lo mismo que cómo te he liberado tampoco es lo que parece.

—Estoy empezando a marearme —la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Sabía que era mejor que te sentaras.

La agarró de un brazo y de la espalda y la llevó hasta una silla en el salón.

—No voy a desmayarme —dijo ella sin aliento.

Notaba su mano a través del grueso algodón del albornoz, la presión de sus dedos contra la columna vertebral y eso la hizo andar aún más deprisa.

—Sé que no te vas a desmayar —dijo asegurándose de que estaba bien sentada en la silla—, pero has pasado por un traumático calvario y, por desgracia, aún no ha terminado.

Liv lo miró, intentando recuperar el control de su pulso y de sus pensamientos.

—Creo que la embajada de mi país podría acelerar mi vuelta a casa.

—Les gustaría, pero colaboran con el gobierno de aquí, y Jabal

está presionando con mucha fuerza para que vuelvas para juzgarte y sentenciarte.

—¿El gobierno de Jabal puede conseguir que me extraditen desde aquí? —preguntó incrédula.

—No —respondió él de pie con los brazos cruzados—. Al menos eso espero.

Con una mano temblorosa, Liv se apartó un mechón de cabello de la cara.

—Eso no suena muy tranquilizador —dijo con voz ahogada conteniendo las lágrimas.

—No es eso lo que pretendo. Querías saber la verdad, y ésa es la verdad, las cosas son… impredecibles… de momento.

Su respuesta sólo logró incrementar su temor.

—No volveré a Jabal —dijo sofocada—. No puedo, no puedo…

—Lo sé y no permitiré que vuelvas.

Lo miró temerosa, muy asustada y se rodeó con los brazos.

—¿Por qué hace todo esto? ¿Por qué me ayuda?

—Tu hermano colgó un mensaje en Internet pidiendo ayuda. Su mensaje atrajo mi atención.

Sintió tanto calor en el pecho, tanto agradecimiento… No sabía si podía, debía, confiaren él.

—¿Ha hecho todo esto sólo por un mensaje que vio en Internet?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tu hermano decía que tu familia estaba desesperada —hizo una pausa de un segundo antes de añadir—. Me afectó.

Arqueó una ceja mientras digería sus palabras, pensando en que resultaba extraño escucharle decir la palabra «afectado» cuando era tan emotivo como las estatuas de piedra que había visto talladas en la muralla de la fortaleza de Ozr que hacía las veces de prisión.

—¿Y actúa solo?

—Sí.

—Pero si no trabajaba con una embajada o un gobierno, ¿cómo consiguió mi liberación?

—Al viejo estilo —dijo en tono de broma—. Con poder, chantaje, amenazas.

—¿Eso no es ilegal? —preguntó tratando de hablar con voz calmada.

—El chantaje nunca es bonito —respondió él—, pero eras tú o ellos, y no creo que los guardias fueran muy buenos contigo. La doctora me ha dicho que tienes hematomas y estoy seguro de que no te los has hecho tú misma.

Liv apartó la mirada y a través de las ventanas se concentró en las pirámides. Khalid se puso en cuclillas delante de ella antes de que

volviera a mirarlo.

—Ninguna medida diplomática te habría sacado de Ozr. En Jabal, no reconocen la diplomacia. No reconocen la diplomacia. Sólo reconocen el poder y el dinero. He hecho lo que tenía que hacer, y no me arrepiento. Al menos estás aquí, sana y salva.

Liv sintió unos dedos en la barbilla, sintió el calor en sus ojos y la tensión contenida en sus poderosas facciones. Estaba al mismo tiempo aterrorizada y fascinada por el fuego de esos ojos. Él la intrigaba y la intimidaba. Era duro y salvaje y lejano, pero aun así había ido en su ayuda cuando nadie más en el mundo lo habría hecho.

—Pero no libre —susurró ella.

—¿Eres libre de volver a Pierceville, Alabama? No. ¿Estás libre de la celda de la prisión? —dudó una fracción de segundo antes de ponerse de pie y decir—. Por ahora.

«Por ahora». Las palabras resonaron en su cabeza. Era libre sólo de momento.

—Pero sólo el dinero no comprará tu libertad —añadió—. Requiere honor. Mi honor.

Sacudió ligeramente la cabeza. Su honor. Era una palabra tan arcaica, tan pasada de moda que apenas tenía sentido para ella.

—No entiendo.

—Yo respondí por ti —dijo sin rodeos—. Les dije que eras mía.

Parpadeó al escuchar la palabra «mía» sintiendo al mismo tiempo calor, timidez y vergüenza. «Mía» era una palabra demasiado posesiva, una palabra que implicaba propiedad, control.

—¿Cómo ser… suya… me liberará?

—Reclamándote. He respondido personalmente por ti.

—¿Reclamando… cómo?

—He dicho que eras mi prometida. ¿Prometida? El arcaico término apenas tenía sentido para ella.

—¿Novia?

Él asintió.

—Debido a nuestra… relación… estás protegida de momento.

Liv abrió la boca, pero no pudo decir nada. Antes de recuperarse de la conmoción, apareció un botones con una bandeja de pequeños sándwiches y pastas junto a una gran tetera. Dejó la bandeja en una mesa baja y sirvió el té.

—Pero no estamos comprometidos realmente —dijo recuperando la voz.

—Les di mi palabra —dijo sin rodeos.

—Sí, pero eso era para sacarme de allí. Para liberarme…

—Y así lo hice, pero tuvimos complicaciones al salir de Jabal. ¿Recuerdas los policías que nos pararon? Venían a por ti. Se habían enterado de que te habían soltado en Ozr y habían recibido

instrucciones de no dejarte escapar. La única forma que tenía de protegerte era reclamarte. Una vez hecho, no podían tocarte.

—Pero me enviará a casa de todos modos, ¿verdad? Va a meterme en un avión mañana por la mañana… —su voz se fue extinguiendo al ver su expresión infranqueable. Volvió a intentarlo—. Si antes iba a mandarme a casa, ¿qué ha cambiado?

—Todo. El gobierno de Jabal ha anunciado nuestro compromiso. No puedo culparlos. Es lo que yo les he dicho, y mi honor se basa en mi palabra. Mi palabra es central para lo que yo soy, y para lo que es mi familia. Yo… nosotros… los Fehr no rompemos nunca nuestra palabra.

—No vamos a casarnos realmente…

—En Ozr me rogaste que te sacara de allí y he hecho lo que me has pedido.

Estaba empezando a ser consciente de que había celebrado demasiado pronto su liberación.

—Tiene que haber otra forma, tiene que haber alguna otra forma… —él no respondió y ella le rogó—. Jeque Fehr, no me diga que no tenemos más opciones. No puedo creer que no haya otras opciones.

—Hay otra opción —dijo sin entonación—. Tienes razón. Aún no está cerrado el trato. Puedes elegir volver a Ozr…

—¿A Ozr? —interrumpió desconcertada—. ¡Me matarán!

—No es un buen sitio —reconoció él. Se levantó bruscamente de la silla tirando casi el plato.

—Entonces ¿por qué cree que querría volver allí?

—Porque sólo tienes dos opciones: casarte conmigo o volver a Jabal.

Volvió a sentarse, las piernas no la sostenían. Lo miró a los ojos tratando de ver, tratando de entender, de saber si lo decía en serio.

—Pero usted no quiere casarse conmigo. ¡No sacaría ningún beneficio!

—Nada de eso me vino a la cabeza.

—Entonces, ¿por qué?

—¿Qué habrías hecho en mi lugar? ¿Dejar que te pudrieras en la cárcel el resto de tu vida? ¿Decirle a tu hermano que se alegrase, que aunque en la cárcel, al menos estabas viva?

—No tiene por qué hacer esto —pensó en su protector hermano—. No me preguntó por nada de esto…

—¿Pasaste drogas de contrabando? —exigió bruscamente.

—No —gritó.

—Entonces tengo que hacerlo —cuadró los hombros—. Si eres inocente, ¿cómo voy a quedarme sin hacer nada? ¿Cómo le explico a tu hermano que tu vida no tiene valor? ¿Cómo voy a vivir conmigo mismo sabiendo que todos vosotros habéis sufrido por el delito de otra

persona?

—Usted es uno de esos hombres que es un héroe —dijo ella sintiendo el ataque de la desesperación—. He leído sobre gente como usted. Los héroes son gente ordinaria que hace cosas extraordinarias…

—No soy un héroe —la interrumpió—, pero he ido a Jabal y ahora estás aquí, y tendremos que afrontar las consecuencias.

—Pero casarse… —su voz se desvaneció y lo miró incrédula—. Parece demasiado extremo… imposible.

—No es lo que habrías elegido, o lo que yo habría elegido, pero es el único camino. El único modo.

—Por ahora —dijo ella.

Él no dijo nada, sólo la miró.

«Por ahora», se juró en silencio con una mirada desafiante. No iba a casarse con un hombre al que no amaba. Tenía que haber otra forma de salir de todo aquello. Volvió a mirar por la ventana.

—Acaba el té —dijo Khalid en tono imperativo—. Después iremos de compras. Tenemos que recibir gente esta noche y no tienes ropa apropiada.

—¿A quién vamos a recibir?

—A unos amigos de Egipto y de Jabal que vienen a celebrar nuestro compromiso.

—¿Van a venir autoridades de Jabal? —preguntó asustada.

—No te asustes —respondió él—. Te verán, pero no hablarán contigo sin mi permiso, y no se lo daré —ella asintió—. Pero tendrás que parecer un poco más feliz que ahora, así que termina el té y vamos a comprar.

Lo miró horrorizada. ¿Una fiesta para celebrar su compromiso?

—¿Tengo que simular que estamos comprometidos?

—No te preocupes. Te veré cuando estés vestida de forma adecuada y nos iremos a comprar. La doctora Hassan ha sido tan amable de traerte algo de ropa de un diseñador egipcio que ambos conocemos. Está en el armario del pasillo. No sé si te quedará bien, pero hay un vestido, una chaqueta, ropa interior y unos zapatos.

—El problema no es la ropa…

—Claro que lo es —interrumpió él—. Vamos a tener una pequeña fiesta aquí esta noche y tienes que estar vestida de un modo apropiado, así que acaba el té y vístete. Ya he arreglado todo para que nos reciba un estilista en una hora y el tráfico estará fatal.

Capítulo 4

Terminó el té y se miró en el espejo de su dormitorio. El vestido de lino de color trigo y la chaqueta a juego le quedaba un poco holgado, pero la tela era bonita y el color le recordaba a las pirámides.

Había perdido mucho peso en los últimos meses, tenía un cuerpo más anguloso que atractivo. Frunció el ceño y se cepilló el pelo, que se dejó suelto sobre los hombros.

Abajo, frente al hotel uno de los Mercedes negros del jeque la esperaba. Al poco se dirigían a través de El Cairo hacia la zona donde se encontraban las tiendas de lujo. Khalid le explicó que el Complejo First Residence era la zona más exclusiva de El Cairo y donde se encontraban las tiendas de lujo así como los hoteles y residencias donde se alojaban los jeques y jefes de estado cuando acudían a El Cairo.

—Pero usted no se ha quedado allí… —dijo ella sin dejar de mirar por la ventanilla del coche.

—Normalmente lo hago, pero como mencionaste que te gustaba la Historia y la Geografía pensé que te gustaría el Mena House. —¿Lo eligió por mí?

—Sí.

Liv notó una dolorosa tensión en el pecho y se ruborizó.

—Gracias —dijo, bajando la cabeza.

—Ya hemos llegado —dijo el jeque cuando el coche se detuvo delante de un elegante edificio—. Y creo que ya te espera tu asistente de compras.

Una mujer de aspecto elegante se acercó al coche mientras el chófer les abría la puerta. Hizo una profunda reverencia al jeque y una menor a Olivia.

—Soy Val Bakr —dijo la mujer—. Soy asistente de compras y estoy aquí para hacer la adquisición de su vestuario los más fácil posible.

Guió a Liv a través del centro comercial hacia una zona donde había tiendas de diversos diseñadores en las que eligió una docena de prendas para que se las probara. Khalid las acompañó a cada tienda, pero se sentó a observar en silencio.

Les llevó alrededor de una hora elegir vestidos, faldas, chaquetas, blusas, zapatos y abrigos. También añadieron unas bolsas de rafia, sandalias, bañadores, cinturones, sombreros e incluso albornoces y camisones.

La ropa era impresionante. Tenía que costar una fortuna, pero Khalid ni siquiera sacó una tarjeta de crédito. Se limitó a asentir y a decir que lo enviasen todo al Mena House y después tomó a Olivia del brazo y la llevó al coche.

—No puede comprarme todo eso —protestó cuando salieron del

centro comercial.

Khalid no respondió. Se limitó a señalar la puerta abierta del coche, pero Liv dudó. Aún recordaba cómo Val se había quedado de pie al lado de una pila de bolsas y cajas que le llegaba a la altura del codo.

—Jeque Fehr, he visto la etiqueta de un bolso. Ponía siete mil quinientos dólares. Ni siquiera tengo un coche que valga esa cantidad.

—La señorita Bakr tenía tiene un gusto impecable —miró el reloj— y todo lo que ha elegido es perfecto para nuestras necesidades.

—¡Pero toda esa ropa! Debe costar miles y miles de dólares.

—Necesitas un buen fondo de armario.

—Pero esto es demasiado. Un par de faldas, algunas blusas, un par de sandalias. Pero no toda esa ropa de diseño, y esos extravagantes accesorios… y reconocerá que un bolso de siete mil dólares…

—Por favor entra en el coche —la interrumpió con tranquilidad. Liv obedeció y, ya dentro del coche, Khalid dijo—. Nosotros no discutimos con nuestras mujeres en la calle, y nuestras mujeres no se muestran en desacuerdo con nosotros delante de la familia, amigos o extraños.

Ruborizada, Liv sintió calor, luego frío y luego calor otra vez. Simplemente estaba tratando de evitar que se gastara tanto dinero, tratando de hacer las cosas más fáciles.

—Lo siento. No quería ser irrespetuosa. Sólo quería que no se gastase tanto dinero. No es necesario.

—Pero sí lo es —le corrigió—. Es lo que la gente espera de ti. Ahora me representas. Eres mi prometida y yo soy muy conocido en el mundo árabe.

—Pero tiene que entender que yo no puedo pagarle todas esas cosas —protestó—. Tampoco mi madre, está casi jubilada; y Jake tampoco podrá. Es carpintero. Construye casas para ganarse la vida.

—No espero que nadie me lo pague —suspiró—. Pero sí espero tu respeto y cooperación. Me he jugado mi nombre y mi reputación por ti. Arriesgo mi honor y el de mi familia, y aquí el honor lo es todo. Marca la diferencia entre la vida y la muerte —había anochecido y las farolas y las luces de los edificios iluminaban la ciudad—. Mi trabajo es protegerte, pero debes permitirme que lo haga. Debes confiar en mí cuando te digo que estamos en una situación difícil y peligrosa.

La advertencia de Khalid hizo que le recorriera un estremecimiento. ¿Cuántas veces había dicho Jake algo prácticamente igual? Pero ella no le había creído. Había pensado que su hermano era un pesimista. Ya había cambiado de forma de pensar.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Khalid.

—Sí —respondió un poco airada.

Lo que le decía la aterrorizaba. No era la vida que ella conocía. No

era como había crecido.

—No pretendo asustarte —añadió él después de un momento—, pero necesito impresionarte para que seas consciente de la importancia de las apariencias. Debemos ser discretos. Todo lo que hagamos será observado por los demás. Todo lo que hacemos, individualmente o juntos, será documentado, analizado y comentado. El único momento en que estás de verdad a salvo y eres libre de verdad es cuando estás a solas conmigo.

Liv hizo un breve asentimiento para mostrar que había comprendido.

Khalid se quedó en silencio con expresión meditabunda.

—Una cosa más. He llamado a tu hermano antes, mientras te tomabas el té. Le he dicho que estás a salvo. Le he dicho que estabas conmigo. Y le he dicho que tú le llamarás esta noche. Me ha contestado que esperará tu llamada, mientras tanto te manda mucho cariño y su enhorabuena.

—¿Enhorabuena? —se quedó paralizada.

—Por nuestro compromiso.

—¿Se lo has dicho?

—Tenía que hacerlo. Pronto aparecerá en los periódicos, creo que es mejor que lo sepa por nosotros.

—Pero si no nos vamos a casar. Esto es sólo una fachada para conseguir tiempo.

Cuando Khalid no respondió, sintió que estaba al borde de la histeria. No podía ir en serio con lo de la boda. ¿Cómo era posible salir de la cárcel para verse metida en un matrimonio forzoso? Era salir de una jaula para meterse en otra.

—No puedo hacerlo —dijo furiosa— y no lo haré.

—Entonces díselo a las autoridades de Jabal que van a venir a vernos en un par de horas —dijo él disimulando escasamente su enfado—. Diles que no eres realmente mi prometida, diles que ha sido todo un error y verás lo que pasa cuando yo desaparezca de la escena. Olivia, soy el único que puede mantenerte lejos de esa prisión. Soy el único que puede, y la única forma que tengo de hacerlo es ofreciéndole mi apellido, mi reputación y la de mi familia.

Liv dejó caer la cabeza, cerró los ojos y respiró con dificultad.

—¿Por qué tiene que ser cárcel o matrimonio? ¿Por qué?

—Porque esto no es Europa y se te acusa de un delito grave. Un delito que puede acarrear la pena de muerte.

—Pero ¿por qué le tenías que decir a Jake que iba a casarme? No tenía que saberlo. No ha sucedido y puede que no suceda…

—Lo iba a leer mañana en los periódicos. He pensado que querría saberlo antes, estar preparado.

Pero Jake no lo iba a entender. Jake la conocía. Sabía que no había

salido con muchos chicos. En lo concerniente a los hombres, era ridículamente cauta y lo último que haría jamás sería lanzarse a una relación con un hombre que no conociera, mucho menos con un hombre de una cultura tan diferente.

—Jake va a estar aún más preocupado —dijo ella—. Sólo va a empeorar las cosas.

—Las cosas no podrían estar peor de lo que están —dijo Khalid—. La verdad es que estás más segura conmigo que en Ozr.

—¿Qué quieres decir con que las cosas no podrían estar peor para él de lo que están? ¿Qué ha pasado en mi casa?

Khalid encendió la luz interior del coche.

—Tu madre se ha tomado muy mal la noticia de tu desaparición…

—¿Qué quiere decir muy mal? —interrumpió.

—Ha tenido un ataque al corazón…

—¡No! —se llevó una mano a la boca—. No —repitió—. No puede ser.

—Creo que está mejor. Está estable y descansando, pero aún no está muy fuerte y tu hermano está cuidando de ella. Si no, ahora mismo estaría aquí.

Liv sacudió la cabeza para intentar ordenar sus ideas. Su mundo entero estaba del revés.

—¿Cuándo ha tenido el ataque?

—Hace una semana.

—¿Seguro que está bien? —se enjugó las lágrimas antes de que le corrieran por las mejillas.

—Está en casa. Descansando.

—Por eso no querías que llamara antes…

—Sí.

—No estoy preparada para perder a mi madre —dijo entre jadeos —. Sólo hace dos años que perdí a mi padre.

—Ahora tienes que ser fuerte. Tienes que creer en que todo va a salir bien. Todo irá bien.

—¿De verdad cree que todo va a salir bien?

La miró intensamente un momento. Había algo en sus ojos que le recordó los de los halcones.

—Sí —dejo caer las largas pestañas—. Llevará su tiempo, pero las cosas se arreglarán. Un día u otro.

De vuelta al hotel, Liv descubrió que la suite había sido transformada. Había arreglos de flores encima de las mesas del salón y en el comedor había un elaborado bufé. Una música suave salía de altavoces invisibles y camareros de uniforme terminaban de colocar la mesa de las bebidas y dar los últimos toques a cojines, mesas y velas.

Liv permaneció de pie en la entrada intimidada por la transformación. Al ver la decoración se dio cuenta de lo lejos que estaba de su casa. Lo lejos que estaba de todo lo que conocía y comprendía.

—Sus asistentes están aquí —dijo el botones a Olivia—. Están esperando para ayudarla a vestirse.

—¿Mis asistentes? —miró perpleja a Khalid.

—La señorita Bakr pensó que puede que necesitaras alguien de confianza esta noche para prepararte para la fiesta. Ha mandado a su estilista de confianza. Te arreglara el pelo y… bueno, todo lo demás —su voz se desvaneció y por un momento pareció tan perplejo como ella —. Realmente no sé qué va a hacer, pero la señorita Bakr insistió.

No completamente tranquila, Liv entró lentamente en su dormitorio sin saber lo que se iba a encontrar. Había dos egipcias conversando animadamente que se quedaron en completo silencio cuando entró.

—No tenemos mucho tiempo —dijo la peluquera llevando a Liv al cuarto de baño, donde ya tenía dispuestos sus utensilios.

—Sencilla —dijo la otra mujer mirándole las uñas—. Esta noche usted es la protagonista y tendrá que estar sencilla, guapa y elegante.

—Una diosa —añadió la peluquera—. Esta noche será una diosa.

La peluquera la urgió a sentarse y, mientras empezaba a manipular el cabello de Liv, la otra se centró en las uñas. Mientras trabajaban ella picaba alguna fruta y queso que Khalid había enviado. También llegó una copa de champán, pero no se atrevió ni a tocarlo. Había estado muchos días sin comer y temía el efecto del alcohol. Sin embargo, sí comió queso y albaricoques y deliciosas uvas. Prácticamente todo lo que había en el plato.

Cuando terminaron con el cabello y las uñas se sentía extrañamente relajada y mimada. Tener no una, sino dos mujeres ocupadas en ella mientras comía queso y fruta le parecía increíblemente decadente, pero no podía discutir. Esa noche era importante. Khalid lo había dejado muy claro y ella iba a hacer todo lo posible para causar buena impresión a las autoridades.

—Su ropa ya ha llegado —dijo la manicura—. Vamos a vestirla y a asegurarnos de que todo queda como tiene que quedar y después nos iremos para que disfrute de su fiesta.

Su fiesta. La sugerencia era para echarse a reír, pero no lo hizo. Se estremeció y empezó a sentirse nerviosa. Nada podía salir mal, no quería volver a Ozr.

Se distrajo con el proceso de vestirse. Iba a llevar un traje largo de color marfil con bordados de oro. Un collar de oro y pedrería alrededor del cuello. Y unos zapatos de tacón color champán.

La peluquera le había colocado el cabello de manera que parecía

una cascada dorada alrededor del rostro. Le aplicaron un discreto maquillaje y un toque de brillo en los labios.

—Está perfecta —dijo la manicura—. Tan joven y encantadora, como la princesa que va a ser.

Liv sonrió agradecida y oyó abrirse y cerrarse una puerta. Por el sonido de las voces, supo que los invitados habían llegado y su sonrisa desapareció al sentir que se le cerraba el estómago… se agarró al borde del lavabo.

—Todo va a ir bien —dijo la peluquera dándole unas palmadas en la espalda mientras Liv se incorporaba y respiraba por la boca—. Todo está bien y va a hacer que su Alteza se sienta muy orgulloso. Ahora adelante, disfrute de su fiesta.

Su fiesta. Una fiesta en la que tenía que fingir que estaba comprometida con el príncipe Khalid Fehr, jeque del gran desierto de Sarq. ¿Cómo iba a hacerlo? Era sólo una chica de Pierceville, una chica que en toda su vida había salido una docena de veces con chicos.

No podría hacerlo, no si el secretario de seguridad de Jabal estaba allí.

Pero entonces pensó en su madre, en Jake, en el mismo jeque. Todos contaban con ella, dependían de que fuera fuerte. Y podía ser fuerte. Lo sería.

Khalid vio a Olivia entrar en la sala, el largo vestido color marfil realzaba su figura y su delicada belleza. Con la cabeza alta, el brillante pelo le caía sobre los hombros desnudos y los rizos se confundían con los pliegues del vestido. Unos brazaletes de oro en los bíceps ocultaban los hematomas.

En la fotografía del pasaporte estaba guapa, incluso al salir de la cárcel, pero en ese momento simplemente estaba impresionante, y Khalid la miró sucesivamente sorprendido, orgulloso, deseoso y posesivo.

Sabía que ella no quería estar ahí esa noche, sabía que estaba aterrorizada por tener que enfrentarse con las autoridades de Jabal, pero nadie lo hubiera sabido mirándola. Su expresión era serena, su mirada enfocada, inteligente.

Guapa, pensó, era muy guapa y tan pequeña y frágil que no parecía de este mundo. Y era suya.

Khalid sintió calor y una constricción en el pecho por unas emociones que no sabía podía sentir.

La quería para él y la protegería siempre.

—No lleva túnica ni la cabeza cubierta —dijo una autoridad de Jabal entre dientes volviéndose acusador hacia Khalid.

—No tiene que hacerlo —respondió él—. Está aquí conmigo.

—Pero la muestra como a una…

—Cuidado —interrumpió Khalid—, es mi futura esposa y he jurado protegerla con mi vida. No permitiré que nadie la insulte.

El ministro cerró la boca y se quedó un momento sin habla hasta que pudo decir:

—Si realmente es su prometida, ¿cuándo va a ser la boda? Porque no es legal que un hombre y una mujer viajen juntos así, sin acompañantes…

—Pero si está acompañada. Sus asistentes están en su dormitorio ahora mismo —una sonrisa sardónica se dibujó en sus labios—. ¿Le gustaría conocer a sus criadas personalmente, señor Al-Awar?

—Eso no será necesario —medió un dignatario egipcio—, su Alteza. Su palabra es suficiente para nosotros. ¿Puedo felicitarlo por sus próximas nupcias?

—Gracias —respondió Khalid sin dejar de mirar a Olivia, que permanecía de pie en el extremo del salón.

Parecía muy pequeña y vulnerable y deseó que hubiera estado allí su hermano Sharif con su esposa Jesslyn. Aunque se había convertido en la reina de Sarq, había sido maestra y era la mujer más amable y buena que Khalid había conocido.

—¿Cuándo serán las nupcias? —presionó el ministro de Jabal—. No he oído mencionar ninguna fecha, lo que me preocupa, y a mi gobierno. Si su compromiso es sólo un engaño…

—Si ha venido a insultarme, entonces quizá sería mejor que se fuera ahora antes de que lo tome como una ofensa personal —puso toda su atención en el secretario de seguridad.

—El papeleo decía que era miembro de su familia.

—Y lo es —onduló el labio superior.

—Entonces habrá boda.

—Una boda real lleva su tiempo y mi familia no está reunida en este momento. Una vez que pueda reunirlos a todos y acordemos una fecha, se celebrará la ceremonia.

—Muy bien —dijo tras un silencio el ministro—. Y mis felicitaciones otra vez.

—Gracias —sonrió —. Y ahora voy a unirme a mi prometida, pero espero que se quede y disfrute de nuestra hospitalidad. El cocinero del hotel se ha superado a sí mismo —hizo una inclinación de cabeza y fue hacia Olivia.

Liv vio a Khalid caminar hacia ella. Mientras ella se vestía él también se había cambiado y se había puesto la tradicional túnica árabe.

—¿Disfrutas de la fiesta? —preguntó al llegar a su lado.

—No es muy divertida —dijo en tono irónico sin dejar de sonreír.

La recorrió con su cálida mirada.

—Te prometo que algún día te haré una fiesta de verdad, una con mucha gente interesante.

—Con que no esté nadie del gobierno de Jabal, me sentiré feliz.

—Tengo que reconocer que en eso estoy de acuerdo contigo —antes de que pudiera responder, se dio la vuelta para mirarla a los ojos—. Estás preciosa. Como una diosa. No suelo hacer muchos cumplidos. Tampoco digo nunca lo que no pienso.

Liv se sintió feliz en su interior y sintió que se le hinchaba el pecho como si se hubiese tragado un globo, pero sabía que eran los nervios y esa extraña emoción que la llenaba. Esa mañana había pensado que era temor, pero ya no estaba segura.

—Gracias. Me alegro de la aprobación.

Una hora y media después, cuando Liv se fue a la cama, estaba tan agotada que se durmió en el momento en que tocó la almohada.

En su habitación, a Khalid no le resultó tan fácil dormirse. Normalmente dormía en el más absoluto silencio, en la oscuridad, pero esa noche, al cerrar los ojos veía los de ella, su azul, sus largas pestañas en medio de un rostro pálido y pequeño.

Pero no quería pensar en Olivia, no quería implicarse emocionalmente, ni sentirse unido a ella.

No había dejado el desierto y el aislamiento para verse enredado en una relación. Le gustaba ser soltero, disfrutaba de su vida solitaria, y la posibilidad del matrimonio empezaba a ser algo muy real. Y él que había jurado que no se casaría jamás…

Estaba aún despierto horas después cuando oyó el grito. Fue un grito penetrante. Se levantó al instante, atravesó la puerta que lo separaba del salón y encendió la luz.

Una vez en la habitación de Olivia, descubrió que seguía dormida.

De pie, inmóvil en el umbral de la puerta del dormitorio de ella, la miró dormir preguntándose qué le habría hecho gritar y dudando sobre qué hacer si volvía a chillar. Pero pasaron los minutos y no gritó.

Dormida, el dolor y la preocupación desaparecían de su rostro. Dormida, recordaba a una chiquilla con todas sus esperanzas y sueños intactos.

Acababa de apagar la luz y estaba cerrando la puerta cuando oyó la voz de Olivia que decía:

—Buenas noches, Jake.

Jake, su hermano.

Apretó la mandíbula sintiendo una súbita tensión dentro de él. Una vez también él había sido el hermano mayor de dos hermanas. Pero habían muerto hacía diez años. Habían muerto y él no había podido hacer absolutamente nada.

Quizá por eso estaba allí, arriesgando la vida por Olivia. Era una especia de hermana pequeña.

—Buenas noches, Olivia —dijo con tranquilidad y cerró la puerta.

Entonces se dio cuenta de por qué no podía dormir. Olivia le mantenía despierto. Haciéndole sentir otra vez. Y sentir emociones dolía. Sentimientos era lo último que quería tener.

Capítulo 5

A Khalid le despertó el sonido de su teléfono. Miró la pantalla y reconoció el número de inmediato. Su hermano mayor.

Sharif.

—Eres rey y recién casado —dijo Khalid con voz profunda tumbándose boca arriba en la cama—. ¿Qué haces llamando tan temprano?

—Me prometiste que no quebrantarías ninguna ley.

—No lo he hecho —puso los ojos en blanco.

—El presidente de Jabal quiere que ella vuelva.

—No es el presidente, es un dictador y la Cruz Roja y las Naciones Unidas están extremadamente preocupadas por el desprecio de su régimen a los derechos humanos.

—Khalid, esto es serio.

—Sé que lo es —respondió suavemente, pero los dos sabían que Khalid era el menos dado a compromisos de los hermanos Fehr—. Y Olivia no va a volver. Ni ahora, ni nunca.

—La has liberado recurriendo a la ilegalidad —dijo Sharif con un suspiro.

—La rescaté de Ozr, que es sinónimo del infierno y lo sabes.

—La has reclamado. La has reclamado como prometida tuya.

—Sí.

—Eso es mentira…

—No si me caso con ella —sonrió al notar la cortante inspiración de su hermano.

—Eso es ridículo —protestó Sharif—. Te has pasado los últimos diez años dejando meridianamente claro que la gente no te interesa, tampoco las relaciones ni los sentimientos. Has apartado a todo el mundo de tu lado. Ni siquiera devuelves las llamadas de teléfono…

—Ella tiene problemas.

—El mundo tiene problemas. Khalid. Tú no puedes salvar a todo el mundo.

—No trato de salvar a todo el mundo.

—¿No?

—No.

—Creen que tu señorita Morse es parte de una gran red de traficantes de droga —dijo Sharif.

—No lo es.

—¿Pues qué es?

Khalid se quedó en silencio. Él se había hecho la misma pregunta. ¿Qué pasaba si Olivia no era inocente? ¿Qué pasaba si de verdad pertenecía a esa red? ¿Qué pasaba si los demás eran más hábiles y sólo la habían atrapado a ella? ¿Y si no había nadie más implicado?

¿Y si había mentido a todo el mundo?

—La he investigado —dijo después de un silencio—. No hay nada en su vida anterior que indique que tenga experiencia en algo parecido. Vive en el medio de ningún sitio, una pequeña ciudad del sur de Estados Unidos, una ciudad pequeña de verdad, de unos treinta mil habitantes.

—Justo la clase de chica que busca fama y fortuna.

—Su madre es ama de casa, su hermano es carpintero.

—Khalid —dijo Sharif con cuidado—. No puedes decir en serio lo de casarte con ella…

—¿Por qué no? Tú te has casado con una maestra. Yo puedo casarme con una agente de viajes.

—No es gracioso. Conocía a Jesslyn desde hacía años. Era la mejor amiga de nuestras hermanas. Y además, no era una delincuente.

Khalid, incómodo por la mención de Aman y Jámila, se sentó en la cama.

—No me voy a casar con una delincuente.

—¿Ni siquiera para salvarla? Porque te conozco. Te dedicas a esto de salvar a gente en peligro, pero casarte es diferente. No puedes dañar tu nombre, nuestro nombre, por alguien así. No está bien para mis hijos, ni para nuestro hermano…

—Lo sé —interrumpió Khalid irritado—. Tengo una semana para descubrir la verdad y te lo prometo. Haré todo lo posible para descubrirla.

—¿Qué pasa si una semana no es bastante?

—Entonces tenemos problemas —colgó, se puso un pantalón de pijama y se acercó a la terraza, donde descorrió las cortinas.

Una semana, pensó. Una semana no era mucho tiempo. Tenía mucho que hacer en siete días, mucho que aprender, y la mejor forma de aprender era observar.

Tenía que estar con Olivia a solas, lejos del ruido y las distracciones de El Cairo. Necesitaba descubrir qué había pasado el día que había sido detenida. También quería encontrar al grupo con el que había viajado, incluyendo a la escurridiza Elsie, quien le había dado la droga para que la pasara.

Así que el primer punto del orden del día era asegurarse de que había llamado a su casa la noche anterior como había prometido que haría antes de irse a la cama. Lo segundo era hacer oficial su compromiso… lo que incluía poner un anillo en el dedo de ella. Y lo último saber más cosas de su prometida y la mejor forma era salir de El Cairo y dirigirse al antiguo Egipto, el de los faraones, los templos y las excavaciones arqueológicas.

Liv ya estaba vestida cuando apareció Khalid. Estaba sentada en el

salón tomando café y leyendo los periódicos que había llevado el botones.

—Está en todas partes —dijo alzando la vista cuando Khalid entró en la sala—. En todos los periódicos, en la primera página y otras de dentro en diferentes secciones. Tu compromiso es noticia de portada.

—Nuestro compromiso —corrigió tomando uno de los periódicos donde salía vestido con ropa europea de un modo informal.

—¿Cuándo terminará todo esto? —preguntó ella—. ¿Cómo terminará?

—No lo hará. Estamos juntos en esto. Para lo bueno y para lo malo —dijo Khalid mirándola con los ojos entornados—. Podría ser peor, también. Podrías seguir en Ozr.

Lo miró, su estómago era un manojo de nervios. Quizá a él no le parecía insoportable la idea de un matrimonio de conveniencia, pero a ella sí. Quería amar al hombre con quien se casara.

—No voy a casarme con un hombre al que no amo —dijo casi con furia, las mejillas ardiendo—. Y cuando lo conozca, jeque Fehr, no me voy a casar sin que asista mi madre.

—Aprecio tus románticos sentimientos —respondió él, dejando un periódico para mirar otro—. Y como hombre que tenía dos hermanas menores, entiendo lo importante que es el romanticismo para algunas mujeres, pero no es práctico. Y el romanticismo no va a salvarte, así que te sugiero que abandones el mundo de las hadas y vuelvas a la realidad. Por cierto —continuó—, ¿qué tal has dormido esta noche?

—Bastante bien, supongo —respondió dubitativa—. ¿Por qué?

—¿Nada de pesadillas? —insistió.

—Creo que no —frunció el ceño tratando de recordar.

—Muy bien. Hoy tienes mejor aspecto. Aún tienes esas sombras bajo los ojos, pero al menos has recuperado el color en las mejillas. Ayer estabas muy pálida.

—Estaba agotada —admitió ella.

—¿Pudiste llamar a tu familia antes de irte a dormir?

Ella asintió, recordó los breves veinte minutos de conversación. Su madre y su hermano estaban al teléfono al mismo tiempo, a su madre aún le costaba hablar, así que los dos hermanos llevaron la mayor parte del peso de la conversación teniendo mucho cuidado de no decir nada que pudiera preocupar a su madre.

—Estuvo bien —dijo ella—. Estaba cansada y no fui tan habladora como suelo ser, pero al menos saben que estoy bien y que… bueno, que no tienen que preocuparse más —dudó—. Me sorprende, sin embargo, que Jake no mencionara su llamada, pero puede que pensara que no era buena idea hablar de ello delante de mi madre.

—Supongo que estará haciendo todo lo posible para evitarle preocupaciones a tu madre —esbozó una sonrisa—. Es lo que suelen

hacer los hombres.

—¿Está muy unido a su madre? —preguntó intrigada por su revelación.

—No —respondió y en vez de seguir, miró el reloj y dijo—. ¿Te apetece ir de compras?

—No especialmente —arrugó la nariz.

—¿No te gusta ir de compras?

—Ya fuimos ayer.

La miró extrañado. Por primera vez, Liv se dio cuenta de que tenía un atisbo de hoyuelo en la barbilla. Definitivamente era guapo.

—A las mujeres les encanta ir de compras —dijo él.

—A mí no, a menos que sea para comprar libros de viaje o de Historia, cualquier cosa que pueda leer —miró el rostro de él, pero su expresión era completamente neutra—. En realidad, esperaba que pudiéramos ir a ver algo —dudó—, las pirámides o la Esfinge.

Antes de que Khalid pudiera responder, sonó el timbre de la puerta y el botones salió de una habitación del fondo y fue a abrir. Liv pudo oír el sonido de la puerta, el saludo de alguien y después que la puerta se cerraba de nuevo. El botones entró con un egipcio de bastante edad vestido con un traje oscuro y con un maletín de cuero.

—Su Alteza —dijo el egipcio saludando a Khalid—. Espero no haberles hecho esperar.

—En absoluto —respondió Khalid—. Estábamos planeando el día.

—¿Tiene en mente algún lugar donde le gustaría que hiciese esto? ¿Me quedo con ustedes aquí o prefiere que vaya al comedor?

Khalid miró donde estaba sentada Liv y después al oscuro comedor.

—Creo que aquí hay mejor luz —respondió—. Y Olivia está cómoda. Aquí mismo.

—Excelente —el hombre puso su maletín sobre una mesita de café.

Hasta ese momento, Liv no se había dado cuenta de que iba esposado al maletín. Impresionada, lo vio sacar una diminuta llave de un bolsillo y soltar las esposas antes de volver su atención al maletín que permanecía cerrado.

Mirando a Khalid se dio cuenta de que él no estaba sorprendido. Cuando el hombre abrió el maletín, entendió por qué. Estaba lleno de anillos de diamantes. Hileras e hileras de anillos sobre terciopelo. Tenía que haber veinte o treinta y los diamantes eran enormes.

Pero no todos eran del habitual color claro. Algunos brillaban con tonos más pastel y había algunos que emitían los raros y costosos destellos rosas y amarillos.

—Ya sé que dices que no te gusta ir de compras, pero creo que deberías elegir el anillo que vas a llevar —dijo Khalid.

—No es sólo un anillo —dijo el joyero orgulloso—, es un símbolo

de su compromiso y debe elegir un anillo que le recuerde siempre su amor y su juramento…

—Khalid —murmuró Liv poniéndose de pie—, ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto —respondió él—, pero podemos hablar aquí libremente. El señor Murai es un viejo amigo de la familia y lleva mucho tiempo en el negocio de las joyas. No eres la primera novia presa de los nervios a quien ha asesorado.

Liv sintió crecer su frustración. Khalid la estaba malinterpretando a propósito.

—No estoy sólo abrumada —dijo ella—. No creo que pueda tomar hoy esta decisión. Quizá al final de la semana…

—Quiero que lleves mi anillo en tu dedo —respondió Khalid, tajante—. Es importante para mí. Es importante para mi pueblo y es importante para mi familia.

—Pero yo no sé nada de diamantes ni de joyería…

—Por eso está aquí el señor Murai. No es sólo el mejor de El Cairo, es uno de los mejores joyeros del mundo. La mayoría de las familias reales recurren a él.

Pero ella no quería llevar un anillo, menos uno como ésos. No eran sólo una joya, sino un símbolo de riqueza, de estatus, de un estilo de vida… todas las cosas con las que no se sentía cómoda.

—Entiendo que quieras que lleve un anillo —dijo tragando con dificultad—, pero estos son demasiado elaborados, y mucho más grandes de lo que necesito.

—Señorita Morse, entiendo que esto puede ser abrumador —dijo el señor Murai amable—. Elegir un anillo es siempre una operación muy emocional y requiere tiempo y reflexión. Por favor, vuelva a sentarse y dígame un poco lo que le gusta. No hay prisa, ni presión. Le dedicaremos el tiempo que necesite, probaremos con todos los anillos y, si ninguno le gusta, iré a por más.

Liv miraba a Khalid mientras hablaba el joyero deseando decirle que no le gustaba lo que estaba pasando. No podía discutir con él delante del joyero. Khalid le había dicho que las apariencias eran importantes. Se sentó despacio en el sofá.

—No sé mucho de diamantes —dijo con voz aflautada.

—Está bien. Puedo enseñarle lo que quiera.

Ella asintió, consciente de que Khalid estaba de pie detrás del joyero sin quitarle ojo de encima.

—¿Tiene alguna pieza favorita en su casa? —insistió el joyero.

—No… —se ruborizó tímida— no tengo muchas joyas, sólo un anillo de ópalo que la anterior novia de mi hermano me trajo de Australia y una gargantilla de perlas que me regaló mi padre cuando cumplí dieciocho años.

—¿Ningún diamante? —preguntó Murai.

—No.

—Bueno, entonces nos aseguraremos de que el primero sea el correcto para usted —señaló la primera hilera—. No sé si de verdad los diamantes son los mejores amigos de las chicas, pero sí sé que son para siempre. La popularidad de la talla puede subir o bajar, pero la piedra en sí misma siempre es la más popular entre las gemas —hizo una pausa—. En este momento hay tres tallas de moda. La marquesa, rosa y princesa. Todos estos anillos son de una de esas tallas, como puede ver —dijo tomando uno de los anillos y exponiéndolo a la luz —. La talla marquesa tiene la forma de un barco, afilado por las dos puntas y es una de las tallas más populares aunque data del siglo XVIII.

—Es muy bonito —dijo ella asombrada por los destellos del diamante.

—¿Pero no es para usted? —la miró.

—Es demasiado espectacular —respondió ella.

Sonriendo, Murai dejó el anillo y sacó otro.

—Este está tallado en rosa, una talla desarrollada en el siglo XVI. Como puede ver es muy glamuroso, muy elegante. Algunas personas piensan que es el clásico de Hollywood, otras lo ven como el de las joyas de la corona. Notará que hay una base plana y que las facetas salen desde el centro.

Era precioso, pero no para ella. Parecía como de… como de abuela. Aunque su abuela nunca hubiera tenido nunca un diamante de más de medio quilate.

—No es para usted —adivinó el joyero buscando otro—. Este es del siglo XVII y se conoce como la talla princesa. Note la forma rectangular y las esquinas angulosas. Mucha gente piensa que el brillo de un diamante se ve particularmente realzado por esta talla.

—También es precioso —pero era imposible que llevara un anillo con una piedra tan grande—. ¿De cuántos quilates es éste? —preguntó sólo por curiosidad.

—Un poco menos de doce.

—Cielos —se echó para atrás—. ¿Doce quilates? ¿Quién puede permitirse eso?

—Su prometido —dijo Murai—. Su hermano, sus amigos.

—Lo siento, pero lo encuentro casi ofensivo… —dijo en tono de disculpa—. No podría tener la conciencia tranquila llevando eso en el dedo y sabiendo que medio mundo se muere de hambre. No me parece bien.

Khalid dio un paso al frente bruscamente, se inclinó sobre el maletín y señaló un anillo de dos quilates y medio con destellos amarillos y forma de perla engastado en platino y con diamantes más

pequeños en los extremos.

—Ese —dijo.

—Uno de mis favoritos —dijo Murai sacándolo del maletín—. Clásico y muy, muy elegante.

Era más que bonito y era algo que jamás habría elegido, pero había algo en su forma y diseño que atrapó su imaginación.

—Pruébeselo —la animó el joyero.

Insegura, Liv se puso el anillo en la mano izquierda y miró el impecable diamante. La joya hacía parecer su piel cremosa, mientras la piedra recordaba al sol, la fruta madura y el limón.

Puso la mano a la luz, después se la acercó al rostro para mirar con detalle la exquisita joya.

—Te queda bien —dijo Khalid con tranquilidad.

—Es el anillo más bonito que he visto jamás —dijo mirándolo ruborizada.

—¿Hay algún otro que te guste más? —preguntó él.

—No —respondió ella sin aliento notando el peso de la piedra en el dedo—. Pero es demasiado…

—Ese es el anillo —dijo Khalid al joyero—. ¿Podemos tenerlo hecho a medida esta mañana y que nos lo entreguen antes de nuestro vuelo de mediodía?

—Sin problemas —asintió Murai.

—Saldremos para el aeropuerto a las once y media —añadió Khalid.

Liv lo miró y después al anillo que aún no podía creer que fuese a ser suyo.

No debería serlo. No iba a casarse con Khalid realmente. Iba a volver a su casa y a su trabajo y a ser Liv Morse de nuevo, pero mientras tanto, no sería tan horrible llevar algo tan bonito. Jamás volvería a tener nada semejante.

—Tendré el anillo hecho a medida de inmediato —respondió el joyero—. Y lo traeré yo personalmente.

Después de que Murai se hubo marchado con su maletín de anillos, Liv se quedó de pie en la ventana, mirando la gran pirámide. No debería haber aceptado el anillo. No era adecuado. Las chicas decentes no aceptaban regalos caros de los hombres, mucho menos de los jeques del desierto. A su madre le daría otro ataque si se enterara que llevaba un anillo así.

—Es sólo un anillo —dijo Khalid de pie tras ella—. Aún no has vendido tu alma.

—Aún —dijo ella, mirándolo por encima del hombro.

—La mayoría de las mujeres adoran las baratijas —dijo con una sonrisa.

—Jeque Fehr, los diamantes amarillos no son baratijas.

—No creo que debas seguir llamándome «jeque», estamos comprometidos.

—Pero no lo estamos realmente.

Su ligera sonrisa desapareció y sus facciones adquirieron un gesto de fiereza.

—Al contrario, lo estamos realmente, y en pocas horas, tendrás el anillo que lo demuestra.

Capítulo 6

El señor Murai volvió al hotel sobre las once con el anillo y a las once y media Khalid y Liv estaban en el coche para trasladarse al aeropuerto. Una vez allí subieron al avión real en dirección a Asuán, el punto más meridional del Egipto antiguo, una ciudad a ochocientos kilómetros de El Cairo.

Durante la primera media hora de vuelo, Khalid miró por la ventanilla reflexionando sobre la llamada de su hermano de esa mañana.

Sharif se había equivocado en varias cosas, pero había estado en lo cierto al decir que había apartado a la gente de su lado y que había cortado las relaciones. Él no quería que nadie dependiese de él, mucho menos que la dependencia fuera emocional. Necesitaba espacio, libertad, y no estaba preparado para renunciar a ello.

Había hecho lo que había hecho para devolver a Olivia a su casa, pero no tenía nada que ver con el amor. Nada que ver con los sentimientos.

La auxiliar de vuelo apareció para decirles que pronto servirían el almuerzo y procedió a preparar una mesa entre los sillones que ocupaban. Liv miró a Khalid mientras la auxiliar colocaba un mantel dorado sobre la mesa. No quería sentirse intimidada por él, pero había algo que la tenía abrumada. No sabía si era su silencio o la tranquilidad de su poderoso aspecto, pero le recordaba el desierto en el que vivía. Remoto, desconectado, distante. Un desierto, y un hombre, con el que no quería tener nada que ver.

De pronto las lágrimas inundaron sus ojos. Se las secó con los nudillos. No había llorado en Ozr. No iba a ponerse a llorar en ese momento, pero había creído, imaginado, que era libre. Había pensado que en cuanto saliera de Jabal con Khalid estaría a un paso de su casa, pero en lugar de eso, se habían embarcado en un viaje distinto. Un nuevo viaje. Un viaje para el que no estaba preparada, que tampoco deseaba.

La azafata sirvió el primer plato, gambas a la plancha, en la vajilla de porcelana con el escudo de la familia real, un escudo que le recordó la estética egipcia.

A las gambas les siguió un pargo con salsa de tomate ligeramente especiada y un yogur con menta y uvas de postre.

Comieron sin apenas conversación, lo que ayudó poco a tranquilizar a Liv.

—No se come así en los vuelos comerciales —dijo ella cuando ya se habían llevado la mayor parte de los platos—. Sobre todo en la clase turista —respiró deprisa y añadió—. Claro que nunca habrás viajado en clase turista.

—No sé si una vez… —dijo él.

Liv esperó un largo minuto y Khalid seguía pensando.

—No has viajado —respondió por él— o lo recordarías. Es horroroso, sobre todo en los vuelos internacionales cuando tienes que dormir sentada y no puedes porque estás apretujada. No hay espacio para la bandeja-mesa —continuó—, ni espacio para tumbarse, no hay sitio para las piernas y los pies, y la gente sentada a tu lado acapara el reposabrazos, lo que te hacer estar aún más apretada.

—No volaría nunca si tuviera que hacerlo así —dijo él con una sonrisa.

—Yo realmente no pensaba que fuera a ser tan horrible. Y eso que vendo billetes. Pensaba que, cuando llegara a Marruecos, el viaje mejoraría… —su voz se desvaneció mientras miraba por la ventanilla el imposible azul del cielo. Respiró hondo y volvió a mirar a Khalid—. Sinceramente no sé por qué ha salido todo tan mal. Pensaba que había sido cuidadosa. Cauta. Evitaba salir sola, no me vestía de modo provocativo, nunca me quedaba a solas con hombres… —sacudió la cabeza—. Estoy tan decepcionada. No sólo con el mundo, sino conmigo misma.

—¿Por qué estás decepcionada contigo?

—Pensaba que era más lista. Que estaba mejor preparada. Pensaba que podía cuidar de mí misma y he terminado en la cárcel —entrelazó las manos sobre el regazo—. Pero es culpa mía si acabé allí. No puedo culpar a nadie más.

—¿Y por qué es culpa tuya?

Liv se encogió de hombros, pero no salieron las palabras. ¿Cómo podría hacerle entender lo que había pasado exactamente ese día? Estaba todo tan borroso. Recordar el día de su detención la ponía nerviosa. Se mordió el labio inferior mientras buscaba las palabras.

—Me ofrecí a llevar la bolsa de Elsie —dijo finalmente con voz insegura—. Yo llevaba una mochila y ella un incómodo bolso. Le dije que lo metiera en mi mochila para no perderlo.

—¿Conocías bien a Elsie? —preguntó Khalid, que escuchaba con interés.

Liv negó con la cabeza.

—No, sólo hacía un par de días que la conocía. Era parte de un grupo grande de veinteañeros europeos, de los Estados Unidos y Australia. Chicos y chicas, un grupo muy amigable. Muchos se habían conocido viajando por España, y después habían pasado a Marruecos, y allí fue donde los conocí. Viajamos por Marruecos una semana antes de decidir ir a Jabal.

—¿Por qué Jabal?

—Perdimos el autobús a El Cairo y nos pareció una aventura. Nadie había estado en Jabal y habíamos oído que era barato y que

podríamos tomar un autobús a El Cairo desde la capital.

—¿Vuestro destino era Egipto?

—Todos queríamos ver las pirámides y los templos. Por eso me uní a ellos, me pareció inteligente. Pensé que sería más seguro viajar en grupo que ir yo sola… —se le quebró la voz al ser consciente de lo equivocada que había estado y sintió que la rabia crecía dentro de ella —. Si no hubieras aparecido… si no hubieras aparecido, jamás habría salido.

—Pero aparecí y te prometo que seguiré protegiéndote.

Alzó la vista para mirarlo a los ojos. Eran tan oscuros, tan poderosos, que no podía apartar la vista y Liv no sabía si era el calor que había en sus ojos, o su vibrante voz, pero sentía que su cuerpo se estremecía por la anticipación y la curiosidad.

Inspiraba confianza, destilaba control, era irónico y sagaz. La combinación era increíblemente peligrosa, sobre todo para alguien como ella que tenía una experiencia muy limitada con los hombres.

Una vez recogida y desmontada la mesa que los separaba, se dio cuenta de que estaba desprotegida. La mesa creaba una sensación de distancia que había desaparecido con ella. Khalid parecía aún más imponente que nadie. Estaba sentado cerca, muy cerca, ni siquiera a un brazo de distancia, y aunque no se tocaban, podía sentirlo, sentir su calor y su energía.

Necesitaba que reapareciera la mesa, necesitaba una barrera entre ellos porque se sentía demasiado expuesta y vulnerable.

Era increíble cómo ese hombre había hecho cambiar las cosas. Hasta entonces no se había sentido delicada, tampoco femenina, pero Khalid le había hecho consciente de las diferencias que había entre ambos, le había hecho consciente de que él era más grande, más alto, más fuerte.

Era alto, de hombros anchos y complexión fuerte. Ella era más pequeña, ni siquiera le llegaba al hombro y más delgada. Pero había algo más que la altura y la complexión. Sus hombros estrechos, la curva de los pechos, de las caderas. La línea de sus muslos.

Su ropa sólo acentuaba las diferencias entre los dos. Todo lo que habían comprado el día anterior era muy femenino. Vestidos que moldeaban sus pechos, se ceñían en la cintura y faldas que colgaban hasta las rodillas.

Cambió de postura tratando de no pensar en sus piernas desnudas, ni en el algodón que ceñía sus pechos. No quería insistir en las partes de su cuerpo que estaban ocultas y en las que no lo estaban. No quería pensar en lo caliente que se notaba o en lo extraño que sentía el cuerpo… estremecido, con hormigueo, desasosegado.

Khalid la había sacado de Ozr, liberado de una prisión y convertido virtualmente en una princesa en una noche. La verdad era

que todo aquello era un poco de Cenicienta para su gusto y no le daba mucha confianza. Nada de ello.

—Cuéntame adónde vamos y qué vamos a ver —dijo tratando de distraerse.

—Dejamos el urbano Cairo para adentramos en el antiguo Egipto —dijo levantándose a por un grueso atlas de uno de los armarios—. El Egipto de los faraones y los templos y las excavaciones.

—Ahora te estás dedicando a torturarme —dijo, pensando que sabía qué hacer para encender su imaginación—. El Cairo no estaba en mi lista de lo «imprescindible ver». Quería ir al antiguo Egipto con sus historias. Alejandría, Luxor, Asuán…

—Hoy vamos a ir a Asuán. Vamos a ver dos de esos lugares. Empezaremos por Asuán y terminaremos en Luxor. Mira, deja que te lo enseñe en un mapa.

Desplegó un gran mapa del norte de África y le mostró la frontera de su país con Egipto.

—Como puedes ver no estamos lejos del sur de Egipto y Asuán es la ciudad más meridional de Egipto. Aquí puedes ver por qué Asuán era considerada la Siberia del Imperio Romano. Nadie quería ir allí. Era un largo camino desde Mentís, pero Asuán desempeñó un importante papel en la historia egipcia. Quien gobernaba Asuán era responsable de la vigilancia del río, de mantener segura la frontera.

Liv escuchaba, realmente lo hacía, pero mientras Khalid hablaba le costaba concentrarse en otra cosa que no fuera que estaba sentado cerca de ella, muy cerca. Mientras hablaba recorrió el curso del Nilo y le resultó fascinante ver cómo movía las manos.

Tenía unas manos muy bonitas. Una constatación realmente extraña, pensó arrugando la nariz, sobre todo porque nunca antes se había fijado en las manos de un hombre, pero súbitamente todo era interesante en Khalid. Él era interesante.

Le gustaba el color de su piel, la forma de sus dedos mientras recorrían el río en el mapa. ¿Por qué estaba mirando sus manos? ¿Por qué se sentía tan nerviosa? Simplemente estaban mirando un mapa. Hablaba de Historia, templos, monumentos, por Dios…

—Sí —dijo casi sin aliento.

La comisura de sus labios se alzó ligeramente y su mirada se hizo más cálida mientras se dibujaban unas líneas alrededor de sus misteriosos ojos.

—¿De verdad?

—Sí —repitió ella, preguntándose por qué cada vez notaba su piel más caliente.

—Ni siquiera me estás escuchando —dijo en tono desafiante.

Liv se ruborizó. Tenía razón. No había escuchado ni una de las palabras que había dicho, demasiado sobrepasada por cosas que antes

no había notado y emociones que jamás había sentido. Una especie de excitación mareante. Y una dolorosa curiosidad que ardía por alguna razón que aún no comprendía.

—De acuerdo. No estaba escuchando —reconoció apretando las manos contra la pierna y notando el diamante del anillo.

—Creía que te interesaba la historia.

—Me interesa, de verdad.

—¿Pero…?

—No sé. Lo siento —notó el calor en su rostro—. Mi mente está descontrolada. Me cuesta mucho concentrarme en cualquier cosa. Creo que estoy demasiado nerviosa.

—¿Qué parte te abruma más?

—Eh… tú.

Khalid sonrió de un modo extraño. La sonrisa le iluminó todo el rostro, pero duró un segundo en el que pudo ver un hombre diferente, uno que alguna vez habría reído, que alguna vez habría estado relajado, vivido, disfrutado.

—Eres guapo cuando ríes —dijo lanzando el cumplido antes de tener tiempo de pensarlo.

La sonrisa desapareció lentamente, su expresión se volvió especulativa de nuevo mientras hacían un brusco giro y empezaban el descenso.

—Vamos a aterrizar.

En tierra les esperaba un convoy de vehículos todoterreno.

—¿Más seguridad? —preguntó Liv mientras se subían a uno de los coches.

—Siempre —respondió cerrando la puerta.

—¿Es todo tan peligroso por aquí?

—No voy a correr ningún riesgo estando contigo.

Liv se quedó sin aliento y sintió que el corazón se le desbocaba y le latía el pulso atronador.

Khalid ya estaba impresionante con su *dishdashah*, pero con un traje de diseño italiano estaba tan guapo que cada vez que lo miraba sentía la necesidad de volver a mirarlo otra vez. Nadie en Pierceville llevaba trajes de lino color caqui, y desde luego nadie conseguía parecer al mismo tiempo tan informal y con tanta confianza en sí mismo.

Mientras el coche avanzaba volvió a mirarlo otra vez, y esa vez no apartó la vista. No podía. Era tan… tan… Sexy, pensó, respirando con dificultad.

—Mira —dijo Khalid, inclinándose hacia la ventanilla del lado de Liv para ver mejor—, ése es el lago Nasser.

Ella miró por la ventanilla. Se habían acercado a la orilla del lago cuyo profundo azul contrastaba con el color del desierto.

—Es enorme —dijo ella, consciente de la rodilla y el hombro de Khalid.

—Es artificial —respondió—. Si tenemos tiempo visitaremos la presa de Asuán, pero no es uno de mis lugares favoritos.

Mientras hacía gestos, su hombro rozó el brazo de ella no muy lejos del pecho y el estremecimiento que sintió la llenó de calor. Su cuerpo resultaba cálido al contacto, y también duro y, lo mismo que sus manos, empezaba a obsesionarla.

Al respirar hondo le llegó el embriagador aroma de su piel, una mezcla de jabón y especias, y eso la torturaba casi tanto como el roce de su hombro tan cerca del pecho.

—Parece que no te gusta la presa —dijo poco firme.

—Tengo una relación de amor y odio con la nueva presa —dijo entornando los ojos.

—¿Es nueva?

—Se terminó en 1971, pero los arquitectos sabían que una vez que la presa se llenara algunos de los mayores tesoros del mundo quedarían cubiertos por las aguas.

—¿En serio?

—Hubo un llamamiento internacional y mi padre fue uno de los primeros en implicarse en los esfuerzos de conservación para salvar los monumentos nubios. Desde los sesenta hasta los ochenta empleó sus recursos personales para ayudar a financiar la Campaña de Rescate de los Restos Nubios. Incluso participó en alguna excavación en la que desmontaron piedra a piedra el templo de Abu Simbel.

Liv no sabía qué decir. De pronto se sintió muy provinciana. Su padre nunca había hecho nada tan grande en toda su vida. Su padre había sido un buen hombre, pero bastante simple.

—Debes de sentirte orgulloso de él.

—Estoy muy orgulloso de todas las naciones que participaron en los esfuerzos de conversación. Arqueólogos de Egipto, Suecia, Italia, Alemania y Francia corrieron a ayudar a trasladar las enormes construcciones mientras otras naciones también ayudaron apoyando la empresa. Al final se consiguieron salvar cuarenta monumentos…

—Pero no todos… —interrumpió.

—No. Algunos quedaron cubiertos por las aguas. Supongo que cuarenta es mejor que nada. Diez de eso templos están en Abu Simbel, donde iremos mañana, y otros cuatro están en diferentes partes del mundo, incluyendo uno de mis favoritos que ha sido reconstruido en el Museo Metropolitano de Nueva York.

—¿Por qué salieron de Egipto cuatro templos?

—Porque el gobierno egipcio quería dar las gracias a los países por su importante apoyo financiero.

—¿Sarq tiene alguno?

—Mi padre ni siquiera lo consideró. Para él los monumentos egipcios pertenecen a Egipto.

Fueron hasta Shellal, donde un barco los llevó hasta el templo de Isis en la isla de Agilkia. Liv siempre se había sentido fascinada por la historia de Isis, consciente de que en la época del Imperio Romano Isis se había convertido en la más importante de las deidades egipcias, adorada en cualquier parte del Imperio, incluso en la distante Britania.

Durante el viaje Liv escuchó cautivada mientras Khalid le hablaba de las fotografías que su padre tenía en la biblioteca, fotografías tomadas en el cambio de siglo cuando Philae era una de las legendarias atracciones turísticas.

—Al principio del siglo XX Philae era una maravilla del Nilo. Y no recuerdo exactamente las palabras que Amelia Edwards, una egiptóloga, escribió sobre Philae en un libro de 1877, pero decía algo así como que la isla con sus palmeras y columnatas parecía surgir del río como un milagro.

—¿Philae es una de las zonas afectadas por la presa?

—Sí. La isla originaria está completamente cubierta por el agua y los templos estuvieron sumergidos unos años. La gente se acercaba en barco a intentar verlos a través del agua.

—No puedo imaginarme todo esto debajo del agua —dijo ella inclinando la cabeza para ver el colosal templo mientras el barco se acercaba a la costa de la isla.

—Fue un desastre. Horrible. Los barcos con gente para ver a través del agua se amontonaban aquí. Por suerte en 1972 los conservacionistas empezaron a salvar el templo sumergido y los edificios adyacentes construyendo un dique alrededor de la isla y drenando el agua. Los templos que salieron a la luz fueron desmontados piedra a piedra y transportados por el Nilo hasta la isla de Agilkia.

El barco se deslizó hasta el vestíbulo de Nectanebo, que Khalid le dijo era la parte más antigua del complejo. Después de bajar del barco caminaron hacia el norte a través de la parte exterior del templo con su larga línea de columnas hasta la entrada del templo de Isis.

Mientras recorrían la isla con sus diversos templos, puertas y pabellones, Liv sintió que parte de la oscuridad de su interior desaparecía lo mismo que la sensación de muerte. Si no pensaba en el anillo que llevaba en el dedo, en la perspectiva de matrimonio, en realidad se sentía… feliz. Más feliz de lo que había sido en semanas y semanas.

Después de todo estaba viendo el antiguo Egipto. Estaba haciendo un crucero por el Nilo que no hubiera podido pagarse. Estaba visitando monumentos espectaculares en un recorrido privado con el jeque Khalid Fehr, un auténtico príncipe del desierto.

Miró el brillante diamante que llevaba y se mordió el labio inferior. El compromiso seguía sin tener sentido. Amaba Egipto. Le gustaba Khalid, pero no iba a casarse con él. No podía. Ni siquiera lo conocía. No tenía sentido.

Al final de la tarde volvieron desde Philae a la comodidad de los coches. Khalid le dijo que iban al velero que su familia tenía en el Nilo, donde se alojarían los siguientes cinco días. Khalid le contó que el barco lo había mandado hacer su padre para que lo utilizara su familia, pero no se terminó hasta un mes después de su muerte.

—Creo que te gustará el barco —añadió— y nuestro capitán. Lleva recorriendo el Nilo cerca de cuarenta años y conoce historias sobre el río que te fascinarán.

El sol se estaba empezando a poner cuando llegaron al lugar donde el velero estaba atracado, un magnífico *dahabieh* de fondo plano.

Para ser un velero privado era grande, muy grande, pero no como los yates griegos que cruzaban el Mediterráneo. El *dahabieh* se ajustaba al elegante diseño del siglo XIX, pero todos los camarotes estaban exquisitamente amueblados y tenían todas las comodidades.

En la cubierta superior un toldo cubría la mayor parte de la superficie para evitar el peor sol de la tarde.

Bajo la cubierta, aún por encima del agua, estaba el camarote invitados, el comedor y la cocina, además de los aposentos de la tripulación.

La habitación de Khalid, la principal, era la más grande, al lado de la agradable sala de estar. Su habitación, ubicada en uno de los extremos del barco, tenía su propia cubierta, protegida por un toldo dorado sostenido por cuatro columnas pintadas de color crema.

Mientras la puesta de sol teñía el cielo de lavanda y rojo, los mozos encendían los antiguos faroles de la cubierta superior y las de la sala de estar.

A Liv le encantaban los faroles antiguos y la suave luz parpadeante que emitían. La noche en el *dahabieh* real era romántica. Misteriosa.

Khalid le enseñó el barco y después la acompañó a su camarote, la segunda suite más grande.

—Normalmente cenamos un poco más tarde de lo que lo hacéis vosotros —dijo mirando la habitación para asegurarse de que todo estaba bien y que ya habían llevado su equipaje—, pero ha sido un día largo y podemos cenar antes si tienes hambre.

—Tengo hambre —admitió ella—, pero si prefieres esperar, puedo esperar. Lo último que quiero ser es una huésped exigente…

—Ya no eres una huésped. Esta es también tu casa ahora. Si tienes hambre, cenamos, y cuando estés cansada, a dormir.

—Gracias —dijo tragando con dificultad.

—Nos vemos en la cubierta superior cuando estés lista. Allí se

suele servir la cena. No hay necesidad de vestirse formalmente, como nos sentaremos en una larga mesa con almohadones es el momento de ponerse algo cómodo aunque especial.

—Entendido —respondió ella, pero una vez que se cerró la puerta sintió pánico.

Nada formal. Cómodo. ¿Pero especial? ¿Qué era eso?

Alguien de la tripulación ya había deshecho su equipaje, había colgado los vestidos y las faldas, las blusas, los pantalones y colocado perfectamente alineados sus zapatos en el suelo del armario. Los cajones del otro lado de la habitación estaban llenos de ropa interior de seda, medias, bolsos y accesorios que Khalid había insistido en comprar.

Recorrió la ropa del armario una vez y otra hasta que al final eligió una rebeca de punto con botones de cuero, unos pantalones de algodón y seda y unas sandalias de rafia.

Se peinó y recogió el pelo, se lavó la cara, se puso sólo un poco de maquillaje y subió las escaleras a la cubierta.

Menos de media hora después estaban sentados a una mesa baja con un mantel de seda.

Cenaron a la luz de las velas, un complemento maravilloso para el arroz al estilo de la India, el cordero especiado y el marisco a la brasa salteado con verduras.

Era maravillosa la paz de la cubierta. Charlaron sobre la tarde en Philae y compararon qué les había parecido lo mejor a cada uno.

Khalid dijo que apreciaba cómo se había conseguido hacer que la nueva isla se pareciera a la antigua. Y Liv contó lo que le gustaba la historia de Isis y lo devota que había sido de su marido.

—También era su hermano —dijo Khalid mojando el pan en la salsa de su plato.

—Trato de no pensar en esa parte —respondió ella— porque entonces la historia se vuelve un poco rara.

—¿Y qué te parece la concepción de su hijo, Horus? —preguntó divertido.

—¿La parte en que reúne los trozos del cuerpo desmembrado de su marido, lo trae de vuelta desde la muerte y concibe el bebé y después deja a Osiris volver al averno? Eso también es bastante raro —se recostó en uno de los grandes almohadones—. Pero también está bien. Era tan devota de Osiris. Lo amaba tanto… Amores así son poco frecuentes.

—Eres una romántica.

—Soy una mujer —dijo encogiéndose de hombros.

—Y hasta ahora, soltera.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —lo miró arqueando las cejas.

—Una afirmación —se encogió de hombros—. Nada en tu pasado índico que hayas estado casada, así que supongo que has permanecido soltera —hizo una pausa—. ¿Eres soltera?

—Me has investigado —se echó hacia delante mientras la calma que había sentido empezaba a abandonarla.

—Tengo que investigar a todos —respondió sin disculparse.

—Una forma de vida difícil.

—Es la forma de vida que siempre he llevado. La forma de vida de mi familia —la miró a los ojos—. Todas las personas que conocemos, toda le gente que invitamos aquí, cualquier persona con quien pasemos algún tiempo tiene que ser investigada.

Sintió que se le erizaba el vello al pensar en la vida de las personas siendo examinada y en que a él le pareciera tan normal.

—¿Descubriste algún oscuro y sucio secreto en mi pasado? —exigió—. ¿Algo que te haya conmocionado?

Khalid negó con la cabeza y su expresión se ensombreció.

—No, eres tan inocente como imaginaba.

—Pareces decepcionado.

—¿Por qué iba a decepcionarme que no fueras una mujer experimentada?

El corazón le empezó a latir más deprisa. Incluso le sudaban las manos.

—¿Estabas interesado en mi experiencia vital. Khalid, o en mi experiencia sexual?

—¿Entonces eres virgen?

—Lo siento. ¿Se dejó algo el informe de la investigación?

—¿Por qué te enfadas? —se recostó en los almohadones.

—No sé. Quizá porque tú tienes un informe sobre mí y conoces todos mis más jugosos chismes y yo no sé nada sobre ti. Eres un gran misterio y se supone que soy tu prometida.

—Eres mi prometida.

Miró el diamante que brillaba en su dedo y dijo:

—No me siento comprometida. Para ser sincera, no siento nada de nada.

—Entonces tendremos que hacer que eso cambie, ¿no?

—¿Cómo?

No dijo nada, se acercó a ella, la rodeó con los brazos y enterró una mano en sus cabellos para sujetarle la cabeza. Sucedió tan deprisa, tan inesperadamente, que ni siquiera se dio cuenta hasta que él bajó la cabeza y ocultó la luz.

Aterrada, Liv se puso rígida y abrió la boca para protestar en el momento en que él se la cubrió con la suya. Sus labios se movieron lentamente sobre los de ella. Nunca la habían besado así, con tanto control, con tanta habilidad. Sintió que se derretía por dentro, sintió

un dolor en el vientre y tensión entre las piernas.

Subió las manos hasta el pecho sin saber si empujarlo o tirar de él, pero una vez que las manos se apoyaron sintió que su última resistencia se diluía.

Khalid le gustaba. Sentía algo que nunca había sentido. Su pecho era duro, firme y musculoso, y bajo las palmas de las manos, podía notar el latido de su corazón, tranquilo, seguro, algo que le dio más sensación de seguridad que ninguna otra cosa.

Nunca antes había estado con un hombre, no con un hombre como ése. Sólo había salido con chicos, hombres jóvenes en los que no había percibido fuerza, pero Khalid era fuerte, y valiente lleno de coraje y convicciones y no tenía miedo de hacer lo que creía que estaba bien…

No tenía miedo de arriesgarlo todo para salvar a una mujer.

La lengua de él recorrió el interior de sus labios del mismo modo que el dedo había recorrido en el mapa la línea del río y ella se sintió como si fuera oro líquido entre sus manos. Besar a Khalid era como besar el sol; podía notar el desierto en sus venas, sentir el gran silencio y la interminable arena.

Él profundizó el beso y ella clavó los dedos en la camisa. La estaba haciendo sentir demasiado y la emoción ardía dentro de ella, le tensaba el pecho, le hacía sentir calor, deseo, furia.

Cuando la lengua se deslizó al interior de su boca sintió que temblaba de la cabeza a los pies, se le debilitaron las rodillas y sintió una oleada que la recorría, una oleada que la aturdió con su ferocidad. Quería algo nuevo, algo más salvaje.

Pasión, pensó, mientras él le mordisqueaba los labios provocando en ella aún más deseo.

Deseaba aquello, a él, fuera lo que fuera.

Khalid alzó la cabeza y miró su ruborizado rostro con los ojos entornados.

—Dime, pequeña —arrastró las palabras con voz profunda—, ¿ya sientes algo?

Capítulo 7

En su cama, a la luz de la luna que entraba a través de las ranuras de las contraventanas, Liv revivió el beso una y otra vez. Nadie la había besado nunca así, se llevó los dedos a la boca maravillada por la sensibilidad de sus labios. Se sentía tan sensible, sentía una energía nueva en su cuerpo. Una nueva conciencia.

Se pasó las yemas de los dedos por la boca, notó la suavidad, la hinchazón de los labios, el curvado labio superior, el interior del inferior mucho más sensible que el superior. Sólo con rozarse la boca sentía que el interior de su cuerpo se encendía. Y experimentaba una sensación caliente y dolorosa en la parte baja de su vientre que le hacía anhelar una liberación.

Liberación, se decía una y otra vez, a pesar de que sabía que esa liberación no la alcanzaría a menos que se alejara de Khalid y de Egipto.

Era la segunda noche que Khalid se despertaba por los gritos de Olivia. El grito de esa noche le hizo salir corriendo hacia su habitación. Una vez allí, encendió la luz y volvió a encontrarla dormida.

Preocupado, permaneció un largo rato en el umbral de la puerta viendo cómo la luz de la luna iluminaba el perfil de Olivia y su pálida piel y cabello.

¿Qué le provocaba esas pesadillas?¿Algo ocurrido en Ozr? ¿O había ocurrido algo más que no le había contado, algo de lo que no quería hablar a la luz del día?

Aún estaba preocupado a la mañana siguiente cuando se vistió y encontró a Liv en la cubierta superior. Ella estaba apoyada en la barandilla, disfrutando del sol de la mañana. La suave brisa jugueteaba con su bonito vestido, sacudiendo los delicados pliegues y haciendo girar el borde de la falda. También jugaba con su pelo, sacudiendo los dorados mechones con indolente abandono.

Era tan hermosa como una pintura, pensó inspirando. Fresca, dulce y, después del beso de la noche anterior, extremadamente deseable, pero no estaba seguro de que le gustase aquello. No confiaba en ninguna atracción y no confiaba en las emociones.

—Buenos días —dijo ella volviendo la cabeza para mirarlo.

—Buenos días.

—Una vez reservé a una pareja por su cincuenta aniversario un crucero por el Nilo —señaló un barco que pasaba—, pero no tenía ni idea que hubiera tanto tráfico por el río.

—Hay mucho movimiento, pero parece que el tráfico de hoy en día

no tiene nada que ver con el que había. Hasta que a finales del XIX se empezaron a hacer carreteras decentes, navegar por el Nilo era el principal medio de transporte. Se estima que en la Edad Media había más de treinta y seis mil barcos recorriendo el río.

—¿Treinta y seis mil? —repitió ella asombrada.

—El Nilo es el corazón de la civilización egipcia. Hace miles de años los egipcios creían que la tierra era plana y que por el centro fluía el Nilo mientras que los océanos la rodeaban. También creían que el cielo era plano y que estaba sostenido por cuatro postes de modo que la vida podía desarrollarse en el aire entre el cielo y la tierra.

Miró una falúa, una pequeña embarcación egipcia a vela, que pasaba al lado de su barco.

—Es más bonito de lo que imaginaba. Está tan lleno de paz. Me encanta esta zona. Parece muy fértil.

—Toda esta zona de la orilla del río está dedicada a la agricultura. Te darás cuenta cuando lleguemos a Kom Ombo…

—¡Kom Ombo! —interrumpió excitada volviéndose a mirarlo con los ojos muy abiertos—. ¿No es ahí donde está el dios cocodrilo… cómo se llama? —se rascó detrás de la oreja y dijo—. ¿Sobek?

No quería que ella le gustara, no quería responder a su presencia, pero su entusiasmo era tentador. Ella era tentadora.

—Me sorprende siempre lo que sabes de esta zona del mundo —dijo él.

—Culpa de Jake —respondió haciendo una mueca—. Estaba fascinado por Egipto cuando era un crío, seguramente por ver tantas películas de Indiana Jones, y se compró un montón de libros sobre Egipto. En el instituto, cuando empezaron a interesarle las chicas, me quedé con su colección de libros.

—Chica lista.

Liv se echó a reír, sus ojos azules danzaban malévolos hasta que la risa se fue apagando.

—No tan lista. Quería ser arqueóloga, pero no saque nota suficiente para poder ir a una universidad pública y no tenía dinero para ir a una privada buena. Así que en lugar de estudiar huesos y excavaciones reservo paquetes para las Bahamas o Cancún.

—Pues vuelve a estudiar lo que quieres estudiar. Aún eres joven. Tienes tiempo para cumplir tus sueños.

—¿No crees que soy demasiado mayor para volver a estudiar?

—Para tu información: eres más joven que lo era yo cuando empecé en la universidad.

—¿Qué estudiaste?

—Algo muy aburrido. Huesos, excavaciones, restos y cosas de ésas.

—¿Arqueología? —lo miró con la boca abierta.

—Aja.
—Eres Indiana Jones.
—No tanto —respondió tratando con todas sus fuerzas de ignorar su sonrisa, su cálida risa, la danza que de sus ojos cuando era feliz.
No había conocido nunca a una mujer que le hiciera sentir deseo de más, que le hiciera anhelar el contacto íntimo. Él era el hombre que no necesitaba nada más que el desierto, la arena y el sol. Era el hombre que vivía solo, un nómada dedicado a sacar de la tierra tesoros ocultos y a comprender civilizaciones perdidas. Era un científico, un erudito y un solitario.
Pero Olivia estaba alterando todo eso. Ya no quería estar solo, la quería a ella, estar con ella.
Cautivaba su imaginación, jugaba con su mente, estimulaba sus sentidos. Todo en ella le resultaba tentador, su suave boca, el arco de sus cejas, el dorado cabello.
Se metió las manos en los bolsillos para evitar tocarla.
—La verdad es que eres muy divertida.
—Solía inventarme historias para entretener a Jake. Le encantaban, se reía mucho, pero mi madre no. Decía que mi imaginación algún día me metería en un lío —hizo una pausa y sus ojos se ensombrecieron—. ¿No es gracioso cómo las madres siempre tienen razón?
Khalid frunció el ceño ligeramente. Ella le estaba diciendo algo, pensó, algo importante. Su profesión le obligaba a trabajar a partir de pequeños fragmentos. Sabía lo importante que podía ser una pieza pequeña, sabía que cada parte representaba la totalidad.
—¿Puedo intentar llamar a casa más tarde? —preguntó Liv bruscamente mirándolo a los ojos.
Algunas sombras habían desaparecido de su mirada, algunas, pero no todas. Esas sombras provocaban en él desasosiego. Había cosas que no le había contado, cosas que necesitaba saber.
¿Qué pasaba?, se preguntó tratando de no temer por ella como si sus lealtades cada vez estuviesen más divididas. Siempre había sido leal a su hermano y su familia, pero había algo en Liv que lo llamaba, algo que hacía que deseara protegerla.
—No he tenido una auténtica conversación con Jake —añadió ella — y quiero saber cómo va mi madre.
—Por supuesto —accedió pensando que era una buena idea porque la llamada la mantendría ocupada mientras él hacía algunas averiguaciones—. Cuando volvamos de la excursión, será por la tarde aquí y allí por la mañana.
—Bien, llamaré entonces.
No había planeado volver a besarla, no tan pronto, y desde luego no a plena luz del día, pero con los rayos del sol jugando en su rostro,

caldeando sus labios y volviendo sus ojos del mismo asombroso azul que el loto, no pudo resistirse.

Le agarró el rostro con las dos manos, bajó la cabeza y la besó. La besó y, como el día anterior, ella se puso rígida un momento y, después, igual que el día anterior, se entregó fundiéndose con él. Su rendición animó el deseo de Khalid. El beso de la noche anterior había sido suave y quería que ése también lo fuera, pero sabía tan dulce y templada, que le hizo pensar en albaricoques y fresas. Gimió en su boca y profundizó el beso.

Su cuerpo se endureció y la atrajo hacia él para poder sentir sus curvas contra él. La deseaba. Deseaba lo que había debajo de su flotante falda, entre sus pálidos muslos, dentro de su cálida suavidad.

Sentía un incontenible deseo carnal. Durante años no había deseado nada, a nadie, y en ese momento el deseo lo consumía. Era demasiado fuerte, demasiado explosivo. La necesitaba demasiado.

Con un rugido gutural, se separó de ella y dio un paso atrás para asegurarse de que no volvía a abrazarla.

—Llegaremos a la orilla en un momento. Recuerda ponerte un calzado cómodo —dijo, mirando la costa, incapaz de mirarla a ella.

Alterada, Liv se llevó una mano a la boca sintiéndose completamente cegada. ¿Qué había pasado? ¿Por qué todo daba vueltas?

Ese beso no tenía nada que ver con el de la noche anterior. Ese había sido caliente, tan caliente que se sentía abrasada, con la piel demasiado sensible, las piernas demasiado débiles para sostenerla.

El beso de la noche había sido tierno y seductor y ella se había derretido por el deseo, pero el de ese momento había sido un castigo. Un beso que le decía que ella ya no tenía el control. Quizá era eso lo que más miedo le daba. No tenía el control. Ni siquiera sabía quién era, qué era. ¿Era una prisionera, una princesa?

Allí de pie, con la mirada perdida, vio la orilla y en ella un asombroso templo.

—Kom Ombo —susurró. Habían llegado.

El *dahabieh* echó el ancla no muy lejos del templo y Liv y Khalid recorrieron a pie la corta distancia entre el puerto y el templo, donde se encontraron con su guía, un eminente egiptólogo al que Khalid conocía y al que había pedido que pasase con ellos el día.

—Es un gran placer —dijo el egiptólogo después de las presentaciones—. El jeque Fehr me ha ayudado más de una vez. Es un honor mostrarle uno de mis templos favoritos por lo poco frecuente. Todo lo que verá en Kom Ombo está repetido. Es un templo perfectamente simétrico. Vamos, deje que se lo muestre.

La explicación no podía haber resultado más interesante. Les enseñó que el templo grecorromano se había construido con entradas

gemelas, patios gemelos, columnatas gemelas y santuarios gemelos, pero Liv no podía dejar de mirar a Khalid, que se mantenía tan lejos de ella como podía.

¿Por qué estaba molesto con ella?, se preguntó. La había besado.

Quizá se suponía que ella no tenía que haberle devuelto el beso…

Quizá pensaba que ella se entregaba demasiado. Después de todo, era extranjero. Un jeque. Cualquiera sabía lo que quería de una mujer.

Frustrada, se obligó a prestar atención al guía y su descripción de los santuarios del templo.

—La izquierda, el ala occidental, estaba dedicada a Horus, el dios sol con cabeza de halcón —dijo él—. Y la derecha, ala oriental, a Sobek, el dios cocodrilo.

Liv miró la espalda de Khalid. ¿Por qué no la miraba? Aquello era infantil.

De pronto no pudo soportarlo más, echó a andar hacia él y le tiró de la camisa de lino. Khalid se dio la vuelta y la miró con expresión pétrea. Ella alzó la barbilla sin sentirse intimidada por su mirada.

—No me das miedo —susurró.

—Bien —gruñó él, dándose la vuelta para escuchar a su amigo.

Liv miró sus anchos hombros antes de volver a tirarle de la camisa.

—No puedes estar enfadado conmigo.

—No estoy enfadado —dijo sin apenas volverse.

¿No estaba enfadado? La había ignorado la última hora. No había hablado con ella excepto para presentarle a su amigo, y actuaba como si él fuera el único que estaba en la excursión, siempre caminando un par de pasos por delante de ella, de pie con los brazos cruzados como si fuera una fortaleza impenetrable. Se acercó más a él.

—No he hecho nada mal. Tú me has besado. No puedes enfadarte conmigo.

Khalid se dio la vuelta tan deprisa que Liv no tuvo tiempo de dar un paso atrás. La agarró de una muñeca y la atrajo hacia él.

—No estoy enfadado —dijo con la voz más tranquila imaginable—. No has hecho nada mal. Se supone que estamos disfrutando de Kom Ombo.

—Entonces ¿por qué ni siquiera me miras? —preguntó, tratando de que no se le notase lo que le dolía—. Actúas como si hubiésemos tenido una pelea.

Khalid la miró de un modo ardiente antes de agacharse para decirle al oído:

—Estoy intentando que sigas siendo virgen hasta que nos casemos, *habiba*, pero me está resultando muy difícil mantenerme lejos de ti.

—Oh —dijo Liv ruborizándose por completo.

—Oh —imitó él en broma acariciándole las mejillas—. Ahora ya lo sabes.

—Lo siento.

—Por supuesto que lo sientes.

Volvió a acariciarle las mejillas y aquello hizo que un estremecimiento le recorriera todo el cuerpo.

—No digas que no te he advertido. Ruborizándose aún más, bajó la cabeza y se alejó de él.

La deseaba. Tragó con dificultad mientras el corazón le daba un vuelco. Egipto cada día era más peligroso.

El guía terminó el recorrido llevándolos a través de la destruida entrada del templo a un lugar donde les mostró un pequeño santuario dedicado a Hathor. El santuario se utilizaba en la actualidad para albergar una colección de cocodrilos momificados.

—Noten los sarcófagos de barro —añadió señalándolos—. Se sacaron de un cementerio de animales de aquí cerca.

—Asombroso —susurró ella sobrecogida.

Estaba en Egipto recorriendo los templos sobre los que había empezado a leer quince años antes. Estaba recorriendo el Nilo en un velero, explorando antiguas tumbas, durmiendo en un *dahabieh* real.

—Cocodrilos momificados. ¿Quién lo habría pensado?

Khalid sonrió.

—Te gustará entonces la siguiente visita —dijo—. Es el pequeño estanque donde se criaban los cocodrilos.

Una hora después, estaban en un coche dejando detrás el templo de la orilla del río. Khalid había organizado que fueran al famoso mercado de camellos de Daraw. Cuando llegaron, estaban vendiendo camellos, pero era un día tranquilo, le dijo Khalid. Los domingos eran los días de más movimiento. Miles de camellos cambiaban de manos.

—¿Quién compra tantos camellos? —preguntó Liv, mirando con gran interés las negociaciones entre tratantes y compradores.

—La mayoría van hacia Birqash, al norte de El Cairo y vuelven a ponerse en venta. Desde allí se venden al resto de los países árabes.

Se detuvieron a comer un helado sentados en una piedra a la sombra de una palmera.

—Perfecto. Empezaba a tener mucho calor —reconoció Liv, saboreando su helado mientras observaba que Khalid ni siquiera había probado el suyo—. ¿No te gusta?

—Tienes pesadillas —dijo, mirando a los lados—. Anoche tuviste otra. Gritaste, no un gritito sino un grito largo y penetrante. Perturbador…

—Lo siento.

—Quiero saber qué te preocupa. ¿Con qué sueñas?

Ella buscó su rostro tratando de ver más allá de su mirada infranqueable. Tenía un rostro tan hermoso… Había veces, como en ese momento, que era más duro que guapo, pero cuando sonreía, su

sonrisa se convertía en algo más.

Ese algo más le gustaba mucho.

—No recuerdo lo que sueño —dijo, sintiendo un súbito dolor en el corazón.

Deseó conocer mejor a Khalid, entenderlo mejor. Quizá, si sonriese más, sería más fácil estar cerca de él. Pero no parecía fácil. Estaba asustada, asustada por la cantidad de cosas que escapaban a su control. Como él. El compromiso. Su futuro.

—¿Cómo te encuentras cuando te despiertas?

—Preocupada —dijo tras pensarlo un momento.

—¿Preocupada por qué?

—Por todo —dijo, mirándolo a los oscuros y serios ojos.

—Cuéntamelo para que pueda ayudarte —frunció el ceño un poco más.

Liv no entendía la presión que sentía en el pecho ni el nudo en la garganta. No entendía la necesidad de acercarse y acariciar esas arrugas de la frente hasta hacerlas desaparecer. Le pasó por la cabeza que Khalid fruncía el ceño demasiado. Tenía que sonreír más.

—Estoy bien —dijo ella—. Lo estoy. No te preocupes por mí. Ya te has preocupado bastante. Has hecho más que suficiente. Y ahora cómete el helado antes de que se derrita.

Volvieron al barco por la tarde y Khalid le dio el teléfono para que pudiera llamar a su casa.

Pero antes de llamar se dio una ducha en el baño de su camarote para quitarse el polvo de todo el día y después se puso una larga camisa de algodón que le llegaba hasta la mitad del muslo. Se acurrucó en la cama y llamó al móvil de Jake. Por desgracia, volvía a estar con su madre, por lo que no pudieron decirse muchas cosas, pero aparentemente su madre estaba mucho mejor y Jake iba a volver al trabajo porque ya tenía una cuidadora para su madre durante el día.

—Eso es estupendo —respondió Liv, tratando de mostrar entusiasmo cuando en realidad ni siquiera era capaz de imaginarse a su madre necesitando ser asistida.

Después de diez minutos de conversación, Jake le dijo que tenía que irse a trabajar.

—Os veré pronto —dijo Liv lanzando unos cuantos besos.

Colgó antes de echarse a llorar. Las cosas en su casa no estaban bien. Tampoco allí. Nunca se había sentido más indefensa en su vida. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Qué podía hacer? No tenía respuestas.

Agotada, se estiró en la cama, se cubrió las piernas con una cocha y se quedó dormida.

Seguía durmiendo cuando llamaron a la puerta. Medio dormida se levantó a abrir. Uno de los miembros de la tripulación le dijo:

—Su Alteza la invita a unirse a él en la cena —dijo con una pequeña reverencia.

Liv le dijo que estaría lista en un momento. Cerró la puerta y miró el reloj. Las ocho. Había estado durmiendo casi cuatro horas.

Se puso un caftán de algodón bordado con pedrería en el escote. Unos pantalones blancos debajo del caftán y unas sandalias planas. Preocupada por la hora, se dejó el pelo suelto, pero se puso unos pendientes para completar el exótico caftán.

Subió las escaleras de dos en dos y, cuando giró al final de la escalera para entrar en la cubierta, se chocó con Khalid con tanta fuerza que se tambaleó.

Khalid la agarró de los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo?

—Llego tarde. Te he hecho esperar —dijo, mirándolo a los ojos.

—¿Corres como una loca porque llegabas tarde a cenar? —la miró intensamente.

—Sí.

La miró en silencio y después inclinó la cabeza y se echó a reír, una profunda carcajada que hizo brillar sus blancos dientes y que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—*Habiba*, me haces sentir como un rey.

Al ser consciente de que estaba disfrutando de que hubiera corrido para reunirse con él, Liv sacudió la cabeza y dijo:

—No es justo, no respetas las normas.

—¿Las normas? ¿Qué normas son ésas?

—Las que dicen que los jeques del desierto son bárbaros que esperan que se les obedezca y nada más.

—Creo que tienes que actualizar tus ideas. Los jeques del desierto hoy en día no esperan sólo que se les obedezca. Están mucho más interesados en dar placer y hacer el amor —con una sonrisa hizo un gesto en dirección a la mesa cubierta con un mantel de seda violeta y decorada con lirios morados—. ¿Cenamos?

La cena fue estupenda. Les sirvieron una cantidad interminable de platos de delicioso marisco y pescado, cordero a la brasa y verduras condimentadas. Después, un grupo de músicos y bailarines interpretó algunas piezas para ellos en la cubierta, Liv se recostó en su almohadón con un brazo alrededor de las rodillas mientras contemplaba la danza de los derviches. Era muy agradable tener músicos y bailarines en el barco y, cuando terminaron, Liv los aplaudió hasta que le dolieron las manos.

—El viaje cada vez es mejor —dijo a Khalid después de que los artistas se marcharan—. Nunca lo olvidaré, ni en mil años.

—Haremos más cruceros por el río en el futuro —dijo con su peculiar mirada.

Liv se mordió el labio. ¿De verdad pensaba él que terminarían juntos? ¿De verdad creía que se casarían?

Se miró la mano con el diamante. Estaba viviendo el más fantástico y asombroso aunque extraño de los sueños. Se sentía como Alicia en el país de las maravillas. Se había caído por la madriguera del conejo y estaba viviendo grandes aventuras y experiencias fantásticas, pero sabía que pronto se despertaría y Khalid y Egipto y ese hermoso río desaparecerían.

—¿En qué piensas? —preguntó tirando de ella hacia él.

—En nada.

—Eso no es verdad. De pronto, parecías… triste.

—Ya no sé lo que es real y lo que no —susurró—. Ya no sé qué creer.

Khalid bajó la cabeza y la besó ligeramente en la mejilla y después siguió hacia la oreja.

Mordió ligeramente el lóbulo haciendo que ella se estremeciera. Se retorció de placer, abrumada por la sensibilidad de su cuerpo. No tenía ni idea de que su oreja o su cuello pudieran experimentar algo así al ser rozados por sus labios, su lengua. Se arqueó contra él, haciendo que sus pechos presionaran su mano y la rodilla de él se deslizara entre sus muslos.

Él le acarició un pezón con los dedos hasta que la hizo sentirse fuera de control. Quería más, pero no sabía cómo pedirlo, ni siquiera sabía si podía pedirlo.

Movió la cabeza a ciegas tratando de encontrar los labios de él, anhelándolos.

Khalid alzó brevemente la cabeza y sus miradas se encontraron. La expresión de él era tan sombría, tan penetrante, que se estremeció entera. Él bajó la cabeza y la besó. La besó como si fuese el único que conociera los secretos de su corazón y por ello el único que podía sacarla de la oscuridad. Ella le agarró el rostro con las dos manos y saboreó su calidez, su aliento y las especias y el almizcle de su piel.

Le gustaba sentir la boca de él en la suya, le gustaba cómo la rodeaba con los brazos, la presión de su rodilla entre sus piernas y la sensación de su pecho contra sus blandos senos.

—No podemos hacer esto aquí —dijo Khalid sin perder el contacto con la boca de ella—. No sé en qué estoy pensando.

—Entonces ven a mi habitación.

—No —dijo con una áspera carcajada mientras en sus ojos ardía el fuego de la posesión—. Te llevaré allí, pero para que te encierres dentro con llave.

Capítulo 8

Khalid sabía que había perdido la cabeza desde el momento en que había conocido a Olivia, pero se estaba acercando peligrosamente a la pérdida del control.

Con el cuerpo en llamas, siguió a Liv por la estrecha escalera hasta su habitación, su mirada prendida del suave balanceo de sus caderas y de las redondas y firmes curvas de sus nalgas. Mirarla así era una dulce tortura, su sexo se endurecía por segundos. Tenía una erección que le dolía al caminar.

La deseaba más de lo que había deseado a ninguna mujer, y aun así no iba a poseerla. Nunca le había entusiasmado desflorar vírgenes, además con la libertad de ella aún en juego, quería hacer las cosas bien. En la puerta de la habitación de ella, le dio un suave empujón.

—Será mejor que te encierres a toda prisa —dijo con voz ronca.

En lugar de eso, lo garro de las mangas y tiró de él.

Liv sabía que estaba jugando con fuego, sabía que podía obtener más de lo que estaba buscando, pero en ese momento agradecía el calor, sobre todo si era en respuesta a lo que ardía dentro de ella.

—Cinco minutos —susurró sintiéndose como el diablo, sintiéndose mala, pero también sabiendo que una vez que aflorara la verdad, una vez que se supiera todo, jamás volvería a tener esa oportunidad, jamás volvería a tenerlo a él.

—No haremos el amor —dijo él cruzando el umbral de la puerta.

—De acuerdo, sólo bésame un poco más —respondió cerrando la puerta.

—Sólo vas a conseguir ponernos a los dos a cien.

—Ya estamos a cien —dijo ella sintiendo que le temblaban las piernas.

—Vas a casarte conmigo —dijo, cruzando los brazos con gesto enigmático—. No es una elección. Es algo que debemos hacer ya.

—Podemos olvidar el matrimonio…

—No.

—Olvidemos hablar de la boda durante cinco minutos.

—No.

—Vamos.

—No.

Dio un último paso hacia él, reduciendo la distancia entre los dos, sus cuerpos perfectamente acoplados, sus manos en la cintura para agarrarlo.

—Quieres besarme —susurró con voz grave.

—Quiero besarte tanto que me duele el cuerpo —respondió con la mandíbula apretada.

—Pues hazlo.

Khalid se sentó en la cama y tiró de ella hasta colocarla de pie entre sus rodillas. Mirándola a los ojos, lentamente le levantó el caftán y después la besó en el vientre y empezó a subir lentamente.

Liv gimió al sentir el calor de su boca en la piel desnuda y la estremecedora sensación de los labios en el borde de las costillas, y después en un sensible punto debajo del sujetador.

Volvió a gemir cuando la besó a través de la delicada seda del sujetador, después cerró la boca sobre el erecto y duro pezón. Su boca estaba caliente, húmeda y cuando chupó sintió que la parte baja del vientre se estremecía. Apretó los dientes y enterró las manos en el cabello de él mientras seguía acariciándole los pezones hasta que empezó a notar calor y humedad entre las piernas.

Las manos de él se deslizaron hasta sus caderas, Liv gemía. Se daba cuenta, pero no era capaz de evitarlo. Ansiaba sus caricias, ansiaba la liberación, la satisfacción.

Pero entonces, él alzó la cabeza, la agarró firmemente de las caderas, la echó un poco hacia atrás para dejar un poco de distancia entre ellos.

—Khalid —protestó acercándose de nuevo.

—No —respondió tajante poniéndose de pie—. Eres preciosa —añadió con las mejillas llenas de color—, pero no tomaré nada que no es mío.

Liv pasó la noche dando vueltas en la cama. Tenía el cuerpo caliente. Estaba desesperada. Nunca había deseado a nadie, a nada, del modo en que deseaba a Khalid, y aun así, no iba a tenerlo. No harían el amor hasta que se hubieran casado y ella no iba a casarse con él. No lo haría, no podía hacerlo.

Se despertó temprano, se quitó el camisón y se metió en la ducha. Puso el agua todo lo fría posible para tratar de enfriar la sangre. Pareció funcionar, pensó tiritando mientras buscaba la toalla.

Funcionó al menos hasta que pensó en Khalid y empezó a notarse más caliente por momentos. Miró el armario en busca de los vestidos más frescos y de colores más suaves. Al final eligió unos pantalones sastre de lino color arena que se puso con un jersey suelto de organza azul.

Vestida, miró su imagen en el espejo de cuerpo entero una y otra vez asintió en aprobación. Con el pelo recogido en un moño bajo, los hombros suavemente bronceados por el beso del sol, parecía tranquila, controlada, incluso disciplinada. Exactamente lo que quería parecer ese día.

No habría más besos, ni caricias ni momentos robados para el sexo.

Se marcharía. No sabía cuándo ni cómo, no sabía dónde iría, pero

tenía que haber otra forma de no volver a Ozr que no implicase a Khalid. No se merecía que lo metiera en ese lío. Era un buen hombre. Se merecía algo mejor, y algún día, cuando se casase, se merecía una gran mujer.

Antes de salir del camarote, Liv se llevó un chal color marfil y subió a la cubierta para ver el amanecer. Alguien de la tripulación le llevó un café y unas pastas de almendra y albaricoques.

El sol naciente pintaba el horizonte con los más suaves colores que iban desde el lila hasta el rosa haciendo que el antiguo Nilo pareciera más joven. Liv respiró hondo embrujada por la belleza del momento y los colores que cambiaban en el agua y la tierra. El Nilo era mágico.

Pero no era sólo la historia del río lo que la tenía fascinada, era también el *dahabieh* en sí mismo. El velero estaba en perfecta armonía con el viento y el sol y había momentos en que pensaba que había viajado en una máquina del tiempo y había vuelto atrás cien o doscientos años, a una época en que viajar era elegante, con largos atardeceres y rosados amaneceres y el viento soplando entre las palmeras de las orillas.

Khalid apareció a su lado mientras el capitán dirigía el *dahabieh* hacia una de las orillas y echaba el ancla frente a Edfu, donde iban a pasar el día.

El puerto parecía excepcionalmente ajetreado y ruidoso para tratarse de una tranquila población agrícola y Liv se sorprendió por la gran multitud que se agolpaba al lado del río.

—¿Están esperando un barco? —preguntó a Khalid mientras se disponían a desembarcar.

—No. Mi gente de seguridad me ha dicho que han venido a verte.

—¿A mí?

—Eres la nueva princesa de Sarq y tienen curiosidad.

Con el sol mucho más alto, el día era considerablemente caluroso y Liv se quitó el chal y lo dobló cuidadosamente mientras estudiaba a la multitud.

—No estoy hecha para ser princesa.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé —dijo dejando el chal en una de las sillas de la cubierta —. Soy de una ciudad de treinta mil habitantes y, hasta que me rescataste de Ozr, el hombre más importante que había conocido había sido el alcalde mi ciudad, un hombre con cierto estatus como vendedor de coches y estrella de los anuncios de su empresa —Khalid rió suavemente.

—Pero ahora tú has eclipsado a tu alcalde. Eres una estrella, una celebridad por derecho propio.

—Voy a decepcionarlos —dijo ella con mirada escéptica.

—¿Cómo?

—¡Mírame! —se encogió de hombros indefensa.

—Eres preciosa —la recorrió lentamente con la mirada.

Ella sacudió la cabeza. No se sentía preciosa. Se sentía un desastre andante.

—Mí madre nos educó bien y. por supuesto, conservamos algo de la vieja hospitalidad del Sur, pero ¿de la realeza?

Liv rió sin mucha convicción pensando en lo que Jake y ella habían aprendido de pequeños. Habían sido enseñados a ser prácticos, sinceros y trabajadores. Se suponía que tenían que hacerlo bien en el colegio, ser siempre respetuosos y nunca fanfarronear. Nada de sueños de aristocracia en su familia. No se soñaba con el estrellato. Sólo con un trabajo seguro y estable.

—Sé quién soy, Khalid, y soy una persona muy sencilla. Me sentiría avergonzada de mí misma si tratara de ser alguien que no soy.

—Entonces no trates de actuar como una princesa. Sólo sé tú misma y estarás perfecta.

—¿Perfecta para qué? —lo miró a los ojos.

—Perfecta para mí —su mirada se hizo más cálida.

La multitud no se dispersó por completo después de que desembarcaran, pero dejaron espacio a Khalid y Olivia para recorrer el templo de Horus, el mejor conservado de Egipto.

Después de haber visitado el templo de Isis, Liv ya estaba al día de la mitología egipcia y sabía que Horus era el hijo que Isis había concebido con Osiris, su marido muerto y desmembrado, y que lo había criado en secreto para que después pudiera vengar la muerte de su padre.

Liv estaba más que fascinada por las escenas que había pintadas en los muros. En ellas se describía la lucha entre Seth y Horus, y Khalid le explicó el simbolismo de las diferentes escenas.

—En ésta, Seth se ha convertido en hipopótamo —explicó Khalid.

—Es un hipopótamo muy pequeño —respondió ella sonriendo.

—Su pequeño tamaño simboliza la pérdida de poder. Al tener una forma más reducida resultaba menos peligroso.

Siguieron adelante y Khalid le mostró la escena final, en la que Seth, el hipopótamo diminuto, se ha convertido en un plato con forma del animal y es comido por los sacerdotes.

—Los sacerdotes comiéndose el hipopótamo es la última declaración. Han destruido a Seth por completo.

Ella sabía que Seth era el diabólico tío que había matado a su hermano, el padre de Horus, pero era una representación horrible.

—Es un triste final —dijo volviéndose a mirar a Khalid—. ¿Un plato de hipopótamo para los sacerdotes?

—Sigamos —dijo él riendo tranquilamente y rodeándole la cintura con un brazo—. Podemos parar en el bazar y comprar algún recuerdo,

si quieres.

No había comprado nada hasta ese momento y Liv, a la que no le gustaba mucho ir de compras, no estaba segura de querer sumergirse en el bazar atestado de gente, pero Khalid le prometió que nadie la empujaría.

—Todo el mundo sabe quién eres, y saben que hay seguridad por todas partes. Nos dejaran espacio.

Había visto cómo se trataba a los extranjeros en otros bazares turísticos, pero estaba dispuesta a ir si Khalid se enfrentaba a los agresivos vendedores.

Comprar terminó siendo más divertido de lo que esperaba. Khalid regateó con confianza con los vendedores. Hablaba a toda velocidad con ellos. En uno de los puestos, tras una teatral negociación, compraron algunos pañuelos que llamaron la atención de Liv.

Volvieron al barco muertos de hambre.

Comieron bajo el toldo de la cubierta superior riendo por la experiencia de la compra.

—Nunca había comprado cosas de ésas antes —dijo Khalid—. La mayoría son trastos.

—Lo sé, pero no he podido resistirme a la pequeña estatua de Horus de latón.

—Quedará fenomenal al lado del pisapapeles de latón en forma de pirámide —se burló.

—De acuerdo, puede que no me hicieran falta ninguna de las dos cosas, pero ¿cómo le compras algo a uno y nada al de al lado?

—Muy fácil —respondió Khalid—, diciendo que no.

Estaban aún en la mesa cuando se acercó a ellos un miembro de la tripulación.

—Alteza, tiene una llamada. Es su excelencia el rey Fehr.

—¿Me disculpas? —dijo Khalid mirando a Liv.

—Por supuesto, estoy perfectamente aquí —respondió con una sonrisa.

Y estaba perfectamente, pensó, recostada en los almohadones. Se sentía cómoda, relajada, aunque ese barco… esa vida… no eran realmente suyos.

Seguía esperando a Khalid cuando oyó su voz y se dio la vuelta para mirarlo, pero no estaba en la cubierta. Le llevó un momento darse cuenta de que estaba en la cubierta inferior aún hablando por teléfono.

—Aún tenemos unos días —le oyó decir—. El gobierno ha dado un paso más en su presión. Recibo diariamente llamadas y correos electrónicos.

Liv frunció el ceño y se echó hacia delante para poder escuchar mejor.

¿Estaban presionando de verdad a Khalid? Nunca se lo había dicho. No le había mencionado ni las llamadas ni los correos. Esperó mordiéndose el labio.

—Sé lo que te prometí. Sharif —de nuevo dijo Khalid—, pero ella no es una delincuente. Nunca me casaría con una delincuente. Sabes lo que pienso del matrimonio… —se interrumpió para escuchar a su hermano antes de continuar—. No, tienes razón. No pensaba casarme, nunca he querido una esposa, pero ya es un poco tarde para eso. He contraído un compromiso y lo cumpliré.

La voz de Khalid se alejó. Debía de haber caminado en otra dirección.

Liv miró las ruinas por las que pasaban, pero la magia había desaparecido. No podía ver nada.

Khalid y su hermano discutían por ella. El rey no quería que Khalid se casara con ella. Peor, Khalid no quería casarse con ella, lo hacía como un deber.

Mordiéndose el labio inferior trató de suprimir el dolor que sentía en el pecho.

Ella no quería casarse con alguien que no quería hacerlo con ella. No podía imaginar una boda con un hombre al que le daba miedo una vida con ella, pero ¿qué opciones tenía? SÍ Khalid realmente estaba siendo presionado, ¿qué podían hacer?

Podía intentar huir, pero no sabía lo lejos que llegaría, sobre todo sin dinero ni pasaporte.

Aún así podía tratar de convencer a Khalid de que la metiera en un avión, pero entonces se encontraría con el problema de su honor y su reputación. Todo aquello la abrumaba.

Unos minutos después. Khalid apareció a su lado y se sentó en los almohadones de la cubierta. Durante un largo rato, se lo quedó mirando tratando de entender a ese hombre que lo arriesgaba todo por ella. Él no decía nada y Liv unía y separaba las manos súbitamente nerviosa.

—Dime lo que pasó realmente el día que cruzaste la frontera —la miró fijamente a los ojos.

—Pero si te lo he contado por lo menos una docena de veces…

—Cuéntamelo otra vez. Puede que te dejaras algo, puede que haya algo más que quieras decirme. Mi hermano tiene investigando a los mejores detectives de Sarq, buscando a la tal Elsie, pero no han dado con nada. Ni una pista, ni un avance.

Liv sentía el peso de la culpa.

—Lo siento. Lo siento mucho. Te he metido en todo esto. Pensabas que irías a por mí, me liberarías y te desharías de mí, pero en lugar de eso no puedes librarte de mí.

—Haces que parezca que soy una especie de víctima. Y no es así.

Decidí ir a Jabal para ayudarte y he decidido seguir ayudándote.

—Pero no quieres casarte.

—No estaba en mi agenda, pero estas cosas suceden. Así es la vida.

Lo miró detenidamente notando las arrugas que rodeaban sus ojos. Parecía cansado, más cansado de lo que ella había pensado y sintió un nudo en el pecho.

—¿Por qué no quieres casarte?

—¿Quién dice que no me quiero casar?

Liv se dio cuenta de que no podía revelar que había oído la conversación telefónica. Se encogió de hombros y dijo:

—Lo has dejado bien claro viviendo solo en el desierto por gusto.

—He evitado las trabas emocionales, sí…

—¿Trabas emocionales? ¿Es así como ves las relaciones?

—Lo son —sacudió los hombros.

—¿No te gusta la gente? —insistió.

—Me gusta el desierto. Es tranquilo.

—¿La gente no es tranquila?

—Preguntas demasiadas cosas para ser una persona que no tiene demasiadas respuestas. Creo que es hora de volver a hablar sobre ti y la caza de la esquiva Elsie.

—Es muy escurridiza, ¿verdad?

—Sí, y no lo entiendo. Nadie ha visto nunca a la persona que tú describes. Ninguna autoridad fronteriza, ninguna agencia de pasaportes, ninguna embajada. Tampoco ha entrado en Egipto con un visado. No puedes entrar en Egipto sin los papeles necesarios, en ningún país de Oriente Medio. ¿Estás segura de que Elsie iba a visitar Egipto?

—Eso fue lo que me dijo.

—Pero cuando ibais todos en el autobús y os pararon en la frontera, ¿dónde fue ella? ¿Se bajó del autobús? ¿Volvió a Jabal? ¿Qué pasó? ¿Cómo se desvaneció?

—No lo sé. Me sacaron de allí y ya no volví a ver a los demás.

—Tenemos que encontrarla —se frotó la nuca—. El reloj sigue avanzando y tu futuro, mi futuro, depende de que la localicemos, averigüemos su identidad y contrastemos tu historia.

—¿Y si no podemos? —preguntó con voz suave ocultando su desesperación porque no sabía cómo resolver aquello y temía cómo podía acabar todo.

Pero Khalid no respondía a la pregunta y eso la hacía sentir aún más miedo.

—¿No crees que podría tener otro nombre o identidad? —preguntó Liv tranquila—. ¿Es posible tener dos pasaportes?

—Posible, pero no siempre legal. Depende de su nacionalidad.

—¿Qué podemos hacer? —lo miró deseando poder ayudar.

—En este punto, nada. Pero te lo haré saber.

El resto de la tarde la pasaron ocupados en tareas diferentes. Khalid estuvo en su camarote atendiendo al trabajo, pero distraído por la conversación con Liv y la impresión de ella de que a él no le gustaba la gente.

¿Era ésa la impresión que daba? Daba lo mismo. Sus preguntas y sus conclusiones le preocupaban. No era un hombre desapegado. En todo caso, se preocupaba demasiado, por eso se había exiliado en el desierto.

La pérdida de sus hermanas le había roto el corazón. Las había querido más que a ninguna otra persona de su familia. Más que a todos sus amigos juntos.

La pérdida de su vida había sido una herida que no veía cómo cicatrizar. Ni después de un año ni después de diez. Las echaba de menos y había terminado aceptando que lo haría siempre.

Pero el amor y la pérdida le habían enseñado una lección que jamás podría olvidar. Amar a los demás, ocuparse de ellos dolía. Por eso era preferible mantener a distancia lo que se amaba.

Mientras Khalid trabajaba en su camarote, Liv se quedó en el salón de arriba leyendo un libro. Por fortuna era un buen libro y leyó más de una hora antes de que los recuerdos de su casa la asaltasen.

Alzó la cabeza y miró al infinito. Su madre le había advertido sobre ese viaje. Su hermano también, pero ella había buscado algo más que lo seguro y lo predecible. Había querido cambiar y se había sentido emocionada por la perspectiva de ir a algún sitio exótico y nuevo para ella, algún lugar lleno de historias y aventuras.

Había vivido una exótica aventura, pero no podía volver a casa, no fácilmente, y estaba hundida, sobre todo sabiendo que su madre estaba muy enferma.

Si se hubiera quedado en casa… Si se hubiera conformado con lo seguro y predecible…

Intentó concentrarse de nuevo en el libro y el resto de la tarde pasó relativamente deprisa, aun así se alegró cuando llegó la hora de la cena y pudo reunirse con Khalid en la cubierta superior.

La cena de esa noche pareció especialmente apagada. Khalid parecía muy preocupado y, una vez terminaron de cenar, se excusó diciendo que tenía que volver a su trabajo. Liv sonrió forzadamente tratando de disimular que estaba dolida y nerviosa.

Lo siguió con la mirada, pero de pronto no pudo dejarlo ir. Se puso en pie de un salto.

—Khalid.

—¿Sí? —se volvió a mirarla.

—Estoy preocupada por mi madre —dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Has hablado con ella últimamente?

—Realmente no. Cada vez que he llamado Jake dirige la conversación. Creo que teme que la preocupe.

—Su corazón está delicado. Tu hermano sólo quiere protegerla.

—Lo sé. Mi madre perdió a mi padre hace sólo dos años, y ahora sufre un infarto. Pero estoy preocupada. Me preocupa que pueda suceder algo peor si no vuelvo pronto a casa, y no sé si podría vivir con la culpa si algo le sucediera por mí… No quería que hiciera este viaje.

—¿Por qué hiciste el viaje?

—Quería ver mundo —se le quebró la voz—. Quería ver cómo es la vida.

Khalid miró al infinito antes de volverse hacia ella para decirle:

—Ahora ya la has visto —su voz era extrañamente dura—. Y ahora ya sabes los sacrificios que hacemos para proteger a quienes amamos.

Capítulo 9

Khalid desapareció por las escaleras, y la tripulación de inmediato empezó a recoger la mesa y los almohadones antes de apagar media docena de faroles. Una vez que dejaron la cubierta virtualmente vacía, los miembros de la tripulación se fueron marchando a las cubiertas inferiores para ocuparse de otras tareas.

De pie en la semioscuridad de la desierta cubierta, Liv pensó que la noche parecía interminable.

La luna estaba en cuarto creciente y, cerrando los ojos, respiró hondo para tratar de calmarse. Con los ojos cerrados se concentró en los sonidos de su alrededor, el golpeteo del agua en los costados del barco, la brisa en las palmeras de la orilla.

Así era como debía de viajarse por el Nilo antiguamente y se sentía como si se hubiese metido en las páginas de un libro de historia o en una novela de E. M. Foster.

Inspiró con fuerza y abrió los ojos. Las estrellas brillaban en un cielo profundo y oscuro. La cálida brisa seguía soplando sacudiendo el toldo y haciendo sonar las palmeras de la orilla. Echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de la luz de la luna sobre el paisaje y el plateado río.

Egipto era mágico y hermoso y estaba lleno de historia. Khalid podía ser un príncipe del desierto, pero lo que quería que hiciera ella, lo que creía que podía hacer, era tan imposible como que se convirtiera en una reina de Egipto.

No era de allí, no podía quedarse, tenía que volver a casa. A su mundo, su familia, su gente. Necesitaba volver pronto. Tenía que dejar de esperar por el momento adecuado para hacerlo. Tenía que empezar a buscar la oportunidad de escapar. No sería fácil, pero quedarse allí, casarse con Khalid, sería peor.

Él no quería casarse. Se casaba por compromiso. Y ella no quería casarse con alguien que no la amaba, que no la deseaba apasionadamente.

Pero entonces se imaginó a Khalid y el modo en que la miraba, la expresión de sus ojos, y sintió un estremecimiento. Nadie la había mirado nunca así. Nadie la había tratado como él la trataba. Quizá no la amara, pero era evidente que se ocupaba de ella a su manera.

¿Podría ser eso suficiente para casarse?

¿Podrían ser suficientes la preocupación y el deber?

Perpleja y dividida. Liv permaneció en la cubierta superior leyendo, acurrucada en un sillón con una fina manta sobre las piernas. Leyó durante horas. Cuando oyó pasos tras ella, se volvió y, por encima del hombro, vio a Khalid, aún con la camisa blanca que había llevado en la cena, que se acercaba a ella.

—No deberías quedarse sola aquí arriba —dijo sin sonreír—. No es

seguro.

—Es tu barco —lo desafió dolida—. Tú casa. Pensaba que estaba a salvo aquí.

—Estás a salvo conmigo, pero yo no estaba. Y hasta que nos casemos debes tener cuidado.

—¿Qué pasa si no nos casamos?

Él permaneció de pie con los hombros rectos. Se volvió a mirarla con un movimiento brusco:

—Ahora no, estoy cansado…

—Pero. Khalid, tenemos que enfrentarnos a la verdad.

Él dejó caer la cabeza hacia atrás y se mantuvo en silencio un tiempo hasta que dijo:

—Les di mi palabra.

—Qué pasa si es un error… sin nos hace desgraciados a los dos…

—Les di mi palabra. Me he jugado mi honor y mi reputación por ti.

Esas no eran las palabras que ella quería oír. No quería oír hablar de honor y deber, responsabilidad y reputación. Quería más. Quería amor.

Khalid se sentó a su lado.

—No será todo malo conmigo —dijo más amable—. Prometo tratarte con cariño y respeto. Prometo que nadie de mi entorno, nadie relacionado conmigo te tratará de otro modo que no sea con cortesía. Estás a mi cargo y he hecho voto solemne de protegerte —la miró a los ojos—. Siempre.

—¿Y mi familia?

—Espero que puedan venir a la boda.

—¿Y después?

—Vivirás conmigo.

—¿En tu… desierto?

—Sí.

—¿Pero podré salir alguna vez? ¿Se me permitirá alguna vez ir a casa? —preguntó con voz débil.

—Sí —la miró de un modo penetrante después de mirar el infinito —. Sí, podrás. Después de tener el primer hijo. Pero si te vas porque quieres quedarte a vivir en Estados Unidos, el niño se quedará conmigo.

—¿Qué?

—Nuestro hijo será heredero del trono de Sarq. Los niños Fehr se crían en nuestro país, en nuestra cultura. Es costumbre y ley —se puso de pie y le tendió una mano—. Vamos, deja que te acompañe a tu camarote. Es tarde. No descansaré hasta que no estés a salvo en tu habitación.

Mientras bajaban lentamente las escaleras el viento sacudía las palmeras. «Estás condenada. Condenada a muerte», pensó Liv.

Esa noche un terrible grito de Olivia despertó a Khalid y esa vez fue hasta su habitación, encendió la luz y la despertó. Ya estaba bien de terrores nocturnos. Quería saber qué era lo que le provocaba pesadillas noche tras noche. Quería y necesitaba saber qué le estaba ocultando porque sabía que le ocultaba algo y empezaba a temerse lo peor.

—¿Qué pasa? —exigió—. Cuéntame tu sueño.

—Nada —estaba pálida, demasiado pálida.

—No voy a aceptar esa respuesta —dijo él, agarrándole una muñeca para tomarle el pulso—. Tienes el corazón acelerado. Estás aterrorizada.

Lo miró con los mismos ojos que le había visto en Ozr. La expresión de alguien sin esperanza.

—Olivia, quiero ayudarte.

—Lo sé.

—Entonces deja que te ayude.

—No puedes —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Olivia —dijo con firmeza—. Sé que has pasado por una difícil situación los últimos meses, pero lo peor ha terminado. Te lo prometo. La encontraremos. Y cuando la encontremos, todo este miedo, toda esta preocupación será cosa del pasado.

Pero ése era el problema, pensó ella. No quería que atraparan a Elsie, no si la iban a meter en Ozr. Ozr era horrible, espantoso y Liv no quería ver a nadie allí, mucho menos a otra chica, y desde luego no a Elsie.

Quizá Elsie hubiera cometido un delito, pero también tenía un lado bueno, un gran corazón. Desde que se conocieron, Elsie la había tomado bajo su protección, se había asegurado de que tuviera un sitio seguro en el albergue, un asiento en la mesa. Elsie, que hablaba fluidamente cuatro idiomas, le había traducido todo lo que necesitaba.

—Hablemos de la boda —dijo Khalid cambiando de tema—. No hemos hablado de nuestras ideas al respecto, sobre todo lo relacionado con el viaje de tu familia. Puedo enviarles mi avión en cuanto el médico dé permiso a tu madre para viajar…

—No va a darle el permiso después de un infarto.

—Entonces que venga sólo tu hermano, pero alguien de tu familia tendrá que venir…

—Para. No puedo. No hay nada de qué hablar sobre la boda. No puedo casarme contigo. No puedo, Khalid. No sólo no está bien, además no puedes obligarme a casarme.

—Pero si yo no te obligo. Es tu elección, eres libre. Lo último que necesito es una novia infeliz. Ya viví con una madre infeliz, no

necesito una esposa triste.

Liv parpadeó sorprendida por la repentina revelación, no sabía qué decir.

—Tienes razón, no seré un príncipe de cuento de hadas que te llevará a su castillo montada en su corcel —añadió él—, pero te estoy ofreciendo mi protección. Quizá no suena muy romántico, pero la seguridad y el compañerismo son también importantes.

—Tienes razón en que el compañerismo y la seguridad son importantes, sobre todo después de lo que he pasado, pero un matrimonio sin amor… —respiró entrecortadamente—. Un matrimonio que se basa en un contrato en lugar de en los sentimientos… ¿Cómo va a funcionar?

—Te libraré de tener que volver a Ozr, lo que posiblemente te salve la vida.

Respiró hondo tratando de frenar un poco sus pensamientos y de contener las emociones que la asaltaban e impedían pensar con propiedad.

—En teoría —dijo ella con precaución—, estamos cambiando una prisión por otra…

—No soy un bárbaro…

—No he dicho que lo fueras. Pero tu cultura trata a las mujeres de un modo muy distinto a como nos trata la mía, y eso me asusta. No puedo imaginarme viviendo en Sarq, donde dices que está tu vida, y has dicho que tendría que vivir contigo.

—En mi cultura —apretó la mandíbula—, las madres esposas e hijas son respetadas.

—¿Por eso las cubrís con túnicas y velos?

—Las mujeres van así vestidas como protección. Entendemos que el honor de una mujer es su virtud más valiosa y por eso la protegemos celosamente.

—No es sólo el velo y la túnica, son las demás pérdidas de libertad. En esta zona, raramente las mujeres van solas a ningún sitio. En vez de eso, pasean y compran en grupo, y muchos, si no la mayoría, de vuestros matrimonios están concertados, ¿no?

—Sí, muchos si no la mayoría están concertados, pero míralo desde el lado positivo. Esos matrimonios concertados son tan cálidos y reales como los matrimonios occidentales.

Parecía tan razonable, tan lógico. Pero ella no confiaba en sus argumentos. No podía aceptar que en un matrimonio concertado hubiera la misma felicidad, los mismos sentimientos y pasión, que en un matrimonio por amor.

—¿El matrimonio de tus padres fue concertado?

—Tenía que serlo. Mi padre era un príncipe destinado a heredar el trono de su padre. Su familia pasó cinco años buscando la mujer

adecuada.

—¿Y ésa fue tu madre?

—No. Fue otra mujer —respondió seco—, pero murió inesperadamente sólo dos meses después de la boda y mi madre la reemplazó.

—No me sorprende que no fuese feliz —murmuró ella.

—Mi madre estaba emocionada —trató de no sonreír— por casarse con mi padre y mi padre estaba muy feliz con ella.

—Entonces ¿qué pasó?

—Nunca se sintió como la igual de mi padre —la miró a los ojos—. Él era de la realeza, ella era plebeya y eso la consumía. Estaba obsesionada con que él tenía sangre azul y ella no.

—¿Por qué le importaba tanto? ¿La trataba la gente de un modo distinto?

—Algunos sí —admitió Khalid.

—¿Tu padre?

—No.

—¿La respetaba?

—La amaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él me lo dijo —la miró con más intensidad—. Cuando estaba muriendo nos llamó, a sus hijos, y nos pidió que cuidásemos siempre de nuestra madre, pues él la amaba y temía que se quedara sola.

Por alguna razón esas palabras hicieron que Liv se desmadejara. Las emociones la recorrieron como una ola y sintió un nudo en la garganta.

Resultaba irónico lo parecidas que eran las personas a pesar de las distancias entre los países. Lo similar que era el amor. Cuando su padre supo que se moría, temió lo mismo por su madre. Había rogado a Jake y a ella que se ocuparan de su madre, que no la dejaran sola, que hicieran que saliera con amigos, incluso que volviera a salir con otros hombres.

Parpadeó para contener las lágrimas.

—Mi padre también se preocupó por mi madre —hizo una pausa —. Pero ellos se casaron por amor y a pesar de lo que dices, funcionó. Fueron felices, muy felices, y eso es lo que yo quiero. Quiero enamorarme y sentir que soy lo más importante del mundo para alguien. Quiero ser especial… quiero que dure. No cinco meses ni cinco años, sino siempre, y las relaciones así no surgen por verse forzados a estar juntos. Surgen de la elección.

—Pues elige —dijo con tranquilidad—. Deja de luchar contra el destino…

—¡No es el destino!

—Y sigue con la vida.
—Eso, me caso contigo y vivo donde tú vivas —dijo, incorporándose en la cama.
—Suena bien.
—No. No sé nada de ti. Por Dios, Khalid, no sé ni cinco cosas de ti.
—Sí, sabes. Sabes cinco, prueba —insistió cruzándose de brazos.
Furiosa con él, consigo misma, empezó a pensar en lo que sabía.
—Sé que te llamas Khalid Fehr y eres miembro de la familia real de Fehr.
—Una y dos —dijo animándola.
—Tienes un hermano mayor y creo, pero no estoy segura, que vives en algún sitio en Sarq.
—Muy bien.
—No es mucho —lo miró frustrada mientras se pasaba una mano por el pelo—. Khalid, es terrible. Hemos pasado cuatro días juntos y sigues siendo un extraño.
—Sabes más que eso, pequeña. Los últimos cuatro días y medio hemos salido, cenado, hecho excursiones.
—¿Salido? —se agarró las rodillas con los brazos—, ¿Llamas salir a ir a ver monumentos?
—¿No es así como lo llamáis en tu país? Cuando un hombre corteja a una mujer…
—No me has estado cortejando.
—Debería ser así, ya que estamos comprometidos.
Liv se cubrió los ojos con la mano y se dejó caer en la cama.
—Me has estado cortejando…
—¿Prefieres «haciéndote la corte»? Puede que la frase esté pasada de moda, pero quizá tenga el romanticismo que pareces echar de menos.
—¿Podemos dejar de discutir? —lo miró por entre los dedos—. No creo que eso me ayude a dormir mejor.
—Discutimos por casi todo, pero tienes que admitir que estamos bien juntos —sonrió.
—¿Cómo puedo admitir algo que no entiendo, en lo que no confío? Eres un misterio para mí. Sí, puedo ver que eres alguien poderoso con un estilo de vida lujoso, pero eso no me dice quién eres, qué te importa, en qué crees.
Khalid no respondió. La miró largamente y de un modo tan intenso que ella pensó que iba a descubrir su terrible secreto.
—Conoces mi auténtico yo. No quieres admitirlo porque eso lo cambiaría todo, incluido tu falsa sensación de control —hizo una mueca y endureció su expresión—. Es mejor ignorar lo obvio.
—Eso no es cierto —dijo Liv boquiabierta.
—Dime lo que sabes, lo que sabes de verdad y te diré lo que no

sabes, ¿vale?

—Eres arqueólogo —dijo en voz baja— y provienes de lo que creo es una gran familia. Tu hermano mayor es el rey de Sarq y parece un buen dirigente y un buen hermano. Y respetas su opinión, pero no siempre estáis de acuerdo.

Notó que Khalid alzaba las cejas. Le había sorprendido con eso, pero no la contradijo.

—Tengo la sensación de que no dedicas mucho tiempo a las excavaciones, pero puede que me equivoque —continuó rebuscando entre sus recuerdos e impresiones—. Eres compasivo y te desagrada la injusticia, y eso es lo que sé —concluyó tranquila.

—Bastante bien —asintió, la miró con los ojos entornados y se fue.

La mañana llegó demasiado temprano para Liv y en lugar de saltar de la cama como había hecho los demás días, se dio la vuelta y acurrucó entre las almohadas. Había dormido mal. Le dolía la cabeza. Y sentía el estómago como un manojo de nervios. Y aún no había visto a Khalid.

Enterró la cabeza en una almohada y gritó. No podía seguir así. No podía. El estrés se estaba convirtiendo en algo insoportable.

Cuando salió de la ducha y se puso un vestido blanco, su humor había incluso empeorado.

Con ese vestido blanco, el pelo recogido en una coleta y un collar de coral rojo en el cuello resultaba dulce y pura, y aquello no podía soportarlo.

Mirándose la mano, se quedó hipnotizada, contemplando el diamante hasta que se lo quitó, incapaz de continuar con aquella farsa. Metió el anillo en su caja y salió del camarote. Pero mientras subía las escaleras cada vez notaba más tensión en el pecho y mayor en nudo de la garganta.

No podía seguir allí, así. Tenía que irse. A la primera oportunidad que tuviera, se marcharía.

Khalid ya estaba desayunando y leyendo cuando ella llegó a la cubierta superior. Encima de la mesa, había café, pan, pastas y fruta. Le pareció algo de aspecto tan normal, una mañana tan normal, que sintió que le ardía el fondo de los ojos.

Eso era lo que quería, se dijo. Normalidad. Sólo quería volver a la normalidad.

Se sentó a la mesa y miró los papeles que tenía delante Khalid. Una montaña de cosas que leer.

—¿Correos o búsquedas? —preguntó ella.

—Las dos cosas —respondió mirándola con una sonrisa—. Tengo buenas noticias.

—¿Sí?
—Han encontrado a Elsie —apoyó los codos en la mesa.
—¿Qué? —sintió como si le hubiesen echado un jarro Jo agua fría.
—Está bajo custodia y querrán que la identifiques.
Liv se quedó mirándolo, incapaz de decir nada ni entender nada.
—Asombrosas noticias —añadió sacudiendo la cabeza—. Estaba a punto de perder la esperanza.
Él hablaba y ella escuchaba, pero no podía creerlo. ¿Cómo era posible?
—Dicen dónde la han encontrado —preguntó con voz temblorosa.
—No —respondió él dejando los papeles en la mesa.
—¿O quién viajaba con ella?
—No. Sólo que la han encontrado y que necesitan tu ayuda para acusarla.
Se retorció las manos en el regazo mientras el corazón le latía como un tambor.
—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó otra vez temblorosa.
—No tienes buen aspecto, ¿estás bien?
—Sí—«no», se sentía cualquier cosa menos bien.
Khalid le tendió la hoja para que pudiera leerla.
—Es de uno de mis detectives. Ha estado colaborando con la policía egipcia y, dado que ha sido un detective egipcio quien la ha detenido, supongo que ella estaría aquí como tú habías dicho… —de pronto se fijó en su mano—. ¿Dónde está el anillo?
—En el joyero —se cubrió la mano con la otra.
—¿Por qué no lo llevas?
—Me lo pondré antes de que desembarquemos —esquivó la pregunta.
Llegó su desayuno y se concentró en la fruta y el yogur, pero sólo fue capaz de comer media docena de bocados antes de preguntar:
—¿Qué crees que le harán? —sentía un enorme peso en el pecho.
—Mandarla a Ozr.
«Oh, Dios, a Ozr no». Se llevó los dedos a la frente. El dolor de cabeza empeoraba. No podía hacerlo, no podía pasar por eso…
—¿Estás preocupada por ella? —Khalid dejó los papeles que seguía leyendo.
Liv cerró los ojos y asintió, tratando de contener las lágrimas. Se sentía mareada, muy mareada.
—Liv, no puedes culparte. No eres responsable de Elsie…
—Ozr es un lugar terrible —le interrumpió—. Es el infierno.
—A ella tú no le importaste —le recordó.
Sólo era capaz de negar con la cabeza. Las cosas estaban mal, muy mal, y sólo iban a empeorar.
—No me siento bien —susurró—. Me duele la cabeza.

—¿Tienes jaqueca?

—Nunca he tenido una, pero es como si la cabeza me fuera a explotar.

—¿Por qué no vas abajo y te metes en tu camarote que es más fresco y oscuro? —sugirió él poniéndose de pie—. Trata de dormir. A ver si eso te ayuda.

—¿Pero no se supone que íbamos a desembarcar?

—Podemos saltarnos Esna, pasar el día en el barco.

—¿Podemos hacer eso? —lo miró con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto —frunció el ceño preocupado—. Liv, es una buena noticia. La detención de Elsie lo cambia todo.

No podía escuchar más y se puso de pie. Si no se iba, se pondría a llorar allí mismo.

—Estaré en mi habitación.

—Descansa. Mañana iremos a Luxor.

Liv pasó el resto de la mañana en su camarote y, cuando a mediodía Khalid pasó a preguntarle si quería comer, subió a almorzar con él a la cubierta superior.

—Has estado llorando —le dijo Khalid al llegar arriba.

—Me he lavado la cara —se alejó de él.

—Se te nota en los ojos —dijo dejándose caer en el sofá—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor —mintió deseando haber tenido unas gafas de sol.

—Vamos, siéntate aquí conmigo. Vamos a comer algo aquí en los sofás.

—¿No tienes calor? —preguntó ella apoyándose en la barandilla.

—Estarás más fresca aquí cerca del ventilador.

Pero ella no quería sentarse en el sofá, no quería estar cerca de él. Estaba demasiado tensa.

—Olivia, ¿qué pasa? —preguntó tranquilo.

—Creo que sólo es que estoy agotada. Creo que me viene bien que hoy nos quedemos en el barco —dijo con los brazos cruzados—. No era consciente de lo cansada que estaba. Quizá no haga falta que mañana paremos en Luxor. Podíamos seguir sólo navegando.

—¿No parar en Luxor? —la miró extrañado—. Pero si Luxor es el punto culminante de cualquier crucero por el Nilo.

—Lo sé, pero hará calor y estará lleno de gente, ¿no?

—Tendremos nuestro propio guía, nuestra excursión privada como los demás días —se levantó del sofá y se acercó a ella—. No me puedo creer que no quieras ver Luxor.

—Ya he tenido suficiente —alzó la voz casi hasta el tono de la histeria—. He visto ya bastantes ruinas y monumentos…

—Espera, para —interrumpió y le levantó la barbilla para que lo mirara—. Todo esto es por Elsie, ¿verdad? Tienes miedo de

enfrentarte a ella.

—Sí, tengo miedo. Estoy aterrorizada.

—No te preocupes, estoy aquí contigo y lo estaré en cada paso del camino.

«Por Dios, no lo entendía, no tenía ni idea».

—Khalid, no puedo hacerlo. No lo haré…

—¿No? —dijo con voz de trueno—. ¿Qué quieres decir con que no lo harás? No es opcional. No puedes salvar a Elsie y a ti.

—Bueno, no mandaré a Elsie a Ozr. No puedo mandarla allí. No puedo mandar a nadie allí.

—Deberías pensar esa decisión porque es o tú o ella. Olivia. Esa es la elección.

Capítulo 10

Hizo un movimiento brusco para que le soltara la barbilla.

—No lo haré. No elegiré ninguna de las opciones…

—Entonces lo haré yo —interrumpió—. Estamos juntos en esto, y no permitiré que destroces tu futuro, tu libertad o tu felicidad.

—Esa no es una decisión que tengas que tomar tú —respondió áspera, sintiendo que las lágrimas le quemaban los ojos—. No somos una familia. Tu familia está en Sarq, la mía en Pierceville. Y ésas son las personas a las que debemos lealtad.

—Respondí por ti.

—Pues cometiste un error —le espetó con las emociones desbocadas—. Y te equivocaste conmigo.

Ya estaba, pensó ella. Se lo había dicho. Él se había equivocado.

Khalid dio un paso atrás y se pasó una mano por el pelo.

—Se nos agota el plazo, Liv —parecía enfadado, pero había algo más en su voz, una emoción diferente, más fría y oscura—. El reloj sigue avanzando.

Empezaba a conocer sus facciones y en ese momento le pareció diferente. Remoto, Desapegado.

—Olvidemos Luxor —dijo él—. Tomaremos un avión temprano por la mañana directamente a El Cairo para que puedas identificar a Elsie y podremos seguir con nuestras vidas y poner fin a esta espiral de descontrol antes de que se nos escape de las manos.

—¿Y si no la identifico? —preguntó débilmente. —¿Quieres decir si te niegas a identificarla? Asintió.

—Eso te devolvería a Jabal —dijo sin dudarlo.

—¿Harías algo así? —lo miró a los ojos.

—El gobierno de Jabal ha amenazado con una acción militar contra Sarq. Quieren que esto escale hasta algo muy grave. No le haré eso ni a mi hermano ni a mi país.

Liv no quería responder nada, no podía. Le dolía la cabeza.

—Hay que hacer algo —añadió él con abatimiento.

Ella seguía mirándolo, demasiado triste, demasiado asustada para las palabras. Pero esa falta de respuesta pareció romper algo dentro de él. Su gesto se endureció y se volvió más frío.

—Sabiendo lo que siento por mi familia y mi país ¿cómo puedes negarte a hacerlo? —exigió con voz grave—. Sabiendo lo que he sacrificado por ti, ¿cómo no puedes hacer una sola cosa por mí? Te supondrá sólo cinco minutos de tu tiempo.

—Khalid… No es que no quiera, es que no puedo…

—¡Cinco minutos! —repitió con tono mordaz—. Cinco minutos para identificarla y todo habrá terminado. Cinco minutos y habremos terminado con todo este caos y temor.

Había pasado de largo ya la simple jaqueca. Se sentía medio muerta. La estaba mirando con tal disgusto que sentía que el corazón se le iba a partir.

—Me hicieron daño allí —dijo después de un largo y doloroso silencio— y se lo harán a ella —terminó de hablar con la sensación de que él ya no la escuchaba, le había dado la espalda.

—Pensaba que te conocía —dijo él con amargura—. Pensaba que te comprendía…

—Era mi amiga —interrumpió ella—. Incluso aunque me traicionara, aunque lo haya hecho, no puedo hacerle daño. No podría traicionarla. A estas alturas deberías conocerme. Deberías saber que no soy de esa clase de personas —le ardían los ojos—. No soy vengativa. No soy cruel. No me he educaron así y no puedo cambiar. No puedo cambiar lo que soy. Ni siquiera para salvarme.

Él no respondió. Se quedó mirando la pared de marfil y piedra dorada que los rodeaba mientras el corazón le latía a un ritmo salvaje. Finalmente giró la cabeza para mirarla.

—Sabías que llevaba drogas, ¿verdad?

—No, por supuesto que no…

—Entonces ¿por qué la proteges?

—Porque es la misma clase de persona que soy yo.

—¡Tonta!

—No más tonta que tú —dijo furiosa—. Tú vas a rescatarme y eres un héroe. Yo trato de ayudar a alguien y soy tonta.

—Llevaba casi un kilo de cocaína entre el maquillaje.

—¿Y cómo sabemos que era suyo?

—Porque era su bolsa. Tú sabes que era su bolsa. Y seguramente deberás haber sospechado algo cuando nunca usaba lo que se suponía que llevaba dentro…

—¡Pero sí lo usaba! Cuando se lavaba la cara o se cepillaba los dientes, usaba esa bolsa. La llevaba a todas partes… —le cambió la voz al comprender lo que había dicho. Khalid emitió un sonido áspero, de sorna—. Quizá si hubiese viajado un poco más —continuó tranquilamente—. Quizá, si hubiera tenido más experiencia con otras culturas, me habría dado cuenta de que había algo extraño, pero encontraba encantadoras las excentricidades de Elsie. Pensaba que ella era encantadora. Creía que era mi amiga. Me gustaba. De verdad.

—Y mira lo que te ha hecho.

—Sí, lo veo. Está mal. Lo que hizo estuvo mal, pero no puedo condenarla, a Ozr no, es una sentencia de muerte.

La miró sin una pizca de comprensión.

—No van a retirar los cargos, Olivia. Dos gobiernos han dedicado interminables horas de investigación para encontrar a la tal Elsie. Mi hermano lleva noches sin dormir tratando de encontrar una solución

para resolver la situación por medios pacíficos, una que permita que tú salgas libre, libere a Egipto de responsabilidades y asegure la tranquilidad de Sarq —la miró severo—. No es una tarea fácil.

—¿Hay alguna posibilidad de que la liberen?

—¡Por el amor de Dios! —rugió.

—Lo siento, Khalid —susurró bajando la cabeza. Cuando la levantó, se dio cuenta de que él se había ido.

Liv se dejó caer en el sofá conmocionada. Aunque el toldo la protegía de los fuertes rayos del sol, seguía sintiendo el mortal calor. No podía dejar de pensar en Elsie, no podía olvidar la terrible oscuridad de Ozr, su propia desesperanza antes de que Khalid la rescatara.

Y quizá era demasiado infantil, demasiado confiada, pero ¿qué pasaba si no había sido ella la que había hecho contrabando? ¿Qué pasaba si la estaban culpando de algo que no había hecho? Demasiadas dudas… ¿Y si ni siquiera hubiera habido drogas y la policía de Jabal se hubiera inventado los cargos?

Liv sintió un nudo en el pecho. No podía acusar a Elsie, condenarla. Había sido educada en el perdón, el olvido y el perdón. Pero y Khalid… y su hermano. Habían hecho tanto para ayudarla.

Khalid había dicho que había que hacer algo, y tenía razón. También era responsabilidad suya hacer algo. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía arreglar ese embrollo? ¿Cómo podía arreglarlo con el menor daño posible? ¿Cómo podía minimizar el impacto para Sharif y las demás autoridades?

Tenía que aceptar la responsabilidad. Volver la mentira en verdad. Sería duro, muy duro, pero al menos se quedaría con la conciencia tranquila. Se volvería a sentir bien consigo misma.

Sería duro para su familia, sobre todo para su madre, si no volvía a los Estados Unidos, pero su madre tenía a Jake y él se ocuparía de ella.

Alzó la cabeza, fijó la vista en las ásperas rocas que se alzaban a ambos lados del río y decidió aceptar su responsabilidad. Quizá Ozr no fuera tan malo la segunda vez.

Se levantó y bajó las escaleras para sentarse en el escritorio que había en el salón y que raramente se utilizaba. Abrió el cajón superior y sacó papel y bolígrafo. Escribió unas líneas y se recostó en la silla para leerlas.

A quien corresponda.

Yo, Olivia Morse, de Pierceville, Alabama, confieso haber introducido droga procedente de Marruecos ilegalmente en Jabal. Admito mi única responsabilidad. Nadie me ha ayudado y soy culpable del delito que asumo.

Escribo esto por propia voluntad.
Olivia Atine Morse.

Con cuidado, firmó al final de la breve confesión y la dobló para meterla en un sobre, lo cerró y caminó en dirección al camarote de Khalid, donde deslizó el sobre por debajo de la puerta.

El resto del día transcurrió con una lentitud agónica. Liv permaneció en la cubierta esperando que Khalid volviera para comer. No lo hizo. Y después, pasó la tarde esperando que volviera, pero tampoco lo hizo.

Cada vez hacía más calor en la cubierta, y a eso de las tres, no pudo resistirlo más y bajó a su camarote, donde se tumbó en la cama a mirar al infinito.

¿Qué pasaría a partir de ese momento? ¿Qué haría Khalid?

Asustada se acurrucó en la cama. Tampoco eso la ayudaba a pensar. No había nada más que pudiera hacer. Ningún sitio adonde ir. Nadie que pudiera ayudarla.

Más tarde, le llevaron una bandeja y después de que se marchara quien se la había llevado Liv miró la bandeja llena de comida y sintió un destello de recuerdo de Ozr. Allí le llevaban la comida a la celda en una bandeja, aunque fuera sopa aguada de arroz, y esa comida oliera que hacía la boca agua.

Pero aun así sabía lo que significaba esa bandeja en su habitación: Khalid no quería verla. No quería hacer nada con ella. No se lo reprochaba, tampoco se gustaba mucho a sí misma a veces.

No había tocado la bandeja cuando llamaron a la puerta media hora después. Abrió y se encontró con Khalid. Tenía la carta en una mano.

—¿Qué demonios es esto? —exigió sacudiendo la carta ante su rostro.

No era la reacción que ella había esperado y dio un paso atrás.

—No enviaré a Elsie a Ozr y no quiero que tu país se meta en una guerra. Decías que había que hacer algo. Lo estoy haciendo —le salieron las palabras sin pensar—. Así todo está bien. Tú, tu hermano, tu país…

—¿Y tú? —rugió tirando la carta y agarrándola de los hombros—. ¿Qué pasa contigo? —repitió zarandeándola.

—Hago todo lo que puedo —dijo ella—. Hago todo posible para arreglar esto…

—¿Y romper el corazón de todo el mundo? —interrumpió.

—Pero tengo que hacerlo. Tengo que hacer las cosas bien.

—No tienes ni idea de lo que vales, ¿no? No tienes ni idea de lo profundo del amor de tu familia por ti. Hace dos semanas, la primera vez que contacté con tu hermano y le dije que te había localizado en

Jabal, en Ozr, me dijo que se ofrecía a cambiarse contigo. Insistió en negociar con el gobierno de Jabal y que lo sentenciaran a él en vez de a ti —sacudió la cabeza sin soltarle los hombros—. Lo decía en serio. Y yo le entendí. Supe la clase de familia que erais e hice voto de devolverte a casa con él, no importaba el precio. Era lo menos que podía hacer.

Liv tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

—Cumpliré la promesa que le hice a tu hermano porque es lo que querría que hicieran conmigo.

—Pero ¿por qué? —preguntó a medio camino entre la furia y el corazón roto—. ¿Por qué te importa tanto?

—Porque sé lo que siente Jake. Tenía dos hermanas más jóvenes que yo. Las quería. Habría hecho cualquier cosa por ellas, y me gustaría pensar que, si hubieran tenido algún problema, alguien las habría ayudado.

—¿Dónde están tus hermanas ahora?

—Muertas —dijo con voz ronca.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—¿Importa?

—Sí. A mí sí y evidentemente a ti también.

—Murieron en Grecia, de vacaciones —la miró con los ojos ardientes—. Fueron de vacaciones y no volvieron nunca.

—Por eso ayudas a la gente —lo miró maravillada—. No quieres que suframos como has sufrido tú.

—No hemos llegado tan lejos para perderte ahora —dijo antes de soltarla para recuperar la carta y hacerla mil pedazos—. El capitán tiene autoridad para casarnos —añadió tenso— y accede a celebrar la ceremonia esta noche. Será a las diez en punto en la cubierta superior.

Liv sintió que se le secaba la boca y no podía hablar aunque quería. Khalid se dio la vuelta al llegar a la puerta.

—Sé que casarte conmigo no responde a tu romántico sueño, pero hará que te reúnas antes con tu familia, así que es lo que hay que hacer —salió y cerró la puerta con firmeza.

Sola en su camarote, se apoyó en la puerta.

Había tenido hermanas y habían muerto y quería purgar su pecado salvándola a ella, dedicando la vida a salvar a los demás.

Era un error y le rompía el corazón.

Dio rienda suelta a las lágrimas que había estado reteniendo. Se deslizó sobre la puerta hasta llegar al suelo, donde se sentó a llorar con el rostro entre las manos. Quizá, en cierto modo, Khalid, un príncipe, estaba renunciando a todo por ella. ¿Qué estaba haciendo ella por él? ¿Oponerse a cada uno de sus intentos de salvarla?

Pensó en el aspecto que tenía él justo antes de salir por la puerta. Tan orgulloso y valiente, tan… tan hermoso. Los meses pasados en

Ozr habían sido una pesadilla y después había aparecido él, un príncipe del desierto decidido a salvarla. La dejaba sin aliento cada vez que se acercaba, pero también la hacía sentir segura. Protegida. Había creído en ella cuando nadie lo había hecho.

Se secó las lágrimas. No podía deshacer sus errores. No podía cambiar lo que era Elsie o lo que había hecho, pero podía hacerle más fáciles las cosas a Khalid. Si creía que lo mejor era casarse, se casaría. Aceptaría sus planes mientras aquello durase.

Se levantó y se metió en el baño para prepararse para esa noche.

El único vestido blanco que tenía era uno sin mangas que se había puesto antes. No podía imaginar volvérselo a poner. Así que recorrió el extravagante armario con la ropa que Khalid le había comprado en El Cairo. Tenía varios vestidos largos que podrían servir. Estaba el que se había puesto en la presentación a las autoridades en El Cairo, pero no le parecía adecuado, no con los recuerdos que tenía de esa noche.

Quería ponerse algo nuevo, algo que no se hubiera puesto antes, que no estuviera lleno de recuerdos. Porque ése sería un matrimonio de conveniencia, pero seguía siendo una boda y, aunque no fuera la que su madre se había imaginado, contaba.

Se iba a casar con el príncipe Khalid Fehr, jeque del gran desierto de Sarq, y quería estar guapa.

Sabiendo que sólo tenía media hora hasta la ceremonia. Liv eligió un vestido color crema hecho del punto más suave imaginable. La tela se caía sobre el hombro derecho dejándolo desnudo. Era elegante y se ajustaba a sus pechos. Una cinta del mismo tejido color vainilla se ataba a la cintura.

No era blanco y no llevaba toda la parafernalia de adornos que llevaría una novia del Sur, pero parecía completamente adecuado para una boda en el Nilo.

Se peinó y recogió el pelo en dos trenzas, y después las unió en la nuca con unas horquillas enjoyadas que Khalid le había regalado. Había pensado que eran exquisitas, aunque demasiado ostentosas al saber que las joyas eran auténticas, pero para ese momento resultaban perfectas.

Se echó una capa muy ligera de maquillaje, un toque de lápiz de ojos gris, un poco de colorete y brillo en los labios. Se vio guapa en el espejo y se sintió más tranquila.

No llevaba velo. Ninguna joya excepto su anillo, lo que le hizo sacar el anillo de compromiso del joyero y colocárselo en el dedo. No tenía flores. Todo lo que le entregaría a Khalid sería ella misma.

Miró el reloj y vio que era el momento de subir. Sentía mariposas en el estómago por los nervios. Se dijo que todo iba bien y respiró hondo. Era sólo Khalid, su príncipe del desierto.

Al llegar arriba descubrió que la cubierta había sido decorada con

velas blancas. Sólo velas que con su luz hacían innecesaria cualquier otra ornamentación.

La ceremonia fue corta. El capitán, un veterano con cuarenta años de navegación por el Nilo, llevó a cabo el ritual. De sus votos fueron testigos todos los miembros de la tripulación, que se mantuvieron a una respetuosa distancia.

El capitán pronunció las palabras en inglés y árabe y Liv respondió cuando se le requería.

Khalid llevaba un *dishdashah* blanco y un *shumagg* del mismo color con el *ogal* negro.

Estaba guapo, extremadamente masculino y sus anchos hombros la hacían sentir muy pequeña a su lado.

Lo miró mientras pronunciaba sus votos, perdida en el negro de sus ojos y la sensualidad de su boca. Una vez completados los votos, el capitán los declaró marido y mujer.

Una vez concluida la ceremonia, Khalid aceptó las felicitaciones del capitán y la tripulación antes de bajar con Liv desde la cubierta hasta su camarote.

La calma de Liv se evaporó y de pronto se sintió como una niña vestida de novia. Nunca había pensado en lo que llegaría después, pero debería haberlo hecho. Él era un hombre y ella una mujer que evidentemente lo atraía. Una vez casados, lo normal era dar el siguiente paso… consumar la relación, algo que él se había negado a hacer antes cuando ella era una virgen bajo su protección.

Pero todo había cambiado. Podía seguir siendo virgen, pero desde hacía un cuarto de hora legalmente era su esposa.

Capítulo 11

Con el pulso desbocado, Liv siguió a Khalid por las estrechas escaleras hasta que llegaron a la puerta de su camarote, que él abrió para que entrara.

La luz era tenue y las paredes estaban pintadas de un delicado color crema con cenefas doradas. Candelabros de bronce cubrían la mesa de finales del siglo XIX y había un enorme buró de caoba.

La suite era extraordinaria. La decoración mezcla de británica y egipcia, los almohadones se amontonaban en el cabecero de la cama mientras el resto lo cubría una colcha de tonos dorados y carmesíes.

Liv miró la enorme cama y rápidamente apartó la vista, sintiendo que le subía la temperatura por momentos. Dirigió la mirada al único sitio que le pareció seguro: el brillante suelo de tarima.

Khalid se movió por la habitación para abrir las ventanas y hacer que entrara la brisa: después, encendió el ventilador del techo. Liv lo miró sintiéndose inexperta.

Cuando finalmente se volvió a mirarla, se agarró las manos con inseguridad y le dijo:

—No sé cómo hacer esto… Lo siento.

—¿Hacer qué? —preguntó Khalid, iluminado por la luz de la luna.

—Esto —susurró y señaló la cama con la cabeza—. Yo nunca… ya sabes.

Khalid vio el miedo en sus ojos y sintió una punzada de remordimiento. No había manejado nada bien en todo el día, tampoco había sido muy diplomático.

Se acercó a ella. Descubrió que estaba temblando, y tenía las manos juntas como si estuviera rezando. Casi sonrió, pero ver su temor hizo que la sonrisa no llegara a esbozarse. Le alzó la barbilla y la miró a los enormes ojos azules, ojos del color del lapislázuli.

—No tienes que saber cómo hacer nada —dijo deslizando la mano por la mandíbula hasta llegar a la garganta—. Yo sé lo que hay que hacer.

Inclinó la cabeza y la besó en el cuello, después en la mandíbula, en la comisura de los labios. Su labio inferior se estremeció y él se lo besó. Lo hizo suavemente, casi en un roce, y ella cerró los ojos y trató de relajarse pensando en lo que estaba pasando en lugar de en lo que había de pasar.

Entonces, sería el sexo, pero en ese momento era la sensualidad, la seducción, la dulzura.

Con los ojos aún cerrados, sintió que sus mejillas le acariciaban los labios y respiró hondo, bebiéndose su aroma único. Mientras la acariciaba ella levantó una mano para tocarle el cuello, deseando descubrir la textura de su piel. Tocarlo así la sobrecogía. Era tan

grande, tan fuerte.

Recorrió la línea de una mejilla y mentón, luego la otra mejilla hasta llegar a la frente. Su olor y su tacto eran como estar en el bazar otra vez, el aroma cálido y seductor, la exótica belleza.

Khalid la acarició, despertando su cuerpo entero, haciéndola desear y anhelar, tensando su cuerpo, hinchando sus pechos, levantando sus pezones bajo la suave seda del vestido.

—Me encanta cómo te queda el vestido —susurró él mientras le acariciaba una cadera hasta llegar al lugar en que la espalda deja paso a las nalgas.

La vibración de su voz en el oído era tan excitante como la caricia. Sentía calor, y el ventilador del techo no parecía suficiente para enfriarla.

Gimió cuando Khalid levantó la falda para acariciarle la piel desnuda de los muslos. Su piel directamente sobre ella era aún mejor que a través de la tela y estaba impaciente por sentir más zonas de su cuerpo sobre ella.

Liv recorrió con las manos la parte delantera de su túnica, intentando averiguar cómo se desabrochaba.

—¿Podemos quitar esto? —preguntó ella.

—Después —dijo él, mordisqueándole el cuello—. Primero quiero desvestirte a ti.

Desabrochó la cremallera del vestido oculta por un dobladillo. El vestido se cayó súbitamente y Khalid la levantó, desnuda excepto por unas bragas de seda, un escueto corsé y los zapatos, y la dejó en la cama.

Besándola en los hombros le desabrochó el corsé y se lo quitó cubriéndole acto seguido los pezones con los labios. Liv arqueó la espalda al sentir el calor y la humedad de la boca en su cada vez más caliente piel, y enterró los dedos en sus cabellos, sintiendo como su lengua recorría su anhelante piel. Quería más, mucho más, pero él no parecía notar su urgencia, y se tomó su tiempo para besarle los pechos, después el vientre hasta llegar a la sedosa barrera de las bragas.

Mientras le besaba las caderas deslizó las manos por debajo de las nalgas y la levantó ligeramente haciendo que se sintiera tan caliente y húmeda por dentro que temió derretirse entre sus manos.

—Khalid —murmuró mientras él la acariciaba a través de la ya empapada seda blanca.

Él ignoró el ruego que había en su voz y se concentró en la increíblemente suave piel del interior de sus muslos, explorando con la lengua el diminuto hueco que había entre el interior del muslo y el borde de la ropa interior de seda.

Liv no sabía si quería empujarlo o rodearlo con los muslos para

mantenerlo allí, donde la estaba besando a través de la seda. No había sentido algo así jamás, y lo agarró de los hombros mientras él recorría con la lengua el centro de su feminidad a través de la seda, provocándole una sensación sobrecogedora.

—Más no —rogó—. Más no, así no. No es justo. Tienes que quitarte la ropa tú también.

Le quitó las bragas y le separó las rodillas para poder besarla sin la interferencia de la seda.

Liv gritó cuando su lengua se deslizó dentro de ella, una ligera caricia que se fue haciendo más audaz chupando y lamiendo alternativamente haciendo que se sintiera empapada por su propio deseo.

—Por favor, por favor —rogó con una voz tan ronca que casi no se reconocía mientras le tiraba de la túnica—. Quítate esto, por favor.

Finalmente, la túnica desapareció como el resto de su ropa. Liv sintió el corazón en la garganta cuando vio como volvía a la cama y se sentaba a horcajadas sobre ella. Su cuerpo era un mapa de músculos. No pudo evitar acariciarle el abdomen debajo del cual había un sexo erecto muy, muy grande.

Nerviosa acarició el extremo de su sexo, la cabeza sorprendentemente caliente y suave en su mano. Curiosa, lo rodeó con la otra mano, deslizándola desde el extremo hasta el pubis y después volvió hacia la punta. El aliento jadeante de Khalid atrajo su atención y al mirarlo vio el color oscuro de sus mejillas y el primario deseo en sus ojos. Le gustó y se sintió sorprendentemente poderosa. Podía hacer cualquier cosa que le gustase y deseó hacerlo de nuevo.

Agarrando con más fuerza, recorrió toda la longitud de su sexo un poco más deprisa, un poco más fuerte, y lo notó tensarse, vio cómo cerraba los ojos mientras dejaba escapar un gemido de placer.

De pronto, le agarró la mano y se la apartó de su cuerpo.

—Será mejor que pares —gruñó— o no podré hacer el amor contigo del modo que deseo.

Sintiéndose muy provocativa le pasó las manos por la nuca y lo atrajo hacia ella para besarlo.

—¿Cómo quieres hacerlo?

Él la besó con fuerza, profundamente, apasionadamente, la besó hasta que se estremeció debajo de él.

—A conciencia —dijo.

Y volvió a besarla, dejándola sin aliento y sin voluntad. Khalid le separó las piernas y deslizó las suyas entremedias haciendo que Liv sintiera el extremo de su erecto sexo contra ella.

—No quiero hacerte daño —susurró él, besándola en el cuello.

—No dolerá siempre, ¿no? —preguntó, apenas capaz de concentrarse en lo que le decía mientras él tenía las manos en sus

pechos y le acariciaba los pezones.

—No —respondió él antes de bajar la cabeza hasta un erecto pezón al tiempo que colocaba su sexo en la entrada del cuerpo de ella.

Ella se tensó mientras los dedos de él rozaban los empapados rizos y él la relajó besándola de nuevo. Su besó se profundizó mientras entraba en ella lentamente. Afortunadamente su cuerpo estaba húmedo y receptivo y la presión sólo resultó desagradable una vez. Liv empujó contra el pecho de él conteniendo la respiración y sintiendo pánico.

—¿Duele? —le murmuró él en el oído. Ella asintió temerosa de respirar. —Mírame —dijo él, apartándole un mechón de cabello de la ceja.

Así lo hizo y lo que vio en su rostro, en sus ojos, hizo que lo agarrara con las dos manos y lo besara para decirle lo mucho que le importaba, lo mucho que apreciaba todo lo que era y todo lo que hacía.

Y mientras lo besaba su corazón explotó y su cuerpo lo aceptó. Él entró en ella por completo, haciéndole sentir más de lo que había sentido en toda su vida.

—Khalid —susurró mientras él entraba en ella—, mi marido.

La primera vez que hicieron el amor ella no tuvo orgasmo. La segunda vez tuvo dos y, después de derrumbarse contra el duro pecho de él por segunda vez. Liv sintió como si ella misma y toda su vida se hubiese dado la vuelta por completo.

Khalid la había cambiado. Khalid no le había robado su virginidad, la había hecho sentirse querida y guapa. La había hecho sentirse como una mujer.

Por la mañana les llevaron el desayuno al dormitorio. Liv se sentó en la cama y se dio cuenta de que estaba dolorida. Khalid al oírla gemir salió del baño, donde se estaba terminando de duchar y vestir.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó abrochándose la camisa de lino.

Ella sonrió mientras se colocaba la bandeja en el regazo.

—Estoy un poco dolorida, gracias a tu no muy pequeña cosa —Khalid sonrió y Liv sacudió la cabeza, sorprendida por su ego masculino—. ¿Qué planes tenemos para hoy? No estaba segura de lo que iba a suceder hoy. ¿Tenemos que ir a algún sitio, formalizar algo de la boda?

—No, finalizaremos el crucero como habíamos planeado, aquí, en Luxor —respondió él—. Me encanta Luxor. Es mi ciudad egipcia favorita y mis amigos lo saben, así que esperan que hoy vayamos. Pero ponte algo fresco —dijo, acercándose a besarla—. En el Valle de los

Reyes hace calor.

Liv había leído que Luxor era el mayor museo del mundo al aire libre y entendió el porqué de inmediato cuando vio las tumbas reales de la necrópolis de Tebas.

Luxor, con sus ricos monumentos que iban desde el Valle de los Reyes y las Reinas hasta los Colosos de Memnon, era el antiguo Egipto, como el de los libros de Jake.

Su guía era otro buen amigo de Khalid y los llevó a la tumba de Nefertari, que tenía estrictamente limitado el número de visitantes para protegerla.

Era un día caluroso y, dentro de la tumba, hacía incluso más calor. Liv empezó a marearse. El guía era excepcional, pero demasiado detallista y, según subía la temperatura en la tumba, su incomodidad se incrementaba.

Khalid la miró con mirada interrogativa, pero ella le respondió con una sonrisa para no preocuparlo, sobre todo sabiendo lo mucho que le gustaba esa tumba.

Pero su mirada se prolongó más de lo necesario y sintió que se le hacía un nudo en el corazón y se le llenaba de la sensación más agridulce de las posibles. Si lo hubiera conocido en diferentes circunstancias… Si su hubieran conocido en un avión, en una calle…

Desde el Valle de las Reinas fueron al de los Reyes donde hacía incluso más calor.

—¿Por qué construyeron aquí las tumbas reales? —preguntó Liv al guía, abanicándose mientras se detenían a mitad de las escaleras.

El Valle de los Reyes era todo desierto, roca desnuda y calor mareante.

—Hay quien cree que las tumbas se excavaron en la roca para ayudar al viaje al más allá —respondió el guía—; otros piensan que, una vez construida aquí la primera tumba, el sitio se convirtió en un lugar popular.

—De cualquier modo —añadió Khalid con los brazos cruzados—, los especialista egipcios en momificación sabían que el desierto era el lugar ideal para conservar un cuerpo.

—Vaya —se estremeció.

—Y eso es lo que hay aquí, pequeña. Hay sesenta y dos tumbas abiertas. Pero quedan muchas por descubrir.

—Eso son muchos muertos.

Khalid rió suavemente y siguieron subiendo los ochenta escalones que les quedaban hasta la cueva excavada en la roca, que olía a humedad.

Liv arrugó la nariz mientras se deslizaba por los incómodos y estrechos pasajes. No le gustaban los espacios cerrados, y menos con esas temperaturas. Liv se decía que pasaría pronto, pero según el guía

los llevaba más dentro de la tumba, empezó a sentirse sofocada. La cabeza empezó a darle vueltas.

—¿Demasiado calor? —murmuró Khalid.

—Un poco —admitió ella.

—Vamos fuera —dijo, apoyándole una mano en la espalda—. Ya hemos visto suficiente.

Su mano encendió el fuego de sus venas.

—No. No, esto es increíble. Nunca he visto nada semejante y, si nos vamos ahora, puede que nunca tenga la oportunidad de volver a verlo.

—De acuerdo —accedió reacio y llegaron al fondo de la cueva.

Al llegar al final Liv entendió por qué esa tumba era la favorita de los turistas. Con forma oval, la tumba estaba exquisitamente pintada con asombrosos jeroglíficos en todas las paredes, mientras el techo era de un precioso azul celeste.

—Es precioso —dijo ella sobrecogida.

—Lo es —reconoció Khalid.

Liv se quedó detrás de Khalid y el guía para tener una vista mejor de los jeroglíficos. Había otros turistas en la tumba y la gente se empujaba para ver mejor la decoración.

Empujada dos veces por un turista particularmente agresivo, Liv estaba a punto de volver con Khalid cuando un policía de paisano la tomó del brazo y dijo:

—Señorita, por favor, salga del grupo y venga conmigo.

—Perdone —dijo ella, tratando de soltarse—. No entiendo. ¿Qué pasa?

—Limítese a acompañarme, señorita.

Completamente aturdida, Liv experimentó el más dolorosos de los *dejâ vu*. Ya había pasado por algo así, había sido sacada de un autobús en Jabal y pasado de la confusión al terror en menos de doce horas. Se temió lo peor. ¿Qué pasaba?

De pronto, apareció Khalid a su lado.

—Quítele las manos de encima ahora mismo.

El policía hizo una reverencia.

—Su Alteza, perdóneme, es por su seguridad.

—¿Se atreve a sugerir que necesito que me protejan de mi propia mujer?

—Su Alteza, hemos observado actividades sospechosas en la tumba hoy, y he creído que la señorita Morse estaba implicada en alguna actividad ilegal aquí…

—¿Tiene pruebas? —su expresión se endureció.

—Si pudiéramos registrar su bolso.

—SÍ estuviésemos en mi país, ya lo habríamos colgado por insolente.

—Estamos pidiendo permiso respetuosamente para examinar sus pertenencias.

—No.

—Su Alteza.

—Ha insultado a mi esposa, ha insultado a mi familia y me ha insultado a mí. Le sugiero que llame a su jefe porque alguien va a recibir un castigo severo.

El policía se alejó para hablar con otro y Khalid tomó la mano de Olivia.

—Nadie te va a tocar —murmuró—. Nadie te separara de mí. Te lo prometo.

—Khalid, tienes que creerme —se agarró de su mano—. No he hecho nada. No soy una ladrona. No soy traficante.

—Lo sé.

—¿De verdad? —buscó sus ojos—. ¿De verdad? Porque es imposible que yo haya hecho nada de lo que dicen… —se interrumpió al ver que se acercaban los policías.

—Su Alteza y la señorita Morse…

—Princesa Fehr —corrigió Khalid.

—Si usted y la princesa Fehr nos acompañan, el helicóptero está viniendo para llevarlos a la comisaría.

El helicóptero los llevó desde el Valle de los Reyes hasta la comisaría de Luxor, donde el jefe de policía los esperaba con una docena de oficiales. Khalid saludó a tres de ellos por su nombre, dos eran policías de Sarq, el tercero era un abogado egipcio que era amigo de la familia Fehr.

Liv se sentó en una sala pequeña al lado de la sala de reuniones. No podía ver a nadie, pero sí podía oír las voces, y por el tono se daba cuenta de que Khalid estaba muy enfadado.

La reunión duró menos de una hora y, cuando terminó, Khalid la tomó de la mano y salieron de la comisaría sin mirar atrás. Se subieron a un helicóptero enviado por el rey Fehr.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó, viendo la expresión seria de Khalid—, ¿Qué va a pasar ahora?

—Nada.

—¿Qué quiere decir nada?

—Se acabó.

—¿Qué pasa con Elsie? ¿Qué le va a pasar a ella?

—Han retirado los cargos y la van a mandar a casa esta noche.

—¿Así que no había drogas? ¿Eran acusaciones falsas?

—No lo sé y no sé si lo sabremos alguna vez. Pero el comentario de que alguien de Jabal podría pretender poner drogas en tu bolso aquí

ha levantado tantas banderas rojas que el caso entero se ha cerrado.

Ella estuvo un tiempo sin decir nada.

—El caso no se hubiera cerrado si no hubiera sido por ti. Me has salvado dos veces.

—Prometí protegerte.

—También has ayudado a Elsie.

—Querías que lo hiciera, ¿no?

—Sí.

Volaron hasta El Cairo, donde se subieron al avión real de Fehr. Mientras el aparato corría por la pista y despegaba, el sol deslumbró a Liv, el mismo sol de la tarde que volvía de color naranja la arena del desierto.

Egipto había sido fascinante desde el principio hasta el final, pensó mordiéndose el labio inferior mientras el avión subía.

Les sirvieron la comida, pero Liv sólo pudo picar la ensalada. Khalid estaba en silencio y tampoco comía. La azafata no hizo ningún comentario cuando retiró los platos prácticamente intactos.

—¿Vamos a Sarq? —preguntó Liv una vez quitaron la mesa.

—Aún no —dijo él—. Tengo algo de lo que ocuparme primero.

Liv lo miró de soslayo, preocupada. No había vuelto a ser el mismo desde la acusación en la tumba y deseaba con todas sus fuerzas saber en qué pensaba.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó dubitativa.

—No.

—Pero en el Valle de los Reyes…

—Eso se ha terminado.

Algo le preocupaba, pero ¿qué? Deseaba presionarlo para que le diera una respuesta de verdad, pero no tenía ánimo para ello. Había hecho mucho por ella, tenía que respetar su deseo de no hablar. Si él quería decirle algo, podía hacerlo. Nunca había tenido ningún problema en decirle nada.

Se dio cuenta de que podía manejar que estuviera enfadado con ella, que no le hablara, pero no el no saber qué pensaba.

Estaba oscuro cuando llegaron a París y llovía. Cruzaron la pista y llegaron a una terminal donde los esperaba un coche con chófer para llevarlos al Hotel Ritz.

Cenaron en la habitación, la suite presidencial. Khalid estuvo aún más lejano durante la cena y la alarma de Liv creció.

En las últimas ocho horas, había levantado un muro alrededor de él y no iba a permitirle atravesarlo. Al menos no de momento.

Llegada la hora de acostarse, Liv no sabía qué hacer. Llevaban casados sólo un día y una noche, y la anterior había sido la primera noche que había compartido la cama con un hombre. No sabía qué

esperar esa noche y, después de ponerse un camisón blanco, se quedó de pie en medio de la habitación. Khalid apareció en el umbral de la puerta y frunció el ceño cuando la miró.

—Estás enfadado conmigo —dijo ella nerviosa—. Dime qué he hecho mal para no volver a hacerlo.

—No es contigo.

—Khalid…

—Creo que es mejor que no hablemos esta noche —interrumpió—. Dormiré en el sofá del salón. Es una cama plegable. Ya le han puesto sábanas.

—¿Por qué vas a dormir ahí? ¿Por qué no duermes conmigo?

—Han sucedido demasiadas cosas esta semana.

—Sí.

—Creo que es mejor que los dos pasemos un tiempo a solas.

—Yo no.

—No estoy de acuerdo —se encogió de hombros—. Has pasado por demasiadas cosas, pequeña. Tu cabeza da vueltas tan deprisa que no sabes si vienes o si vas.

—Te arrepientes de haberte casado conmigo —dijo mirando la alfombra.

—No debería haber sucedido en estas condiciones.

—Pero ha sido así —respondió ella, alzando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Algo de lo que me arrepiento.

—¿Por qué?

—Ninguna mujer debería ser obligada a casarse. Anoche te forcé a…

—¡No!

—Lo siento mucho. Quería protegerte…

—Y lo has hecho —se acercó a él y le agarró un brazo con las dos manos—. Khalid, todo lo que has hecho ha sido para ayudarme.

—Bien —inclinó la cabeza y la besó en la mejilla—. Que duermas bien. Ya nada de pesadillas esta noche.

—Ya no he vuelto a tenerlas —le dijo antes de que saliera.

—¿Por qué no? —preguntó él desde la puerta.

—Tú has hecho que desaparezcan.

Capítulo 12

Después de una noche de sueño irregular, Liv no quería salir de la cama, pero Khalid abrió las cortinas y la despertó.

—¿Qué te parece París? —preguntó.

Ella se incorporó en la cama y miró por la ventana.

—Está lloviendo.

—Siempre llueve en París. Vamos, levántate y vístete. Vamos a desayunar y explorar la ciudad. Te gustará. No puedes venir a París y no ver nada.

Parecía que no quedaba nada de la preocupación del día anterior y Liv sonrió.

—Dame media hora para arreglarme.

—Iré pidiendo café —desapareció.

Liv saltó de la cama emocionada por descubrir París con Khalid. Había hecho mágico Egipto. ¿Qué podría hacer con la ciudad más romántica del mundo?

La mañana pasó deprisa. Después de desayunar en un café encantador, fueron a ver los lugares favoritos de Khalid: la plaza de la Concordia, los Campos Elíseos, el Arco del Triunfo. Recorrieron bajo la lluvia Montparnasse con sus estudios de artistas y cafés hasta llegar a la Torre Eiffel.

—Estoy empapada —dijo Liv entre risas bajo el paraguas que Khalid sostenía para los dos.

—Sí, lo estás —le apartó un empapado mechón de cabello del rostro—. Hora de irse.

Pararon un taxi y Khalid le abrió la puerta para que entrara.

—Vete —le dijo con un gesto.

Ella se quedó de pie mirándolo bajo la lluvia.

—¿Vete? —preguntó ella—. ¿Qué quieres decir con «vete»? ¿Irme a dónde?

—Vete a casa. Vuelve a tu sitio.

—Pero estamos casados… —se secó el agua de las mejillas.

—Se puede anular. Te casaste conmigo obligada. Ningún juzgado lo aceptaría.

«¿Pero qué pasa conmigo?», quiso preguntar, «¿qué pasa con nosotros?»

—¿Qué pasa con Jabal? —dijo en lugar de lo que quería—. ¿No te perseguirán sus gobernantes? No tratarán de hundirte…

—Han abandonado. Todo ha terminado. Pero aunque no fuera así, no podrían hundirme —sonrió—. Soy demasiado poderoso.

—Pero tu nombre… y todo eso del honor. Si le dejo ¿no afectará eso a tu reputación?

—Me has dejado. Has huido, ¿qué puedo hacer yo?

—Vamos, vamos, no tengo todo el día —dijo el taxista.

Khalid miró a Olivia y le dedicó esa sonrisa que le deshacía el corazón.

—Tiene prisa, pequeña. Será mejor que te vayas.

Olivia no podía creer que aquello estuviera sucediendo. Era lo que ella había querido, por lo que había luchado y, cuando lo había conseguido, no lo entendía. Khalid nunca había sido su carcelero, había sido quien la había salvado.

—No sé…

—Vete a la embajada de los Estados Unidos. Te están esperando. Saben la historia. Has conseguido escapar de mí, por eso no tienes pasaporte ni dinero, y quieres volver a casa. Te llevarán a casa.

—Pero el billete…

—Está resuelto.

—Mi pasaporte.

—Se ocuparán ellos.

Le ardían los ojos. Él había planeado todo aquello. Todo el tiempo había sabido que la dejaría ir.

—¿Por qué? —preguntó ella en un susurro, deseando abrazarlo.

—Es lo que habría querido que alguien hubiera hecho por mis hermanas —se encogió de hombros y después la empujó suavemente al taxi—. Ten cuidado, princesa. Recuerda que hay muchos lobos con piel de cordero.

Antes de darse cuenta estaba sentada en el taxi, empapada.

—¿Volveré a verte?

—Quizá —dijo Khalid con su mirada oscura.

—¿Sólo quizá?

—Si me necesitas —se inclinó, le agarró las mejillas y la besó en los labios despacio, con ternura, antes de dar un paso atrás y cerrar la puerta.

El taxi se puso en marcha y Liv se volvió a mirar por el cristal trasero hasta que Khalid desapareció.

El vuelo de París a Nueva York fue interminable. Khalid le había comprado un billete en primera clase en Air France, por lo que tenía una auténtica cama. Prácticamente tenía una azafata sólo para ella. Le sirvieron una cena de cinco platos con vino y champán, pero a pesar de todo, Liv no podía dejar de pensar. De sentir. Acababa de casarse, sólo hacía dos días, y ya se había acabado.

Se tapó con la manta hasta la nariz y trató de pensar en otra cosa. En algo que no fuera el hombre con quien se había casado y la había mandado a casa.

«Pero si es lo que querías», se decía. «Le dejaste claro que tu

familia estaba en Pierceville y que ése era tu sitio». ¿Se habría equivocado?

En Nueva York cambió de avión y voló hasta Arkansas, donde su hermano la recogería y la llevaría a casa en coche.

Durante el vuelo a Arkansas trató de no pensar una vez más, de no recordar las arenas del desierto de Egipto, las pirámides, el Nilo.

No recordaría al hombre que había aparecido en su celda como un ángel vengador y la había sacado de allí y enviado a su casa.

No recordaría cómo se había enfrentado a la seguridad de un país para liberarla.

No recordaría sus negros ojos y su expresión cuando la miraba.

Y sobre todo no recordaría cómo se sentía cuando estaba entre sus brazos. No recordaría su musculoso pecho, ni su piel dorada cuando se movía sobre ella llenándola.

Su avión aterrizó en Arkansas tan suavemente que casi no se dio cuenta. Estaba en casa.

Con toda la obsesión por la seguridad de los aeropuertos de Estados Unidos, sabía que Jake tendría que esperar hasta que saliera su equipaje. Se dirigía a la cinta por la que salían las maletas cuando oyó:

—Espero que no seas una visión para unos ojos doloridos.

Jake, pensó. Se dio la vuelta y miró a los ojos más azules del mundo. Alto, amable, guapo, era el mejor de los hermanos y se lanzó a sus brazos para transmitirle todo lo que nunca le contaría. Él nunca podría entender lo que había sucedido en esas seis semanas y ella no quería que lo entendiera. Sólo sufriría aún más.

Era el momento de seguir adelante, de volver a la vida normal.

—Mamá se muere por verte —dijo él cuando finalmente lo soltó—. Quería venir, pero eran seis horas de viaje.

—¿Pero está mejor? —preguntó mientras Jake se colgaba una de las bolsas del hombro.

—Mucho mejor.

—Bien.

—Has crecido —la miró con su vestido azul marino hasta la rodilla y las botas negras—. Y tienes ropa nueva.

—Khalid —dijo ella—. Él compró la ropa.

—¿Khalid? —Jake frunció el ceño—. Te refieres al jeque Fehr.

Ella asintió.

—Tiene buen gusto —dijo él. Ella volvió a asentir—. ¿De verdad estabais comprometidos?

Liv abrió la boca para decir que sí, para decir que en realidad estaban casados, pero algo en la expresión de él la echó atrás. Jake se preocuparía por ella, se preocuparía por lo que había pasado.

—Brevemente —respondió pensando que eso era cierto.

—¿Por eso llevas ese enorme anillo? Se había olvidado del diamante amarillo y lo cubrió con la mano.

—Supongo que es de bisutería —añadió Jake.

—Es auténtico.

—Tu jeque tiene un montón de dinero.

—No podría haber salido de Ozr ni de Jabal si no hubiera sido por él.

—No lo estoy criticando. Estoy agradecido.

—Yo también —le ardían los ojos.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo su hermano después de mirarla en silencio durante un momento—. Te hemos echado de menos —la rodeó con un brazo y le dio un beso en la cabeza—. Ahora vamos a casa. Mamá iba a hacer de cena su famoso pastel de plátano y mantequilla.

Al acercarse a Pierceville le llamó la atención lo verde que era todo. También era húmedo, típico del Sur. Por fortuna, la casa de su madre era fresca y la cena los esperaba.

Liv se quitó el anillo antes de la cena y lo dejó en el joyero en su habitación antes de sentarse a la mesa. Aunque su madre había perdido peso y parecía más frágil, estaba muy animada.

—Mi Olivia está en casa otra vez —repitió por decimoquinta vez mientras llevaba el pastel a la mesa.

—Y no va a marcharse pronto a ningún sitio, espero —dijo Jake.

Liv pensó en Khalid y sus oscuros ojos y en esa boca que besaba de un modo tan tierno.

—No —respondió ella con un nudo en la garganta.

Pero esa noche no pudo dormir. No sabía si era el cambio de hora o sus emociones desbordadas, pero el sueño no acudía a ella. Después de una hora, se levantó.

Encendió la luz de la cocina, abrió la nevera y se sirvió un vaso de leche y un poco el pastel de su madre, pero enseguida se dio cuenta de que la sensación de vacío no se iba a quitar con comida. Echaba de menos a Khalid. Hablar con él. Anhelaba su voz. Verlo y comer con él y, sobre todo, esa sensación caliente, eléctrica que tenía cuando la miraba.

Si hubiera tenido su número de teléfono lo habría llamado en ese momento, pero no sabía cómo ponerse en contacto con él. Ni siquiera sabía dónde vivía.

¿En el palacio de Sarq? ¿En el desierto? Era su marido. Se suponía que no la iba a mandar a su casa.

El siguiente mes pasó muy despacio. Liv se arrastraba hasta su trabajo en la agencia todos los días a hacer un trabajo que cada día le

gustaba menos. La mayoría de sus clientes no querían ir a lugares lejanos. La mayoría quería reservar viajes al golfo de México o a Disneylandia.

Lo más exótico que vendía eran viajes de ecoturismo para lunas de miel en Costa Rica, a nadie le interesaban las antiguas ruinas ni las dunas.

Pasaban los días y echaba más de menos a Khalid.

En Egipto, había deseado desesperadamente volver a los Estados Unidos, pero una vez allí no entendía por qué había querido volver. Pierceville era aburrido. Su trabajo insoportable. Su vida personal estaba vacía.

Anhelaba los colores de Egipto, el dorado de la arena. El calor del desierto.

Por encima de todo, quería a su príncipe del desierto.

Aquella breve ceremonia de boda y una noche en su cama habían cambiado algo en su corazón, cómo se sentía, cómo pensaba. Seguía sintiéndose suya y sintiéndolo suyo. Su marido. Sin él, nada era igual.

Las semanas pasaron y el verano se aproximaba. La rutina de Liv era la de siempre. Ya no le importaba ir a trabajar, al menos ocupada no pensaba tanto en él.

Las noches… eran otra historia y Liv había empezado a temerlas. Eran interminables. Silenciosas. Y le recordaban a Khalid.

Lo necesitaba. Tenía que verlo. Oír su voz. Tenía que hacer que volviera.

A la mañana siguiente, era sábado. Tenía bastante tiempo para ella y, después de limpiar la casa, decidió cambiar las sábanas y hacer la colada.

—Te estás quedando muy delgada —le dijo Jake apoyado en la lavadora.

—Estoy bien —respondió escueta, echando el detergente.

—Estás rara y no duermes ni comes ni sonríes —dijo en tono plano —. Has estado así desde que volviste de Oriente Medio.

Mirando a su hermano se preguntó qué diría si le contara que había tenido la esperanza de estar embarazada. Se preguntó cómo habría reaccionado si le dijera lo deshecha que estaba por no estarlo. Que quería tener un hijo de Khalid.

—¿Qué pasa, Liv?

—Nada —se secó las manos en los pantalones cortos.

Era tan estúpido que quisiera estar embarazada. Tan poco práctico. Pero necesitaba a Khalid. Lo amaba. Lo amaba locamente. ¿Cómo iba a encontrarlo para decírselo?

—Te has comido las uñas y vas a hacer un agujero en la alfombra de tu cuarto con tanto paseo —el tono de Jake era paciente—. Así no es la Liv que yo conozco.

No lo era. Ella ya no era esa Liv.

—Oh, Jake —se volvió a mirarlo con lágrimas en los ojos—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Hacer con qué?

—Creía que estaba embarazada…

—Demonios.

—No, no lo estoy.

—Gracias a Dios.

—Quería estar embarazada —se metió las manos en los bolsillos—. Quería tener su hijo.

—Estás enamorada de tu jeque —dijo comprendiéndolo todo.

—Completamente —dijo ella asintiendo.

—Querías ser su esposa.

—Lo fui —tragó con dificultad—. Lo soy. Al menos hasta que lleguen los papeles de la anulación.

—Olivia Morse.

—En realidad es princesa Olivia Fehr.

—¿Lo sabe mamá?

—¡No!

—Mejor, no se lo digas. Si se entera de que te has casado fuera de aquí… le da otro infarto.

Liv estabas sentada en su mesa delante del ordenador. Se suponía que tenía que reservar un billete para que una amiga de su madre fuera a ver a su nieto recién nacido. Acababa de convertirse en abuela y estaba emocionada, hasta su madre lo estaba.

Ella lo único que quería era marcharse lejos, pero no podía porque ya había gastado sus vacaciones y las del año siguiente.

Entonces alzó la vista y él estaba allí.

En su agencia de viajes. Con un bonito traje y una camisa blanca con corbata de seda.

—Qué… —no pudo decir nada más.

La agencia se quedó en silencio mientras los demás agentes miraban. Khalid era lo más exótico que se había visto jamás en Pierceville.

—¿Qué haces aquí? —se apoyó en la mesa para acercarse a él.

—Necesito alguna ayuda para organizar un viaje.

—¿Quieres sentarte? —dijo viendo que todos los miraban.

—Gracias. Muy amable.

Lo vio sentarse al otro lado de la mesa y se dio cuenta de que él sólo la miraba a ella.

—Has hecho un largo viaje para que obtener información —dijo nerviosa, extendiendo unos folletos delante de él.

—Pero es que me habías dicho que eres buena.

Lo miró y sintió un estremecimiento. Ese cuerpo había sido suyo una vez.

—¿Dónde quieres ir?

—Me gustaría conocer todo el mundo —respondió él.

—Pero si ya has visto una gran parte de él, ¿no?

—Hay mucho mundo.

—¿Cuándo quieres salir? —tomó el bolígrafo para apuntar.

—Pronto.

—¿Y dónde quieres terminar?

—En Sarq.

Un lugar que ella no conocía pensó mientras apuntaba «pronto» y «Sarq» en su cuaderno.

—¿Cómo te gustaría viajar?

—En mi avión privado.

—Muy bien. Una bonita manera de volar, aunque puedo decir que volar en primera es bastante cómodo… —hizo una pausa para mirarlo —. Gracias por el billete a casa.

—De nada.

—¿Te alegraste de mandarme a casa?

—Era lo que querías.

Abrió la boca para protestar, pero se dio cuenta de que tenía razón. Era lo que ella había pensado que quería. Al principio. Antes de enamorarse de él.

—¿Qué hubiera pasado si no hubiera querido volver?

—Entonces me lo habrías dicho —se apoyó en la mesa.

No podía dejar de mirarlo.

—¿Por qué estás aquí?

—Te dije que, si alguna vez me necesitabas, te encontraría.

—Sí —el corazón le latía un poco más deprisa.

—Y parece que me necesitas.

—¿Quién te lo ha dicho? —el corazón se le aceleró aún más.

—Tu hermano —sonrió ligeramente—. Me escribió y me rogó que te sacara de Pierceville. Me dijo que era cuestión de vida o muerte.

—¿Vida o muerte? —le costó no echarse a reír.

—Eso parece —respondió en tono grave—. Jake dice que estás en un lugar espantoso y que, si no se hace algo rápidamente, puede que ocurra lo peor —buscó sus ojos—. ¿Es verdad?

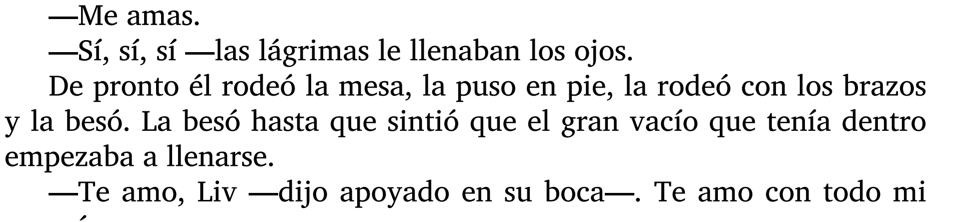
—Sí —susurró con el corazón ya desbocado—. Es verdad.

—¿Entonces tendré que entrar en acción?

—Sí.

—¿Y de qué tengo que salvarla, princesa Fehr?

—De que se me rompa el corazón —dijo con un nudo en la garganta.



Tras un segundo de inexpresión, Khalid sonrió.

—Me amas.

—Sí, sí, sí —las lágrimas le llenaban los ojos.

De pronto él rodeó la mesa, la puso en pie, la rodeó con los brazos y la besó. La besó hasta que sintió que el gran vacío que tenía dentro empezaba a llenarse.

—Te amo, Liv —dijo apoyado en su boca—. Te amo con todo mi corazón.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Te casarás conmigo entonces?

—Pero si ya estamos casados —le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Lo sé, pero mi madre no lo sabe y está desesperada por que haya una boda en la familia y un bebé. La hija de su amiga Joanne se ha casado y acaba de tener un bebé y…

Khalid le cubrió la boca con un beso aún más caliente que el anterior.

—Creo que una boda es una idea maravillosa. Es hora de conocer a tu familia.

Consciente de que todo el mundo en la agencia estaba pendiente de ellos, Liv se dio la vuelta ruborizada y anunció:

—Para que todo el mundo lo sepa: éste es mí prometido, el jeque Khalid Fehr, y nos vamos a casar —los agentes y clientes empezaron a aplaudir mientras ella se volvía a Khalid—. Así que no necesitas información sobre viajes.

—Sí —murmuró él—. Necesito saber dónde quieres ir de luna de miel.

—Me da igual mientras que estemos juntos.

—¿Jabal?

—Um, podría ser más seguro Sarq.

—Eso creo también yo —la tomó en brazos y la sacó de la agencia —. Di me dónde hay un hotel decente en esta ciudad —le dijo al salir a la calle.

—No hay nada especial, lo siento.

—¿Tiene camas?

—Sí —dijo entre risas y besos—. ¿Pero no crees que deberíamos esperar a la boda?

—No —rugió—. Lo siento, pequeña. Te he echado demasiado de menos. Estoy desesperado por hacer el amor otra vez.

Epílogo

Más tarde esa misma noche…

Liv estaba sentada con su madre y Khalid en el salón de su casa.

—Va a ser una boda con muchos invitados, mamá —dijo Liv con calma para no asustarla—. Espero que todo esté bien.

—¿Cuántos? —preguntó su madre aún no recuperada del todo de la conmoción por la noticia.

—Umm, un par de cientos de personas, quizá… quizá alguna más.

—¿Y quién es toda esa gente? —se puso las gafas.

Liv miró a Khalid con gesto de ruego.

—Realeza —dijo tímida.

—Tu familia —dijo la señora Morse, mirando a Khalid.

—Sí —respondió serio—. Mi familia y algunos amigos. Muchos de ellos son de las familias reales de otros países.

—Ya —se recolocó las gafas y miró su cuaderno—. Creo que vamos a necesitar aumentar el presupuesto.

—Mamá —miró a Khalid desesperada otra vez—, los Fehr querrían ayudar con la boda. No tienen hijas y esperan que la boda sea… allí.

—¿Allí? ¿En el desierto?

—No todo en Sarq es desierto, mamá. Hay ciudades, hermosas ciudades…

—¿Has estado allí? —interrumpió.

Liv se ruborizó. ¿Por qué le hacía eso su madre?

—No, en Sarq no, aún no, pero he visto fotos y Khalid me lo ha contado.

—Bueno, eso está muy bien —dijo con voz de madre—. Pero eres mi hija y te casarás aquí.

—¿Aquí?

—En Pierceville.

—Mamá, no hay un sitio lo bastante grande —o lo bastante bonito, pensó.

—Claro que lo hay si hacemos una boda al aire libre. Podemos hacer algo festivo. Poner carpas y mesas y todo eso —se incorporó en el asiento—. Lo he visto en las revistas. No hay ninguna razón para no hacerlo así aquí.

—Creo que es una idea maravillosa —dijo Khalid, besando la mano de Liv—. Nos encantará casarnos aquí. Y mi familia y amigos vendrán muy contentos.

—¡Excelente! —dijo la señora Morse—. Voy a llamar a Joanne. Ya verás cuando se entere de la noticia.

—¿Tu familia va a venir a Pierceville? —preguntó Liv a Khalid en cuanto se fue su madre.

—¿Por qué no?

—Khalid, tu hermano es rey. Tu otro hermano es un playboy multimillonario. Aborrecerán Pierceville.

—Les encantará —intentó sonreír, pero no le salió muy bien—. Además, si te casas aquí, serás la mayor celebridad de Pierceville para toda la vida.

—No es gracioso. Khalid.

La rodeó con los brazos y la besó.

—Creo que lo es —volvió a besarla—. Si a tu madre le hace feliz que nos casemos aquí, ¿por qué no? Dónde nos casemos o dónde vivamos no importa. Lo único que importa es estar juntos.

—Es una gran respuesta.

—Es la verdad.

—Te amo, Khalid, jeque del desierto y príncipe de mi corazón.

—Dilo otra vez.

—¿Jeque del desierto?

—No, lo otro.

—¿Quieres decir príncipe de mi corazón? —le rozó los labios con los suyos.

—Eso.

—Lo eres.

—Lo sé —sonrió malévolo—, sólo es que me gusta oírlo.

Fin